

CARAS Y CARETAS

UN FENOMENO

El presupuesto. — ¡Es curioso! Cuando entré lo hice con facilidad, y ahora que quiero salir, no puedo.



CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas INÉDITAS. La extensión no podrá exceder de OCHO PÁGINAS de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a MÁQUINA y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente:

Sr. Director de
CARAS Y CARETAS.
Para el concurso literario 1923. Buenos Aires.



Gorgeón

EL AMOR EN EL SIGLO PASADO

HABÍA obtenido el segundo premio de tragedia en el Conservatorio. No tardó, pues, en debutar en el Odeón. Si no recuerdo mal, fué en enero de 1846. Hizo el papel de Orosmanes el día de San Carlomagno, y le silbaron todos los escolares de la orilla izquierda del Sena. A ninguno de sus amigos le sorprendió el fracaso. ¡Es tan difícil triunfar en la tragedia, llamándose Gorgeón! Hubiera debido adoptar un nombre de teatro y llamarse Montreuil o Thabor. Pero ¿qué quieren ustedes? Le tenía apego a ese nombre de Gorgeón, única herencia que le dejaron sus padres. Su caída no metió mucho ruido; no caía de muy alto. Tenía veinte años, pocos amigos y ningún protector en los periódicos. ¡Pobre Gorgeón! Sin embargo, tuvo un hermoso gesto, en el quinto acto, cuando apuñaló a Zaira, rugiendo como un león!

Ningún director quiso contratarle para papeles trágicos; un viejo sainetero, que le tenía cariño, consiguió colocarle en el Palais-Royal. ¡Aceptó su suerte con filosofía! «Después de todo — pensaba, — el *vaudeville* tiene más porvenir que la tragedia; ya no se han de escribir tragedias tan hermosas como las de Racine, mientras que todos los indicios dan a entender que habrá quien rime mejores coplillas que las de monsieur Clairville». Pronto se advirtió que no carecía de talento; tenía el ademán gracioso, la mueca feliz y la voz agradable. No sólo entendía bien sus papeles sino que ponía de su parte. El público le tomó cariño, y el nombre de Gorgeón fué repetido con gusto en las conversaciones de los hombres. Se dijo que Gorgeón ocupaba un lugar estimable entre Sainville y Alcides Tousez, y que sabía fundir, en una combinación feliz, el carácter del ladino con el del tonto.

Esta metamorfosis de Orosmanes en Jocrisse fué cuestión de diez y ocho meses. A los veintidós años Gorgeón ganaba diez mil francos, sin contar los beneficios. No se asciende tan pronto en la carrera diplomática. Cuando creyó que había llegado a la cúspide de la gloria y de la fortuna perdió un tanto la cabeza; no sabemos lo que hubiéramos hecho en su lugar. La extrañeza que le causaba ver en su cuarto muebles y en el cajón de su mesa luises de oro le trastornó la razón. Llevó la vida del joven elegante, aprendió a jugar, cosa, por desgracia, nada difícil. Nadie se arruinaría en el juego si todos los juegos fueran tan difíciles y complicados como el ajedrez.

El pobre muchacho acabó por estar persuadido, al ver su bolsa, de que era un hijo de familia. Cuando el tercer día del mes salía del teatro con su sueldo en el bolsillo, decía, para sus adentros: «Tengo un buen padrazo, un Gorgeón trabajador, estudioso y virtuoso, que ha ganado para mí unos cuantos escudos en el escenario del Palais-Royal. Démosles suelta».

Tan sueltos corrieron los escudos, que el año de 1849 le sorprendió sumido en medio de un batallón de acreedores: debía veinte mil francos y se admiraba de ello. «¿Cómo? — decía. — En la época en que no ganaba nada no le debía nada a nadie, y ahora, cuanto más gano, más debo. ¿Será que las grandes rentas tienen la virtud de llenarle a uno de deudas?»

Los acreedores venían a visitarle a diario, y, sinceramente, sentía mucho molestar a tantísima gente. No es cierto que a los artistas les guste nadar en las deudas, como los peces en el agua. Son, como los demás hombres, sensibles al fastidio de tener que evitar ciertas calles, echarse a temblar cuando suena el timbre y leer jeroglíficos en papel sellado. Gorgeón echó de menos más de una vez la época de sus comienzos, aquella época feliz en que el tendero de ultramarinos y la lechera le negaban a Orosmanes el más mínimo crédito.

Un día, sumido en tristes meditaciones sobre las molestias que la riqueza origina, exclamó: «¡Feliz quien no tiene más que lo necesario! Si yo ganara lo justo, lo bastante para llenar mis necesidades, no cometería locuras, no contraería por lo tanto deudas, y podría pasearme libremente por todas las calles. Pero por desgracia tengo más de lo necesario; lo superfluo me arruina. Necesito quinientos francos al mes: lo demás, sobra. Vengan a mí viejos padres que alimentar, vengan hermanas a quien dotar, hermanos a quienes educar. Yo bastaré a todo y a todos, y aun estoy solo; soy único de mi raza, y no tengo cargas de familia. ¿Y si me casara?»

Se casó, por economía, con la muchacha más coqueta de su teatro y de París.

Estoy seguro de que no la han olvidado ustedes; es la Paulina Riviére, aquella chiquilla cuya gracia y gentileza sirvieron de paracaídas a siete u ocho malos *vaudevilles*. Hablaba muy de prisa, pero daba gusto oírla farfullar. Sus ojillos — eran pequeñitos — parecían a veces derramársele por toda la cara. No abría nunca la boca sin enseñar dos hileras de dientecillos afilados, como los de un lobezno. Sus hombros parecían los de un niño gordinflón de cuatro años, rosados y carnosos. Su cabellera negra era tan larga, que le escribieron a propósito un papel de suiza para que la enseñara en escena. Sus manos eran un objeto de curiosidad, como los pies de una china.

A los diez y siete años, sin más fortuna que su

belleza, sin más antepasados que el jefe de la claque del teatro, aquel precioso bebé estuvo a punto de metamorfosearse en marquesa. Un descendiente de la Tabla Redonda, muy marqués y muy bretón, se había empeñado en casarse con ella. En poco estuvo que lo consiguiera, y a no ser por la intervención de las viejas condesas de Huelgoat y de Sarravent, la cosa estaba hecha. Pero la ira de las viejas condesas es terrible, como dice Salomón; sobre todo la de las viejas condesas bretonas. Paulina siguió siendo Paulina; su marquesado voló, y no por eso se desoló la chica ni echó a correr en su busca. Siguió tirando de las riendas a cinco o seis amorcillos, de todas las clases, que la arrastraban por la carretera del matrimonio. Por entonces fué cuando Gorgeón vino a uncirse a su carro. Ella le recibió, como recibía a todos sus pretendientes, ya fueran serios, ya del tipo ligero: con una perfecta amabilidad. El era alto, guapo, y no se parecía a una porcelana de China. No tenía los ojos hinchados, ni la voz bronca, ni la barba azul. Sus ademanes casi eran severos. Vestíase como un miembro de la Comedia Francesa.

Hizo la corte a Paulina. Desde el primer momento le gustó a la muchacha. Al mes le gustó mucho; esto era en febrero de 1849. En marzo le gustaba más que ningún otro de los pretendientes. En abril se enamoró de él, y no le guardó el secreto de su pasión. El esperaba que Paulina despidiese a sus rivales, pero Paulina no se daba prisa. Los preparativos de la boda hiciéronse entre un jaleo de enamorados que impacientaban a Gorgeón. Nuestro comediante no estaba a gusto en ninguna parte, ni en su casa, ni en casa de Paulina. En casa de su novia tropezaba con sus rivales; en su casa se encontraba a sus acreedores. Un día, amoscado ya, le preguntó con claridad si aquellos caballeros no podían ir a suspirar a otra parte.

— ¿Serás celoso acaso? — dijo ella.

— No, aun cuando debuté con el papel de Orosmanes.

— ¿En la vida?

— No, en la escena. Pero lo haría a lo vivo también si me viera forzado a ello.

— Cállate; tienes la mirada mala. ¿Por qué has de estar celoso? Ya sabes que te quiero. Los celos son siempre algo ridículo; pero en nuestra profesión son decididamente absurdos. Si empiezas a ser celoso, tendrás que sentir celos de los directores, de los autores, de los periodistas, del público. El público me hace la corte todas las noches. ¿Qué más te da? Yo te quiero; te lo digo y lo demuestro casándome contigo; si eso no te basta es que eres muy descontentadizo.

El matrimonio se celebró en los últimos días de abril. El público había pagado las deudas de Gorgeón y el ajuar de la novia. Fué cuestión de dos representaciones a beneficio de los dos. La primera fué en el Odeón; la segunda, en los Italianos. Todos los teatros de París quisieron tomar parte en ellas. Gorgeón y Paulina eran queridísimos de todos. Se casaron en San Roque; dieron un almuerzo, por todo lo alto del restaurante, y salieron para Fontainebleau. El primer cuarto de su luna de miel iluminó los espesos bosques de la antigua selva. Gorgeón estaba radiante y contento como el hijo de un rey. Alrededor de los enamorados henchía la primavera las yemas de los árboles. Todo verdeaba menos los robles, que siempre se retrasan, como si su grandeza les obligara a una marcha más lenta. La hierba y el musgo formaban muelles alfombras bajo los pies de los enamorados. Paulina se llenaba los bolsillos de violetas blancas. Salían con el sol y volvían de noche. Por la mañana asustaban a los lagartos; por la tarde los abejorros revoloteaban en torno suyo y venían a tropezar contra su cabeza. El 1.º de mayo fueron a la feria de Sablons, que dura toda la noche, bajo las hayas inmensas. Allí estaba reunida toda la juventud de la comarca: los rentistas de Moret, las vendimiadoras de Sablons y de Veneux, las chicas de Thomery, hermosas como ningunas, con sus manos blanquísimas, y cuyo trabajo consiste en vigilar las parras, limpiar los racimos y quitar los granos de uva pequeños que estorban a los más gordos. Todas aquellas jóvenes admiraron a Paulina y la tomaron por una castellana de un castillo próximo. Bailó con toda su alma hasta las tres de la madrugada, aunque se le había metido arena en los zapatos. Luego se fué del brazo de su marido al coche, que les estaba aguardando.

Más de una vez volvieron la cara para ver de lejos la feria, que se dibujaba tras ellos como una mancha roja. Confusamente llegaban a sus oídos la música de los campesinos, los gritos y los silbidos, el ruido agrio de las carracas y las explosiones de los petardos. Anduvieron en un silencio conmovedor, alumbrado por la luna e interrumpido a cada minuto por el canto de un ruiseñor. Gorgeón se sintió emocionado; por sus mejillas resbalaron dos gruesas lágrimas. Les juro a ustedes que un poeta elegíaco no habría llorado mejor una elegía. Y la prueba es que Paulina se echó a reír, sollozando.

— ¡Cómo se divertirían — dijo — si nos vieran así.

Me parece que estamos a doscientas leguas del teatro.

— Por desgracia volveremos a la escena dentro de tres días.

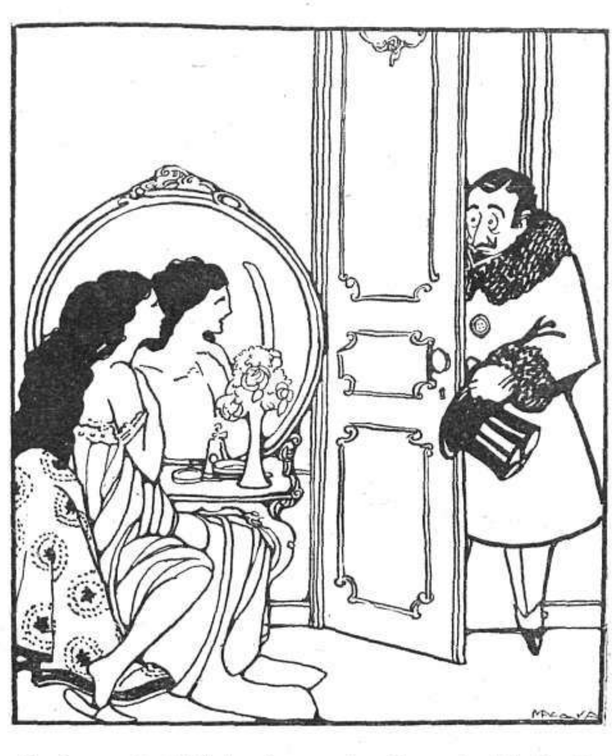
— ¡Bah! La vida no está hecha para llorar. No nos queremos menos por querernos alegremente.

Gorgeón no era celoso. Cuando volvió al Palais-Royal no se escandalizó de oír a los cómicos viejos tutear a su mujer, como acostumbraban. Era casi su hija de adopción; habíanla visto pequeñita correr por los bastidores, y ella se acordaba de haber saltado sobre sus rodillas. Más le molestaba ver en las butacas a los antiguos admiradores de Paulina con los gemelos delante de los ojos. Se distrajo algunas veces y le faltó la memoria en algunas ocasiones; la cosa fué notada, y sus compañeros se burlaron un poco. Se decía que estaba evolucionando hacia los papeles terceros. En el idioma especial del teatro, en Francia, los terceros papeles son los traidores, los celosos, los personajes de humor negro y bilioso. Un bromista le preguntó si no pensaba volver al Odeón. Aguantó bastante bien las bromas; pero no podía tragar a los jovencitos de las butacas con sus gemelos.

«Felizmente — pensaba, — esos caballeros no han de venir a mi casa ni al escenario». Al subir a su cuarto del teatro por la escalera sucia de la calle de Montpensier leía con íntima satisfacción la orden del prefecto de policía que prohibe la entrada en el escenario a toda persona extraña al teatro. Para mayor prudencia, acompañaba a Paulina siempre que trabajaba ella sin él, y la llevaba al teatro cuando él trabajaba sin ella. Paulina estaba encantada. Era coqueta y le gustaba prodigar sonrisas en la sala; pero amaba a su marido.

El verano se pasó bien; las butacas estaban casi vacías; los lindos jovenzuelos que Gorgeón no podía tragar andaban por Baden, Biarritz o Trouville, paseando sus ocios. El señor de Gaudry, aquel marqués bretón que estuvo a punto de casarse con Paulina, estaba en su castillo pasando el verano. El joven matrimonio vivió en profunda tranquilidad, y la luna de miel estaba en su plenitud.

Pero en diciembre todo París había regresado, y la Sociedad de Artistas Dramáticos anunciaba un gran baile para el 1.º de enero. Gorgeón era comisario, y su esposa del Comité de damas. Todos los hombres que de cerca o de lejos se interesaban por el teatro acudían a casa de las damas del Comité a comprar billetes; las hermosas vendedoras rivalizaban en ardor y luchaban a quién vendería más billetes; Gorgeón comprendió que le sería de todo punto imposible mantener la puerta de su casa cerrada. Fué un vaivén, un gentío tremendo en la escalera, y los guantes amarillos iban ya rompiendo el cordón de la campanilla. ¿Qué hacer? En vano se constituyó prisionero en casa; tenía que ensayar en dos obras, y su tiempo estaba ocupado de doce a cuatro. Rara vez volvía a casa sin tropezar por la escalera con un señor atildado que bajaba tarareando cuplés del teatro. Cuando encontraba a uno de ellos hablando con su mujer tenía que poner buena cara, pues todo el mundo guardaba con él exquisita cortesía. El señor de Gaudry vino a comprar un billete; luego volvió a buscar otro para su hermano. Más tarde perdió el suyo y vino por uno más; luego quiso otro para un joven de su club, y así sucesivamente hasta doce. Gorgeón tiraba al florete y era de primera fuerza en la pistola. Pero ¿de qué le servía tanta habilidad? El señor de Gaudry no le faltó jamás; muy al contrario, le felicitaba, le adulaba, le encumbraba y ponía por las nubes, diciéndole: «Querido Gorgeón, es usted un gracioso admirable. No hay como usted para divertir al público. Ayer, sin ir más lejos, me hizo usted reír tanto, que se me soltaron las lágrimas. ¡Qué cómico es usted, querido Gorgeón!» Si el pobre hombre se hubiese enfadado, todo el mundo se habría puesto en contra de él y habrían dicho las gentes que se volvía loco.



Paulina le quería como en los primeros días de su matrimonio. Pero le agradaba en extremo ver gente y escuchar cumplidos y piropos. El amor de algunos caballeros bien nacidos y bien educados no era cosa que le molestase, y jugaba con el fuego como mujer que sabe que no ha de quemarse. Llevaba un registro de las pasiones que hacía, anotaba cuidadosamente las tonterías que le habían dicho sus enamorados, y se reía con su marido, el cual no reía de muy buena gana. Cuando Gorgeón le propuso claramente que cerrara la puerta a los galanes, le rechazó enérgicamente. «No quiero — dijo — ponerte en ridículo. No temas nada. Si alguno de esos señores se llegara a propasar, ya sabría yo decirle cuantas son cinco. Puedes descansar en mí del cuidado de tu honra. Pero si diéramos una campanada, todo París se enteraría y te señalarían con el dedo».

El tuvo la imprudencia de aludir a estas controversias delante de sus compañeros de teatro. Se burlaron de Gorgeón y le pusieron el mote de Gorgeón «el tigre». Se aquietó un poco y se contuvo, absteniéndose de hacer la menor observación; puso buena cara a los que más le desagradaban. Sus amigos, entonces, cambiaron la tonada y le llamaron Gorgeón Juan Lanas. Nadie se hubiera atrevido a burlarse de él cara a cara, pero ese maldito nombre de Juan Lanas flotaba en el ambiente, en torno suyo. En el momento de entrar a escena, oíalo detrás de una decoración. Miraba, y a nadie veía; el parlanchín había desaparecido. Quería correr más lejos. ¡Imposible, a menos de perder la salida a escena! No busquen ustedes para explicar esa persecución causas sobrenaturales. Se explica muy bien por la ligereza de Paulina, que era una chiquilla, y por la malicia infinita de los comediantes, que quieren reír, cueste lo que cueste.

Las bromas agriaron el humor de Gorgeón, y la buena armonía del matrimonio quedó deshecha. Gorgeón recriminaba a su mujer. Paulina, a quien su inocencia daba fuerzas, se mantenía firme.

Ella decía: «No quiero aguantar tiranías». Gorgeón contestaba: «No quiero hacer el ridículo». Los amigos de ambos daban la razón a la esposa. «Si tan celoso era, ¿por qué se casó con una cómica? Más le hubiera valido desposarse con una buena hija de familia; nadie hubiera ido a buscarla a su casa». En estos dimes y diretes transcurrió el aniversario de su casamiento, sin que ni uno ni otro se dieran cuenta. Al día siguiente se acordaron ambos; pero no se dijeron nada. Gorgeón pensó: «¡Qué poco debe de quererme, para olvidar una fecha como ésa!» Paulina se dijo que su marido sentía probablemente remordimientos de haberse casado con ella. El señor de Gaudry, que nunca andaba lejos, envió una pulsera a Paulina. Gorgeón quería ir a devolverla, con unas frases de gratitud del estilo que iba cultivando; Paulina se empeñó en conservarla. «Porque a ti no se te ha ocurrido hacerme un regalo — dijo, — tienes ahora el capricho de censurar las menores atenciones de mis amigos».

— Tus amigos son unos pícaros, a quienes daré una buena corrección.

— Más te valiera corregirte tú. Hasta ahora he creído que había dos clases de hombres que estaban por encima de los demás: los nobles y los artistas. Pero ahora ya sé lo que debo pensar de los artistas.

— Pensarás de los artistas lo que te plazca — dijo Gorgeón cogiendo su sombrero; — pero no

seré yo quien sirva de tema a tus comparaciones.

— ¿Te vas?

— Adiós.

— ¿A dónde vas?

— Ya lo sabrás.

— ¿Volverás?

— Nunca.

Paulina estuvo cuatro meses sin noticias de su marido. Le buscaron por todas partes, hasta en el río. El público le echó de menos; sus papeles fueron distribuídos a otros. Su mujer le lloró sinceramente; nunca había dejado de quererle. Cerró su puerta a todo el mundo, devolvió horrorizada la pulsera al marqués, y rechazó todos los consuelos que le ofrecían los hombres. Odiaba su coquetería y se arrancaba sus hermosos cabellos, diciendo: «He matado a mi pobre Gorgeón».

A fines de septiembre corrió el rumor de que Gorgeón no había muerto y de que estaba en Rusia, haciendo las delicias del público.

«¿Será verdad que el picarón vive? — pensó la inconsolable Paulina. — Si es verdad que está en buena salud y me ha hecho llorar sin motivo, caras me pagará esas lágrimas.»

Trató de reír, pero el dolor fué más fuerte, y todo acabó en llanto y más llanto.

Ocho días después, un amigo anónimo, que no era otro sino el señor de Gaudry, le envió el artículo siguiente, recortado del *Diario de San Petersburgo:*

«El 6 — 18 — de septiembre, en presencia de la corte y ante un público brillantísimo, el rival de Sainville y de Alcides Tousez, el célebre Gorgeón, ha hecho su presentación en el teatro Miguel, con *La hermana de Jocrisse*. El éxito ha sido inmenso, y el joven tránsfuga del Palais-Royal fué colmado de aplausos, de flores, de naranjas y regalos de todas clases. Una o dos adquisiciones más como ésta, y nuestro teatro, ya rico y bien dotado, no tendrá igual en toda Europa. Gorgeón está contratado por seis mil rublos y un beneficio anual.»

Paulina cesó de llorar; la preciosa viudita entraba en la categoría de las mujeres abandonadas. Todo París coincidió en manifestarle compasión y en censurar al marido.

«¡Abandonar a una mujer al año de matrimonio, y una mujer que no le había dado el más leve motivo de queja! ¡Entregarla a sí misma a los diez y ocho años de edad! Y todo eso sin motivo, sin pretexto, por puro capricho. ¿Qué excusa podía alegar el marido? ¿Los celos? Paulina era modelo de mujeres; había pasado por todas las seducciones sin dejar en ellas ni una pluma de sus alas.»

Para añadir una pincelada más al cuadro, no faltaron quienes dijeran que Gorgeón abandonaba a su mujer sin recursos. ¡Como si ella no se ganara la vida en el Palais-Royal! Además, su marido le dejó todo lo que tenía en dinero y un mobiliario muy hermoso, parte del cual ella vendió al mudarse a la calle de la Fuente-Moliére, piso cuarto.

Inspiraba vivísimas simpatías a todos los hombres, sobre todo al señor de Gaudry y sus vecinos del patio de butacas. Pero no toleró que ningún alma caritativa con guantes amarillos fuese a compadecerla a domicilio. Vivía sola con una prima suya, de su misma edad, que le servía de cocinera y de doncella. Su padre no le daba ni ayuda ni consuelo; estaba bebido casi siempre. En su retiro, Paulina se consumía elaborando proyectos inútiles y concibiendo resoluciones contradictorias. Unas veces pensaba en vender todo cuanto poseía, marchar a San Petersburgo y echarse en brazos de su marido; otras veces pensaba que era más justo y más conyugal ir a arrancarle los ojos. Más tarde volvía sobre lo resuelto, decidía permanecer en París, dando el ejemplo de todas las virtudes, edificando al mundo entero por su viudez digna, y mereciendo así el sobrenombre de Penélope del Palais-Royal. Su imaginación le aconsejó también otras cuantas locuras, que no se detuvo siquiera a pensarlas.

Gorgeón, poco tiempo después de haber empezado a trabajar en San Petersburgo, le escribió una carta llena de ternuras. Su ira habíase enfriado; ya no tenía a sus rivales a la vista, y percibía sana y prudentemente la situación; perdonaba, pedía perdón, llamaba a su mujer a su lado, le había encontrado una contrata. Por desgracia, estas palabras de paz llegaron en ocasión en que Paulina, rodeada de tres buenas amigas, atizaba el fuego de su odio a Gorgeón. El marido, que esperaba una buena respuesta, sintióse herido, y no volvió a escribir.

En noviembre el resentimiento de Paulina, alimentado por sus amigas ardía aún en toda su fuerza. Una mañana, a eso de las once, estaba arreglándose, delante del espejo, para ir a un ensayo. Su prima había salido a la compra, dejando la llave en la cerradura. La joven estaba quitándose la última *papillote* cuando se volvió, lanzando un quejido de espanto. Había visto en el espejo un hombrecillo excesivamente feo, embutido en un gabán de cebellina que le tapaba hasta los ojos.

— ¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted? Salga. No se entra así en las casas... María — gritó con tanta volubilidad que sus palabras se amontonaban unas sobre otras.

— No, si yo no la amo a usted, no me gusta usted — respondió el hombrecillo, visiblemente aturdido y cortado.

— Pero ¿se figura usted acaso que yo le quiero? ¡Fuera!

— Yo no la amo a usted, señora, no me gus...

— Insolente. Fuera, o llamo, pido socorro, me tiro por la ventana.

El hombrecillo juntó las manos en mísera actitud, y respondió, con voz suplicante:

— Perdóneme usted. No quise ofenderla. Acabo de recorrer setecientas leguas para proponerle a usted una cosa. Vengo de San Petersburgo. Hablo mal el francés. Traía preparado lo que iba a decirle a usted; pero me he azorado de tal manera que...

Se sentó; pasó un pañuelo de batista sobre su frente desnuda. Paulina aprovechó este momento para echarse un mantón sobre los hombros.

— Señora — replicó el hombrecillo, — yo no la amo a... Perdón, no se enfade usted. Su marido de usted me ha jugado una infame pasada. Yo soy el príncipe Vasilikof, tengo un millón de renta, pero no pertenezco más que a la clase catorce de la nobleza, porque no he servido...

— Nada de eso me importa un bledo.

— Ya lo sé; pero traía preparado lo que tenía que decirle a usted, y... prosigo. Ya ve usted, señora, que yo no soy ni muy guapo ni tampoco estoy lo que se dice en la primera juventud. Además, con la edad he ido adquiriendo ciertas costumbres, o, si usted prefiere, ciertas manías nerviosas, que son causa de que en sociedad suelen ponerme en ridículo. Todo lo cual no ha sido obstáculo para que me enamorara de una encantadora señorita de muy buena familia. Pedí su mano. Los padres me habían aceptado, a causa de mi fortuna, y Bárbara — ella se llama Bárbara — estaba a punto de darme también el sí, cuando su marido de usted tuvo la idea infernal...

— De casarse con ella?

—No; de hacer mi caricatura en escena y divertir a la ciudad toda a mis expensas. Mi matrimonio al agua. A la primera representación fuí

despedido. A la segunda, Bárbara se puso en relaciones con un coronelillo finlandés, que no tiene ni siquiera cien mil francos de renta.

— Bueno; ¿y qué?

— ¿Qué? Que he resuelto vengarme de Gorgeón, y si usted quiere ayudarme, su fortuna está hecha. Yo no la amo a usted, aunque es usted preciosa. Ninguna mujer puede gustarme, como no sea Bárbara. Las proposiciones que vengo a hacer a usted son, pues, perfectamente honorables, y le ruego a usted no se asombre aunque le parezcan extraordinarias. ¿Quiere usted marchar a San Petersburgo en una elegante silla de posta? Encontrará usted, en la plaza del Palacio Miguel, a cien pasos del teatro, un hotel magnífico, que me pertenece y que yo le doy a usted. Los criados de la casa son *mujiks* de mi propiedad, que le obedecerán a usted ciegamente. El *maître d'hôtel* y el intendente son franceses. Puede usted llevar consigo una doncella y una señora de compañía; tendrá usted dos coches a la orden. En el teatro he tomado para usted una platea proscenio. Yo pagaré todos los gastos de su casa; mi intendente entregará a usted cada mes la suma que usted indique; en fin, la víspera del día en que usted salga de París entregaré a su notario un capital tan considerable como usted guste pedir. No hablo de una bagatela de cincuenta o sesenta mil francos, sino de una fortuna de doscientos o trescientos mil; no tiene usted más que hablar.

Paulina había tenido tiempo de reponerse. Se cruzó de brazos, miró de hito en hito a su interlocutor, y le dijo:

— Querido señor. ¿Por quién me ha tomado usted?

— Por una mujer honrada, abandonada indignamente, que tiene mil motivos para vengarse de su marido.

— Hay algo de verdad en lo que usted dice. Pero si yo me vengo de Gorgeón habrá de ser como mujer honrada, y no tomaré un asociado para tal empresa.

— Señora, permítame que le repita, aun corriendo el peligro de disgustarla, que no la amo a usted; en cambio la respeto a usted muchísimo y la tengo por una dama honestísima. Es más, aprecio el carácter de su marido, aunque me ha tratado muy cruelmente. Si yo creyera que él es indiferente a su honor, buscaría otra manera de vengarme. He aquí lo que yo solicito de usted, a cambio de asegurarle una fortuna. No se asuste usted demasiado. No le pido a usted ni amor, ni amistad, ni gratitud, ni complacencia. Me comprometo, por mi honor, a no pisar el umbral de su casa. No saldremos nunca juntos; usted quedará libre de hacer lo que le plazca, de recibir a quien usted quiera, sin exceptuar a su marido. Lo único que yo deseo es...

Paulina aguzó el oído.

— Lo único que yo deseo es un asiento en su platea durante ocho representaciones. Gorgeón ha hecho reír a la corte a mis expensas. Quiero ahora que se rían un poco a las suyas.

La joven conocía harto bien el carácter altivo de su marido y sabía cuán cruel iba a ser la venganza del ruso. Pensó en las terribles consecuencias que podían derivarse de aquel acto.

— ¿Está usted loco? — dijo al príncipe. — ¿No tiene usted otros mil medios de castigar a mi marido? ¿Le sería a usted muy difícil enviarlo a Siberia por dos o tres meses?

— Sí, muy difícil. Aquí, en Francia hay muchos prejuicios acerca de la Siberia. Además, pese a mi título y a mi fortuna, yo no soy un personaje por no haber servido nunca.

— Ya comprendo.

Paulina reflexionó unos minutos, y replicó:

— En dos palabras, he aquí el trato que usted me propone: una fortuna por mi reputación.

— Ni siquiera eso; no tengo ningún interés en ver mancillada su buena fama. Tendrá usted el derecho de hacer públicas, en cualquier momento, las condiciones de nuestro trato. Por mi parte me comprometo a justificar a usted cuanto mejor pueda; lo único que me importa es el efecto teatral. Cuando éste se haya producido, usted recobra en seguida su reputación. Ya ve usted que no se trata más que de representar un papel. Yo la contrato a usted para ocho representaciones, con unos honorarios que ningún director ha pagado jamás a actriz ninguna; y le doy a usted la autorización de que diga a todo el mundo: «Es una comedia».

La discusión duraba aun cuando regresó María. Paulina pidió un plazo para pensarlo, y la cuestión quedó por resolverse en la semana entrante. En este tiempo las amigas de Paulina le aconsejaron unánimes que aceptase los ofrecimientos del príncipe. Unas se alegraban de su próxima partida; otras se regocijaban ante la idea de verla perdida de reputación. Le reiteraron cuán imperdonable eran las culpas de su marido; le representaron la dulzura de la venganza, la singularidad de un papel tan nuevo y los provechos que se derivaban de él. Escuchó distraídamente y como quien está pensando en otra cosa. ¡Qué explique quien pueda las singularidades del corazón femenino! ¿Qué pensarían ustedes si les dijera que Paulina aceptó esas proposiciones absurdas y consintió en realizar ese desventurado viaje, porque se moría de ganas de ver a su marido?

La prueba de que no la guiaba el interés es que se negó rotundamente a admitir el dinero del príncipe Vasilikof. Hubo que rogarla mil veces para que consintiera en vestir los tocados magníficos, que eran, por decirlo así, los atavíos propios de su papel. Salió el primer día de diciembre, en posta, con su prima María. Llegó el 15 en un trineo magnífico, con el escudo de armas del príncipe. Toda la ciudad se conmovió. Vasilikof había llegado dos días antes, y nadie ignoraba la noticia estupenda: ni los rusos, ni los franceses, ni Gorgeón.

Ya Paulina se arrepentía de su locura. El ardor de la curiosidad pública le dió que pensar. Todos los hombres a quienes veía en la calle o en la Perspectiva le recordaban la figura de su marido. Todos los hombres se parecen cuando están embutidos en un gabán de pieles.

El príncipe le concedió quince días para reponerse; tuvo luego un plazo de una semana más, porque Gorgeón no trabajaba. Paulina miraba los carteles, como los condenados, bajo el Terror, leían la lista de la guillotina. No disfrutó ni de sus trajes, ni de su casa, ni del lujo prodigioso que la rodeaba. Su salón pasaba por ser uno de las maravillas de San Petersburgo. Los muros eran de mármol blanco, de Paros, y los muebles, de viejo Beauvais, con figuras de talla. Las ventanas, a guisa de cortinas tenían seis grandes camelias colocadas en espalier. En el centro, bajo una enorme araña de cristal de roca, veíase un diván circular, en medio del cual crecía una camelia llorona, verdadero milagro de horticultura. Paulina no se fijó en nada. Su cocinero, un ilustre hijo de la Provenza, que Vasilikof había robado a un príncipe obispo de Alemania, agotó en vano los recursos de su imaginación. Paulina no tenía ganas de comer, y, sin embargo, bien que tragaba antes, cuando iba al Café Inglés a cenar con su marido. El 6 de enero — nuevo es-

tilo, — el cartel que le llevaban a su casa le hizo saber que Gorgeón trabajaba aquella noche en *La cena de Madelón.* Aquello fué como si recibiera un tiro en el corazón. Quiso escribir a su marido. Mandó llevar a casa de Gorgeón una carta llena de ternura y de súplicas, en la que relataba fielmente todo lo sucedido: «Yo no sé lo que va a ser de mí — decía; — estoy sola, sin apoyo, sin consejero. El día que nos casamos me prometiste ayuda y protección; ¡ven a socorrerme!» Deslizó en el sobre una florecilla blanca, seca, que conservaba en las páginas de su Moliére; era una violeta blanca de Fontainebleau. Por desgracia, el hombre que le entregó la carta a Gorgeón llevaba la librea del príncipe Vasilikof.

Por la tarde, a las siete, Paulina se dejó vestir, medio muerta. Tenía la vaga esperanza de que el príncipe se apiadara de ella y le hiciese la merced de no acompañarla. Pero al bajar del coche, ante la portezuela del vehículo, le vió venir apresurado y radiante. Le siguió, tambaleándose, hasta la platea proscenio, que estaba a la misma altura que las tablas del escenario, y se dejó caer en el sillón, sin ver que la sala entera tenía los ojos clavados en ella. El teatro estaba lleno. Los rusos celebraban la Navidad, y en esta ocasión la empresa autoriza al propietario de un palco a que meta en él cuanta gente pueda materialmente caber. El hemiciclo estaba literalmente tapizado de cabezas, que miraban todas a la platea de Vasilikof. Cuando se alzó el telón, Paulina sintió como un vértigo. Veía delante de sí una sima de fuego, y se agarraba a la barandilla para no caer.

Gorgeón se había hecho una coraza de valor y de indiferencia. Ocultó su palidez bajo una espesa capa de pintura, pero se le olvidó untarse los labios; éstos se tornaron lívidos. Tuvo bastante entereza para conservar la memoria, y representó su papel hasta el final. La velada fué tempestuosa. El público del teatro Miguel se compone de dos elementos muy diferentes: la aristocracia rusa, que entiende el francés, y la colonia francesa. Hay más de seis mil franceses en San Petersburgo, y todos, sea cualquiera su oficio, preceptores, mercaderes, peluqueros, cocineros, adoran el teatro. Los rusos habían admirado el golpe de Vasilikof, y los mismos que habían aplaudido su caricatura dos meses antes pusiéronse ahora de su parte. Los franceses idolatraban a Gorgeón, y le aplaudieron a rabiar. Los rusos contestaron con aplausos irónicos, palmoteando a cada momento, sin oportunidad. Después que cayó el telón llamáronle a escena con tanta obstinación, que no tuvo más remedio que salir. Paulina estaba deshecha y medio muerta.

Al día siguiente se daba *El misántropo y el auvernés.* Gorgeón estuvo admirable de verdad en el papel de *Ma chavoine.* Los franceses habían traído coronas. Los rusos le lanzaron coronas ridículas. Un bromista de mal gusto le gritó: «¡A los pies de la señora!» Lloraba de rabia al entrar en su cuarto. Encontró una carta de Paulina, una carta húmeda aún de las lágrimas derramadas. Pisoteó el papel, lo rompió en mil pedazos y tiró los trozos al fuego.

Después de estas dos noches horribles, Paulina, espantada del silencio de su marido, suplicó al príncipe que la dispensase del resto de su obligación. ¿No estaba ya Gorgeón bastante castigado? ¿No estaba ya Vasilikof bastante vengado?

El príncipe mostróse conciliador; perdonó a Gorgeón la mitad de su pena y decidió que dos días después, pasada la función, quedaría Paulina libre de hacer lo que tuviese por más conveniente. «Hay que echar bien las cuentas — dijo. — Gorgeón me ha caricaturizado ocho veces en quince días; pero noches como estas últimas deben valer por dos. A la cuarta había quedado satisfecha mi honra».

Debía representarse dos días seguidos un *vaudeville* muy alegre de los señores Xavier y Varin, llamado *La cólera de Aquiles.* Casi resultaba una obra de circunstancias. Aquiles Pangolin es un moderno Sganarelle, que se figura ver en todo y en todas partes pruebas patentes de su desventura imaginaria. Todo es para él materia para infundir sospechas, desde el maullido del gato hasta las interjecciones del libro. Si se encuentra un bastón en casa, se figura que lo ha dejado abandonado su rival, y lo hace pedazos antes de darse cuenta de que es el suyo. Se olvida el sombrero en el cuarto de su mujer; vuelve y lo encuentra, lo coge y lo hace trizas. Busca por todos los rincones al propietario del maldito sombrero. En el colmo ya de la desesperación quiere acabar con la vida, y carga una pistola para saltarse la tapa de los sesos. Pero un escrúpulo le detiene en tan buen camino; conforme con matarse, pero no quiere hacerse daño; la muerte le atrae, pero el dolor le incomoda. Para conciliar su horror a la vida y su tierno cariño por sí mismo, se planta delante de un espejo y se suicida en efigie.

La cólera de Aquiles obtuvo un éxito ruidoso en el teatro Miguel. Todas las frases daban en el blanco. Dos horas antes de la representación habíase negado Gorgeón a recibir la visita de su mujer. Al hacer su papel mimó la ira con la naturalidad de lo vivo y real. Por desgracia, la pistola del teatro era una verdadera reliquia, sacada del almacén de los accesorios: falló el tiro. Un señorón de las butacas exclamó, en mal francés: «¡Mala suerte!»

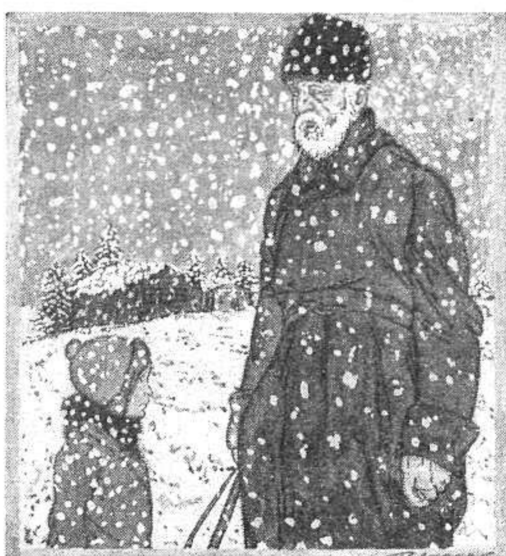
Después de la representación, al director de escena, que se disculpaba, le dijo Gorgeón: «Nada, nada. Yo tengo en casa una pistola; la traeré mañana». Vino a la noche siguiente con una pistola de dos cañones, un arma preciosa. «Ya lo ve usted — dijo al director de escena, — si falla el primer tiro, tengo el segundo». Hizo su papel con un entusiasmo como nunca se le vió. En la última escena, en vez de apuntar al espejo, dirigió la pistola hacia su mujer y la mató. Luego se saltó la tapa de los sesos. Interrumpióse la función. Esta aventura dió mucho que hablar en San Petersburgo. El mismo príncipe de Vasilikof es quien me lo ha referido: «¿Querrá usted creer — decía al terminar — que ese Gorgeón y esa Paulina se habían casado por amor? Así son ustedes en París».

EDMUNDO ABOUT

DIBUJOS DE MACAYA.







LOS TERRIBLES AZOTES DEL ABUELO

(DE MI VIDA EN LA NIÑEZ)

Un día el abuelo preguntó:

—Bueno, Alejo, ¿qué has hecho hoy? Has jugado. ¡Lo deduzco por el chichón que tienes en la frente! No está bien eso de hacerse un chichón. ¿Sabes el *Padrenuestro?*

La tía respondió a media voz:

—*Tiene mala memoria.*

El abuelo sonrió: sus cejas rojas alzáronse alegremente:

—¡Si es así, habrá que azotarlo!

Y dirigiéndose de nuevo a mí:

—Te pegaba tu padre con las varas, ¿eh?

No comprendiendo de qué se trataba, guardé silencio: fué mi madre quien replicó:

—No: Máximo no le ha pegado nunca, y me prohibió que lo hiciera.

—¿Por qué?

—Entendía que los golpes no enseñan nada.

—Era un rematado imbécil el difunto Máximo, ¡que Dios me perdone! —proclamó el abuelo en tono irritado y cortante.

Aquellas palabras me ofendieron. Dióse él cuenta de ello.

—¿Por qué te enfurruñas? ¡Ved esto!...

Y mientras alisaba sus cabellos rojizos y plateados, añadió:

—Pues bien, ¡el sábado azotaré a Sachka!

—¿Qué quiere decir «azotar»?

Todo el mundo soltó la carcajada, y el abuelo afirmó:

—¡Aguarda hasta el sábado y lo sabrás!

Me acogí a un rincón y me puse a reflexionar. azotar significaba, sin duda, preparar los trajes que llevaban a teñir. Pegar y azotar era probablemente lo mismo. Se pega a los caballos, a los perros, a los gatos; en Astrakán los policías pegaban a los persas; yo había presenciado algunas escenas de ese género, mas no había visto nunca pegar a los niños.

Ocurría a veces, no obstante, que mis tíos distribuían a sus chiquillos algún capirote en la frente o en la nuca; pero mis primos no concedían importancia alguna a estas manifestaciones; contentábanse con frotarse el sitio dolorido, y a veces, cuando yo les preguntaba: «¿Te ha hecho daño?», respondíanme, con indiferencia: «No; ¡nada, absolutamente!»

Ya conocía la terrible historia del dedal. Todas las noches, entre el te y la comida, los tíos y el contramaestre recosían los trozos de tela teñida y colocaban a cada uno de ellos la etiqueta de papel. Para gastar una broma a Gregory, que estaba casi ciego, el tío Mikhail ordenó un día a su sobrino que calentara en la llama de una vela el dedal del contramaestre. Cogiendo unas tenacillas, Sachka, que tenía entonces nueve años, obedeció y, sin que nadie lo notara, colocó el dedal, al rojo, a la altura de la mano de Gregory; una vez hecho esto fué a ocultarse detrás de la estufa. El abuelo llegó precisamente en ese instante y, sin perder un minuto, poniéndose al trabajo, colocó el dedo en el dedal incandescente.

El grito terrible que lanzó y el estrépito que le siguió me hicieron acudir, a toda prisa, a la cocina. Recuerdo que mi abuelo saltaba chuscamente, sacudiendo la mano, alzaba hasta la oreja sus dedos quemados, chillando en tono agudo:

—¿Qué habéis hecho, salvajes?

Inclinado sobre la mesa, el tío Mikhail, con la punta de la uña, empujaba el dedal, soplándole para enfriarle, mientras el contramaestre cosía sin alterarse y las tinieblas danzaban sobre su cráneo desnudo. El tío Jacob acudió a su vez, y disimulado detrás de la estufa, comenzó a reir calladamente de la farsa; la abuela pelaba una patata cruda.

—Fué tu hijo; es Sachka, quien ha hecho esto!—dijo de pronto el tío Mikhail.

—¡Embustero! —replicó Jacob, surgiendo de detrás de la estufa.

En un rincón de la cocina, mi primo lloraba y protestaba:

—¡No es cierto, papá! ¡Ha sido él quien me mandó calentar el dedal!

Los dos hermanos comenzaron a injuriarse. De pronto, se calmó el abuelo: acababa de ponerse en el dedo bastante patata raspada, y salió sin decir una palabra, llevándome con él.

Todos en la casa convinieron en que el culpable era el tío Mikhail. Era lógico que yo preguntase si le irían a pegar o a azotar.

—¡Lo merecía! —gruñó el abuelo, mirándome de reojo.

El tío Mikhail dió un formidable puñetazo en la mesa, apostrofando a mi madre:

—Variucha, ¡haz callar al pillo de tu hijo si no quieres que le arranque la cabeza!

Replicó mi madre:

—Prueba a tocarlo...

Y todos callaron.

Tenía una manera muy suya de pronunciar algunas frases muy breves, que desarmaban a sus adversarios, acorralándolos, vencidos y empequeñecidos.

Yo notaba claramente que todos tenían miedo a mi madre; el abuelo mismo le hablaba en un tono más dulce y afable que al resto de la familia, y aquella distinción me era agradable. Me alababa de ello ante mis primos:

—¡Mi madre es la más fuerte!

Y ellos no protestaban.

Mas los acontecimientos del sábado modificaron mi actitud respecto a mi madre.

Antes de que el sábado llegase cometí yo también una falta grave.

Estaba muy interesado en la habilidad con que las personas mayores transformaban el color de las telas: cogían, por ejemplo, una tela amarilla, la sumergían en un agua negra, y la tela amarilla tornábase azul obscuro o índigo. Enjugaban una tela gris en un agua rojiza y volvíase color vino. Era incomprensible, pero ¡parecía tan sencillo!

Por este motivo también yo deseaba teñir algo, y confié mi proyecto a Sachka, el hijo del tío Jacob, que era un muchacho serio y afable con todo el mundo, siempre dispuesto a hacer un servicio.

Los mayores le querían por su docilidad y su inteligencia; sólo el abuelo le miraba de reojo y decía de él:

— ¡Qué cazurro!

Endeble, los ojos abombados y saltones como los de un cangrejo, la tez y los cabellos obscuros Sachka hablaba con voz precipitada y baja, comiéndose la mitad de las palabras, y no profería nunca una frase sin lanzar previamente a su alrededor una mirada misteriosa; hubiérase creído que se disponía a huir para ir a esconderse no se sabe dónde ni por qué. Sus pupilas, de color de avellana, estaban inmóviles, mas cuando se animaba, temblaban en el blanco de los ojos.

Bien podía Sachka, como una persona mayor, charlar a sus anchas sobre cualquier asunto. Al saber que yo quería iniciarme en la profesión de tintorero, me aconsejó que, para ensayarme, cogiera del armario el gran mantel de los días de fiesta y que lo tiñera en azul marino.

— El blanco se tiñe con más facilidad, ¡te lo garantizo! — afirmó gravemente.

Me apoderé del pesado mantel y me fuí al patio; pero no había hecho más que introducir una punta en la tina de índigo, cuando Tziganok, saliendo no sé de dónde, cayó sobre mí; me arrancó el mantel, que retorció entre sus grandes manazas; luego gritó a mi primo, que desde el corredor vigilaba mi maniobra:

— ¡Llama pronto a tu abuela!

Y con aire sombrío, moviendo su cabeza negra y rizada, me previno:

— Aguarda un poco y verás la que te va a caer encima.

Acudió mi abuela entre grandes clamores de angustia; luego virtió algunas lágrimas y me cubrió de divertidas injurias:

— ¡Alfeñique, orejas sucias! ¡Qué el diablo te lleve y te deje caer!

En lo primero que pensó fué en defender mi causa ante el joven:

— ¡No digas nada al abuelo, te lo ruego, Tziganok! ¡Yo ocultaré el mantel y me las arreglaré de manera que nada se sepa!

El obrero, enjugándose las manos en su delantal multicolor, respondió, en tono receloso:

— En cuanto a mí, puede usted estar tranquila que no diré nada; pero cuide usted de que Sachka no vaya a contarlo.

— ¡Le daré un *copek!* — dijo mi abuela, llevándome hacia la casa.

El sábado, a la hora de vísperas, no sé quién de la familia me llevó a la cocina, donde todo estaba obscuro y silencioso. Recuerdo perfectamente las puertas de las habitaciones y la del pasillo cerradas; la niebla cenicienta de una tarde de otoño, tras de las ventanas, y el ruido sordo de la lluvia. En un banco, ante la negruzca garganta del hornillo, distinguí a Tziganok, que no tenía su habitual expresión; mi abuelo, de pie, en un rincón ante una cuba, escogía unas largas varitas, que iba introduciendo en el agua; las medía, las juntaba y sacudía haciéndolas crujir.

Mi abuela absorbía tabaco en la penumbra, refunfuñando:

— Está contento... ¡el verdugo!

Sentado en una silla, en medio de la cocina, Sachka se frotaba los ojos con los puños, gimoteando con voz alterada, como un pobre viejecillo:

— ¡Perdóneme usted, en el nombre de Cristo!...

Hombro contra hombro, Sachka y su hermana, hijos del tío Mikhali, estaban en pie tras de la silla y parecían petrificados.

— ¡Ya te perdonaré cuando te haya sacudido!... — replicó el abuelo, escurriendo entre sus dedos una larga vara empapada. — ¡Vaya, bájate los calzones!

Hablaba tranquilamente; ni el sonido de su voz, ni el crujido de la silla bajo el chiquillo que se debatía, ni el pataleo de mi abuela, lograban violar el solemne silencio suspendido en la semiobscuridad de la cocina, bajo el techo bajo y ahumado.

Levantóse Sachka, desabrochóse el pantaloncillo, dejándolo caer hasta las rodillas, y reteniéndolo con una mano, con el cuerpo inclinado y bamboleándose, se dirigió hacia el banco. Esta escena no tenía nada de agradable para mí y sentía que me flaqueaban las piernas.

Mas mi angustia fué mayor aún cuando vi a mi primo tenderse boca abajo, dócilmente, en el banco, al que Tziganok le sujetó pasándole una ancha toalla por bajo de las axilas y sobre el cuello; inclinóse luego sobre el prisionero y sus negras manos le sostuvieron en aquella actitud, sujetándole por un muslo.

— Acércate, Alejo... — dijo el abuelo. — ¡Vamos!... ¿A quién estoy hablando? Ven, a ver cómo se azota... ¡A la una!

Levantando algo el brazo hizo restallar la varita sobre el cuerpo desnudo. Sachka comenzó a gritar:

— ¡Silencio! — ordenó el verdugo. — ¡Esto no hace daño! ¡Así es más doloroso!...

Y golpeó en tal forma, que un verdugón rojo apareció en seguida, hincándose en la espalda de mi primo, que lanzó un prolongado gemido.

— ¿No te gusta? — interrogó el abuelo, levantando y bajando el brazo a compás. — ¿Realmente no te gusta? Pues esto es por lo del dedal.

Cada vez que levantaba el brazo, mi pecho se elevaba también; cuando lo dejaba caer, me desplomaba yo también de horror.

Sachka imploraba con angustiosa y aguda voz:

— ¡No lo volveré a hacer!... Pero ya sabes que te dije lo del mantel... Te lo he dicho todo...

— Denunciar no es justificarse. El chismoso debe ser castigado primero. ¡Toma! ¡Este por el mantel!

Echóse mi abuela sobre mí tomándome en sus brazos:

— ¡No te consentiré tocar a Alejo! ¡No lo cogerás, monstruo!

Comenzó a dar puntapiés en la puerta, llamando:

— ¡Variucha! ¡Variucha!...

Fuése a ella mi abuelo, le echó una zancadilla, se apoderó de mí, arrojóme sobre el banco. Yo me debatía violentamente, le tiraba de la barba, le mordí un dedo. Chillaba él; pero a cada movimiento me apretaba más contra sí; victorioso, al fin, me tendió en el banco, macerándome el rostro. No olvidaré nunca su grito salvaje.

— ¡Atale!... ¡Voy a matarle!...

También recuerdo el semblante descolorido de mi madre y sus ojos inmensos. Iba dando vueltas alrededor del banco jadeante:

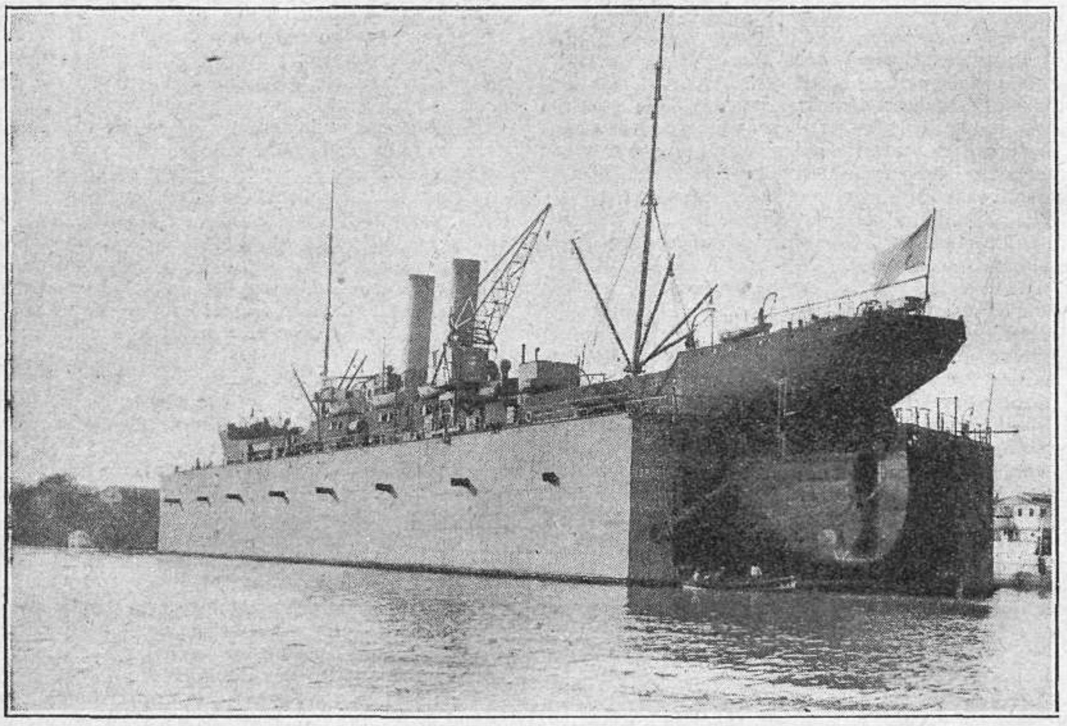
— ¡No, no, papá!... Démelo usted...

Me azotó hasta que perdí el conocimiento; durante bastantes días estuve enfermo. Me había acostado boca abajo, en un lecho ancho y blando, en un cuartito que no tenía más que una ventana y donde una lámpara roja brillaba día y noche ante el estante, lleno de santos.



DIBUJO DE BESARES

El dique flotante



El transporte nacional "Chaco" puesto en seco utilizando el dique flotante adquirido en Alemania. La operación, llevada a cabo por el personal de la dirección de Navegación y Puertos, resultó con perfecta regularidad, evidenciando las cualidades del dique, máxime teniendo en cuenta de que su base de capacidad es de 4.000 toneladas y el "Chaco" desplaza 5.000, siendo además 18 metros más largo que el dique, por lo que sobresale la popa en la forma que se ve en la fotografía.



Señorita Juana A. Ricciardi, de Quequén (F. C. O.)


De izquierda a derecha. El concertista señor Hilarión Reloup con sus discípulos Ricardo Muñoz, Pablo Fleury y Adolfo López, que han obtenido el título de profesores de guitarra con la más alta clasificación.

HORACIO Y MECENAS

El autor que sabía escribir con perfección no podía sustentar autoridad sobre la plebe, puesto que no era entendido por ella. Faltándole este sustento de la autoridad debió de faltarle asimismo el propio sustento, pues ¿de qué iba a vivir? Y en este punto fué cuando, en la historia de la autoridad, se produjo la asistencia más fecunda, la asistencia inexcusable, para toda cultura delicada e inmarcesible; aludo al mecenismo. Puesto que la palabra proviene del calor generoso con que Mecenas incubó a Horacio, que el propio poeta hable por nosotros. Horacio dedicó varias odas a Mecenas. La primera de su primer libro de Odas está dedicada a Mecenas. Comienza:

Maecenas, atavis ed te regibus,
O et praesidium et dulce decus meum.

«Mecenas, decendiente de abuelos de realeza, tú eres mi apoyo y mi dulce gloria.» Como quien dice: «Sin ti, Mecenas, yo no sería Horacio».

En la oda XVII del libro segundo Horacio, adivinándose inmortal, exclama:

Non egum pauperum
Sanguis parentum, non ego, quem [vocas,
Dilecte, Maecenas, obibo,

«Aunque vástago de padres humildes, no desapareceré, dilecto Mecenas, puesto que me has acogido en tu casa». O sea, que manumitido Horacio de las necesidades dadas de la vida material, gracias a Mecenas, gozó la libertad de advocarse plenariamente a producir obras inmortales. Este estado de libertad de espíritu y de liberación económica — el ocio meditativo — es el clima psicológico en que germina la culturad uradera y el arte incorruptible.

No otra cosa significa el mecenismo si no es asistencia a la liberación económica del autor con que procurarle la libertad de espíritu. El autor escrupuloso no se aviene a brindar parte innumerable a la voracidad del vulgo, ni menos se rebaja a propiciar el mal gesto de la plebe: en definitiva, no vive del pueblo, vive de Mecenas. Sin Mecenas no hay Horacio: son dos términos correlativos.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.



En la oficina

ni trabajar lo deja esa maldita tos. Lo que sí, la culpa la tiene él, pues es tan sencillo curarse con las

Pastillas iodeína Montagu

Y no hay que creer que no son ricas; tienen un gusto delicioso. No contienen ni mentol ni eucaliptol, que dan regüeldos y ponen mal al mejor estómago.

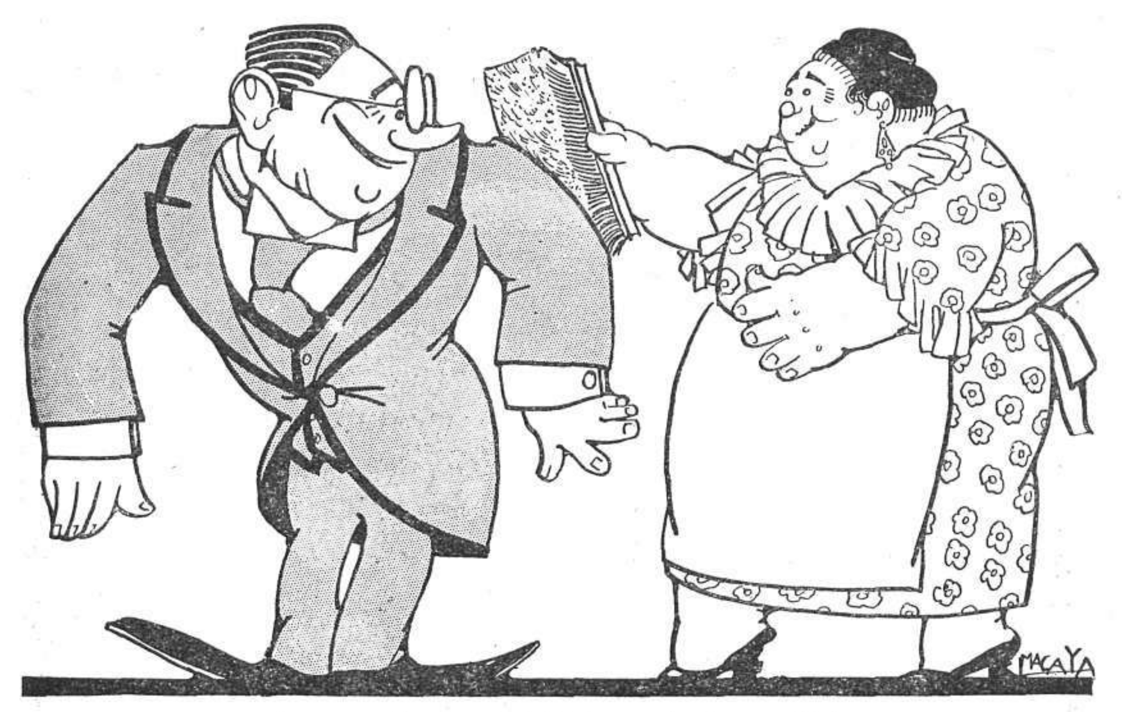
Las Pastillas iodeína Montagu, que deben su acción eficaz a la iodeína (descubierta por Montagu) son el más nuevo y enérgico remedio para: **Resfríos, Bronquitis, Ronqueras, Asma, Ahogos, etc.** No dañan el estómago.



La mayor del mundo.

Sarmiento y Florida - Buenos Aires





MUY CEPILLADO

—Me quiero jubilar
y voy a ver si me recibe Alvear.
Cepíllame, Pascuala;
que no le saque brillo
el cepillo a la ropa, que no es mala.
¡Es mi traje de gala!
No des paz al cepillo.
Cepíllame, Pascuala, con cuidado.
Recuerda que un futuro jubilado
es un hombre que cuida de su aseo.
Te has cansado, Pascuala. Ya lo veo.
Yo también me he cansado
hace mucho, Pascuala, de mi empleo.
Descansa y ¡por favor!
agarra ese cepillo salvador.
Supongo que me espera el presidente
Cepíllame, Pascuala, suavemente.
Le felicitaré por su mensaje
y me jubilará probablemente.
Mi mejor argumento está en un traje,
que igual sirve en invierno que en verano.
¡Un traje veterano,
prueba de mi constancia
y mi perseverancia!
Con él fuí a mis tareas;
con él fuí a numerosas asambleas
cuando el doctor Alvear estaba en Francia.
Yo no cambio de traje ni de ideas.
Se lo voy a decir,
pues me va de seguro a recibir.
¡Sería un desconsuelo
que no me recibiera don Marcelo!
¡Y le voy a pedir tan poca cosa!
Cepíllame amorosa,
Cepíllame, Pascuala. Es necesario
que, con toda decencia,
llegue ante su excelencia
un correligionario
que no adula ni chilla,
y que, llegado el caso, se cepilla.
No todo radical
se cepilla la ropa. Y hace mal.
La pulcritud, Pascuala, siempre ha sido
la primera virtud de tu marido.
Debe un hombre sesudo
cepillarse a menudo.
Siempre lo he repetido:
¡Que no haya ni una mancha en el vestido!
Más tarde seguiré filosofando.
Tú sigue cepillando.
Alvear me escuchará
y me jubilará.
No, nada de bencina. Me parece
que el que huele a bencina desmerece.
Cepillo nada más. Es lo bastante.
Ir limpio y oler poco es lo importante.
Y, pese a tu opinión, sigo en mis trece.
Suprime la bencina, porque axhala
un olor que fastidia a mucha gente.
No olvides que me espera el presidente.
Cepíllame, Pascuala.



LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA

MALTA URANO

IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.

LAS madres que crían, los ancianos, los niños, personas débiles y convalecientes encontrarán en ella una ayuda eficaz.

Su poder nutritivo es mayor que en sus similares; el contenido en las botellas es mayor también. Por estas dos condiciones debe considerársele más barato que los otros, aunque en apariencia cueste algo más.

No es dulce como no debe serlo ninguna malta de buena calidad; es de sabor agradable y estimula el apetito.

Satisface las exigencias de las autoridades y está en venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla diríjase a sus únicos importadores.

1170 - Bmé. MITRE - 1174
Buenos Aires

TELÉFONOS:
Unión Telefónica. Rivadavia, 1990
Cooperativa Telefónica, Central, 133







Señorita Josefina Raquel Bellotti. — Capital.



Señorita Isabel Carneiro. — Lanús.



Mayor señor Cipriano San Román, cuyo deceso ha causado dolorosa impresión en el extenso círculo de sus relaciones y privado al Ejército Nacional de uno de sus más prestigiosos jefes.



Señora María Libone de Brunetti. — Luján.

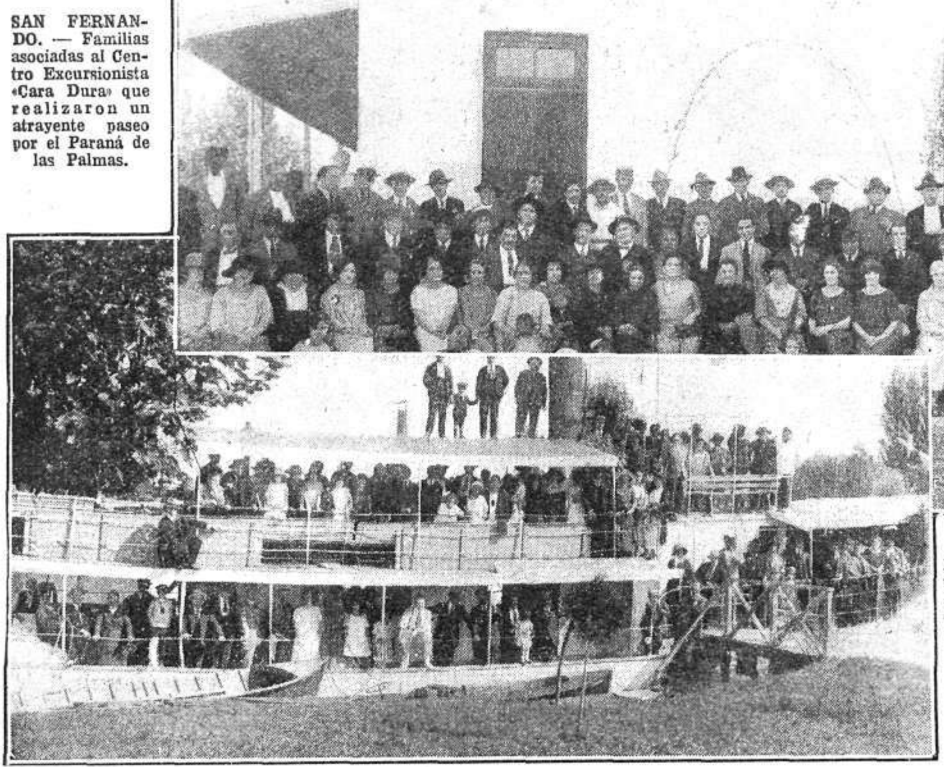


Señorita Ramona Inés Noya.— General Villegas.

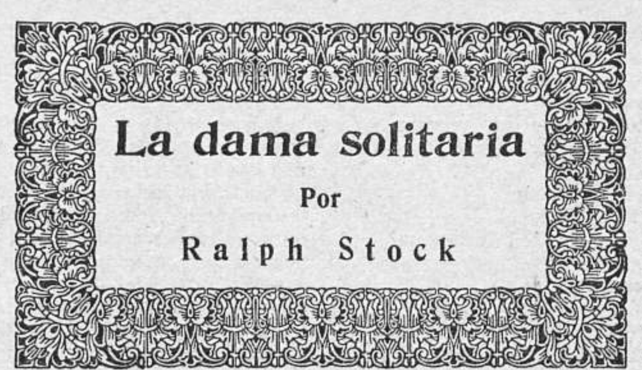

al azar...
Cuando Ud. pide "un remedio para el dolor de cabeza," o "una tableta" o "una aspirina," compra al azar y hace con su salud lo que el jugador con su dinero cuando lo confía al capricho de los dados. ¿Sabe Ud. si eso que le dan es realmente eficaz e inofensivo? ¿Puede Ud. decir si de entre los miles de analgésicos que hay en el mercado ha tenido la buena suerte de recibir el que le conviene? Para no correr riesgo alguno, pida siempre CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) que es la última palabra de la ciencia. No solo alivia cualquier dolor y corta cualquier resfriado mucho más rápidamente que la simple aspirina, sino que levanta las fuerzas, regulariza la circulación de la sangre y es absolutamente inofensiva para el corazón. Compre un tubo de veinte tabletas para tener en su casa o en la oficina; para casos de emergencia, o cuando solo quiera una dosis, pida el Sobre Rojo Bayer que es un empaque tan seguro y sanitario como los tubos mismos.
Este es el original y legítimo
"SOBRE BAYER"
Limpio
Comodo
Higiénico
Seguro
BAYER
CAFIASPIRINA
DOS TABLETAS BAYER
de Aspirina y Cafeína
CAFIASPIRINA

Sociedad excursionista

SAN FERNANDO. — Familias asociadas al Centro Excursionista «Cara Dura» que realizaron un atrayente paseo por el Paraná de las Palmas.



Los excursionistas embarcándose en el vapor «Rivadavia», que los condujo por el delta.



La dama solitaria

Por

Ralph Stock

El yate, de una forma elegante, delgados mástiles y pintado de brillante esmalte blanco, largó anclas a un cable de distancia de la costa.

Los habitantes de Luana, unas sesenta almas de ambos sexos, despertaron de su habitual monotonía para presenciar con sorpresa el espectáculo. Hasta las anchas hojas de las palmeras cocoteras, bajando hasta la playa como verdes olas, parecían estremecerse llenas de júbilo. Jamás se había notado tal excitación en Luana, ni sus habitantes, si se exceptúa Felisi, habían experimentado tamaña sorpresa.

Felisi estaba distanciada de sus emocionados compañeros, silenciosa, aparentemente sin impresionarse; la vaga inquietud en su semblante denotaba su falsa actitud de indiferencia. Posiblemente Felisi hubiera visto cualquiera de las grandes capitales del mundo con la misma aparente indiferencia con que recibía al yate de Strode.

¿Y por qué tenía que ser de otro modo para la hija de catorce años de uno de los jefes de las islas del sur del Pacífico? Si nos hubiéramos encontrado en los círculos civilizados por un tiempo, si hubiéramos vendido el coral rojo de la zona de Suva a todos los pasajeros entre San Francisco y Sidney, y observado la conducta del hombre blanco como Felisi de Luana lo había hecho, sabríamos que la manifestación vulgar de la curiosidad es perjudicial a la dignidad.

Cuando ya hacía un rato que el yate estaba anclado, Felisi cargó su canoa con mangos y manzanas y se hizo a la mar.

Stella, la esposa de Strode, recostada sobre la barandilla del yate, contemplaba la frágil canoa y la diminuta y bronceada figura que la ocupaba meciéndose sobre la superficie del casi tranquilo mar. ¡Qué dicha ser pobre, sin otra cosa que felicidad! ¡Vivir en un paraíso terrenal! ¡Ignorar el mundo de la civilización! ¡Ser algo más que la autómata del hombre a quien se quiere, aunque él sea el esposo!

Tales eran los pensamientos de la joven esposa de Strode cuando se aproximaba la canoa. Una suave y clara voz se elevó del agua.

— ¿Quiere mangos, señora?

Stella se sobresaltó sorprendida al oir a la muchacha hablando en su propio idioma.

— Sí — le gritó; — acércate. ¿Parker, tiene algunas monedas?

Un camarero apareció silenciosamente por alguna parte, rebuscó en sus bolsillos entre los tristes restos del poker de la noche anterior, y sacó una moneda.

— Discúlpeme, señora — dijo en un tono de confidencia diferencial. — la fruta que venden en los botes es demasiado cara y de poca confianza.

— ¡ Tonterías ! — dijo ella.—No estamos ahora en Port Said ni Colombo, Parker. Además, yo no quiero la fruta.

Parker, como no comprendía cual era la intención de su patrona, se retiró algo avergonzado. Ella continuó por un rato recostada sobre la barandilla, observando la expresión de aquella vivaracha cara, notando la perfección de los dientes, el aterciopelado cutis, los negros y soñadores ojos y, sobre todo, la abundante cabellera; cualidades reunidas en Felisi de Luana que la ayudaban poderosamente a la venta de coral y mangos.

— Venga a bordo en seguida — le gritó, con un arranque casi frenético.

Y Felisi subió.

Como una hora después sonó la campana anunciando la hora del almuerzo a bordo del yate, pero Stella estaba demasiado entretenida. Para ser exacto, estaba recibiendo un curso de elaboración de cigarrillos con hojas secas de banana, lo que encontraba interesante por demás. Aquella insignificante criatura que saliera del fin del mundo había cautivado a la señora de Strode. Escuchando la soltura de su lengua, observando sus movimientos graciosos y naturales que trataban de armonizar la mezcla de ignorancia y astuta sabiduría de que hacía gala la gentil indígena, la dama sentía el más vivo placer que había experimentado desde bastante tiempo atrás.

— . . . y debes llevarme a la escollera — le decía a Felisi, — sólo nosotros dos en la canoa, y mostrarme como haces esas cosas. . . lancear pescado y quedar bajo el agua por dos minutos.

Felisi la miró con alguna duda, como si creyera que el lujo y la ropa que tenía puesta fueran en alguna forma responsables de la imposibilidad de que su dueña pudiera hacer tal cosa.

— Usted no podría estar ni un minuto bajo el agua — le dijo.

— ¿No? — exclamó Stella sorprendida. — Lo veremos. Ven mañana tempranito con tu canoa y pasaremos el día juntas, tú y yo. Oh, los mangos — agregó ofreciéndole la moneda de Parker.

Felisi la rehusó resueltamente.

— Usted no quiere los mangos — afirmó.

— Parece que me comprendes mejor que yo misma — le dijo Stella. — ¿Qué te hace creer que no quiero los mangos?

— La oí decirlo.

— Ah, me oiste, ¿no? Supongo que oirás muchas cosas que no deberías oir.

— Oigo bastante — admitió Felisi, sin comentarios.

— ¡ No digo que eres una criatura extraordinaria! — exclamó Stella. — Pero tomarás el dinero, ¿no?

Felisi sacudió la cabeza. — Si usted no quiere los mangos, yo no quiero el dinero.

— Comprendo

FELISI SE ACERCÓ Y LEVANTÁNDOSE EN LAS PUNTAS DE LOS PIES MIRÓ AL INTERIOR

—dijo Stella. — Parker — agregó volviendo hacia el camarero que aparecía de nuevo, — su dinero ha sido rechazado. Creo que le dije que no estábamos en Port Said o Colombo.

— Sí, señora. El almuerzo ha sido servido hace veinte minutos — replicó Parker, cuidando de evadir la mirada de Felisi.

— ¿Ha bajado el señor Strode?

— Aun no, señora.

— ¿Le han avisado, a pesar de la campana?

— Sí, señora.

— Muy bien; iré en seguida.

Pero no fué así.

— Supongo que algún día tendrás un marido — dijo volviéndose hacia Felisi.

Ella cabeceó, con evidente sentimiento del futuro placentero porvenir.

— No son todos así, ¿sabes? — continuó Stella con una diabólica sonrisa. — Pero espero que lo manejarás de diferente modo. ¿Te gustaría ver al mío?

Pareció que Felisi no hubiera deseado otra cosa en la vida.

— Sígueme y te lo enseñaré — dijo Stella adelantándose. — Está completamente sólo, y eso es lo que Bunny desea.

— ¿Siempre?

— Casi siempre — dijo Stella, e indicándole con el dedo una de las ventanillas continuó. — Acércate y míralo, y dime lo que piensas de él.

Felisi se acercó y levantándose en las puntas de los pies miró al interior. Había allí libros a millares; las paredes estaban cubiertas con libros desde el suelo hasta el techo. Alrededor había un mostrador lleno de piedras, pedazos de coral, inexplicables instrumentos, y en el centro, sentado frente a un escritorio, estaba un hombre escribiendo asiduamente. Su aspecto era bondadoso. Felisi había conocido varios ejemplos de *genios turaga*, y éste le pareció interesante.

— Parece bueno — dijo en tono compasivo.

— Me alegro que lo creas así y que te guste — contestó Stella.

— ¿Y usted?

Stella contrajo los labios y dirigió la vista al mar.

— Todo lo que veo de él — confesó. — Es un sabio y ha venido desde lejos para descubrir cosas del mundo... de tu mundo. Tú crees que es un mundo hermoso y agradable para vivir en el, y eso es bastante para ti... y para mí; pero no es bastante para él. A él le gusta encontrar por qué es hermoso y agradable, de qué está hecho y quién vivió en él antes de vosotros; después se mete ahí y lo escribe todo en un libro.

Felisi la escuchó sin parpadear. Stella se sorprendió; pero nada que pudiera decir escondía o nublaba por un instante la clara filosofía de Felisi... La atractiva dama estaba agobiada por la soledad.

— Mejor que te vayas ahora — le rogó; — voy a buscar a Bunny, y algunas veces tiene mal humor.

Pero Bunny aquella mañana demostró un carácter poco usual. Al ver entrar a su esposa se levantó con una amable sonrisa.

— Hace media hora que tocó la campana — le dijo ella.

— Ah, discúlpame, querida. Por fin estoy viendo la luz. Estamos en el grupo de Lau, y si las formaciones se ajustan, mi teoría será confirmada... probada. Esto nunca tendrá fin... nunca.

Aparentemente no lo tenía. Stella lo había sufrido por un período considerable, tratando de resignarse, pero fracasó. ¡Ser olvidada por causa de una teoría! Sin embargo, así era. Para algunas mujeres ello significaría poco más que aburrimiento, pero desgraciadamente Stella no era de aquella manera de sentir. Había cometido el error de unirse en matrimonio con John Strode porque lo quería.

La completa, casi fanática subyugación a una idea era una enfermedad como cualquier otra, pero menos susceptible de ser curada.

A la mañana siguiente, poco después de aparecer sobre la superficie del mar el rojo disco del sol, una canoa se separaba del costado del Ajax, y se dirigía hacia los arrecifes.

Para Stella, remando con alegría y sin más ropa que un simple traje de baño y un kimono, el mundo parecía esa mañana más joven y lleno de promesas.

— Esto es vida — se decía ella misma con regocijo; — el resto es despreciable mentira.

La canoa parecía dirigirse hacia el corazón de la verde espesura de la montaña, hasta que la sonriente hija de la naturaleza que iba en la popa la hizo virar como por milagro para entrar por un estrecho paso, y poco después la canoa descansaba sobre las tranquilas aguas de un pequeño golfo, casi una laguna.

Stella adoraba los lugares tranquilos. Infinidad de rocas subían desde lo profundo de aquel pequeño mar hasta la superficie formando islotes de coral y maravillosas cavernas. Allí le sería posible lanzarse en lo desconocido del mundo y, de la mano de Felisi, explorar sus misteriosos laberintos hasta que los pulmones pudieran resistir.

— Quisiera saber — murmuró Stella, con la vista fija en las verdes algas que cubrían las rocas bajo la transparente y azulada agua, — quisiera saber que es lo que él haría.

Y Felisi tenía la misma idea. Era su debilidad.

....

Como a las dos de la tarde John Strode notó una diferencia en su preocupada existencia. Su tren de pensamientos había sido descarrilado por el hambre; esto era lo que le sucedía a John Strode. Pero sólo se daba cuenta de la forma en que el curioso accidente obraba en él. Le parecía, mientras vagaba por el yate, que acababa de regresar de un largo viaje. Todo le era familiar; sin embargo había algo nuevo y extraño; lo notaba, pero no daba en ello. Entró en el salón y se sirvió un coñac con soda.

De pronto vió su cara en el espejo que tenía frente a él y se acercó para examinarla detalladamente. Había unas sombras bajo los ojos que delataban un brillo ya fuera de lo natural; las mejillas estaban hundidas y la barba descuidada por completo. Al darse vuelta su vista tropezó con una lámpara de rosada pantalla que descansaba sobre un alto pedestal, una guitarra recostada sobre éste y al lado una silla vacía. Aquel cuadro fué suficiente para introducir un rayo de luz en su cerebro.

— Parker, ¿dónde está la señora? — preguntó al camarero que acudió a su llamado.

— La señora salió temprano, señor.

— ¿No dejó algún mensaje?

— No, señor.

— Pero... ¿no tienes una idea de adonde ha ido?

— Creo, señor, que ha ido a la costa de excursión.

— ¿Sola?

— Con una muchacha indígena, señor.

Strode miró a su alrededor con una vaga expresión de disgusto.

— ¿Por qué no se me ha dado desayuno... o almuerzo?

— Tenemos instrucciones de no incomodarlo.

— Sí, está bien — murmuró Strode, — pero entonces podrías decirme como es que consigo comer otras veces.

— La señora lo va a buscar siempre, señor.

Una hora después Strode paseaba por la cubierta con impaciencia. No acostumbraba a ser contrariado en nada, y en aquel momento sentía grandes deseos de ver a su esposa.

El te servido por el impasible Parker resultó

insípido y desmoralizador, y a las cinco la impaciencia había dado lugar a una aguda ansiedad.

Pensó que si iba a buscarla sería una sorpresa agradable. Pidió el botecito y solo se dirigió a la costa.

Cuando estuvo cerca de las rocas gritó con toda la fuerza de sus pulmones; al instante resonó otra voz perdida entre las concavidades de las peñas. Era la de Stella.

Estaba tendida sobre una roca y cerca del agua con Felisi, y al verlo tambalearse saltando de piedra en piedra levantó una mano en el aire.

— ¿Qué ha sucedido, John? — le preguntó con la mayor tranquilidad. — ¿Se ha quemado el yate?

El estaba tan excitado que no podía hablar. Su corazón saltaba en la más ridícula forma. ¿Qué era lo que le afligía? No lo sabía, no le importaba... había encontrado a Stella.

— ESTO ES VIDA — SE DECÍA ELLA MISMA CON REGOCIJO; — LO DEMÁS ES UNA DESPRECIABLE MENTIRA.

La recepción no fué tal como él la esperaba. Se sentó agitado y esperó hasta recobrar el aliento. Y vió lo lamentable y grosera que era su figura ante aquella ninfa, su esposa.

— No, nada — exclamó en tono de lamento. — ¿Pero... sabes qué hora es?

— ¿Qué tenemos que ver nosotras con la hora? — le contestó ella haciendo danzar sus vivarachos ojos al tiempo que tomaba la mano de Felisi.—Tal vez no sabías que te has casado con una sirena. ¡Detente, oh Caliban... te lo mostraremos!

Los dos cuerpos se sumergieron bajo el agua tan silenciosos como focas. Al cabo de medio minuto, que a Strode le pareció como media hora, se acercó a la orilla del agu a y miró al fondo. Nada pudo ver, nada más que un abismo de un verde pálido salpicado de hierbas marinas. Stella siempre había temido al agua, recordó él, y no comprendía la causa de aquel cambio que empezaba a atormentarlo... le incomodaba, y odiaba ser incomodado.

Pasó un minuto, y un minuto es largo; aquello no podía ser bueno. Se agachó hasta casi tocar el agua con la cara, y se encontró ante un pececillo, rayado como una cebra, que salió como una flecha de entre las algas y se mecía como una mariposa marina en la transluciente agua. Pero... Stella estaba allí... en alguna parte... de alguna forma. Un pensamiento acudió a su mente que hizo dar un vuelco a su corazón. ¿Y sí...? ¡Absurdo! Ella sería la primera en reirse de él después... Si en aquel momento, mientras el miraba como un idiota... Parecía imposible... ¡Ah!...

Una sombra apareció en lo profundo, y después corrió a la superficie como un meteoro, convirtiéndose en una cabeza que volvió hacia Strode su penetrante mirada. Era Felisi... *sola*. El hecho sacudió a Strode con la fuerza de un golpe físico. Por un momento quedó paralizado, atontado hasta la impotencia; entonces, sin una palabra o una mirada, se lanzó con resolución al agua.

La zambullida, como hazaña, fué pobre, y pronto comprendió Felisi que Bunny no sabía nadar mucho ni poco. Por esta razón necesitaron un tiempo considerable para sacarlo del agua entre las dos y bastante antes de que abriera los ojos. Pero lo que más sorprendió a Felisi fué la actitud de la dama solitaria. Con la cabeza de Bunny en sus faldas, y siendo evidente que él no había sufrido más que el sobresalto, se volvió hacia Felisi como una pantera.

— ¡Salga de aquí, odiosa criatura! — le gritó.

Y Felisi se fué.

Remando de nuevo hacia el yate trató Stella de revelarle el misterio. La dama solitaria había querido saber lo que él haría, y Felisi se tomó el trabajo de demostrárselo por el simple medio de depositarla en el interior de una de las galerías submarinas, y regresar a la superficie para ver los resultados de la broma.

¿No fueron satisfactorios? ¿Había modo alguno de comprender gente tan extraña?

Felisi de Luana creía que no, y en lo sucesivo resolvió no volver ayudar a resolver problemas a las damas blancas a quienes sus maridos dejan solas.





Señor José Gregorio Merlino, secretario general de la comisión pro cárcel de Mercedes (San Luis) e iniciador de la simpática obra.



Elisabeth Loredo, que obtuvo un brillante éxito en su primera audición de piano.



Señora Consuelo Lemetayer, nombrada delegada de la Unión Feminista Nacional para el Congreso Internacional Feminista que se celebrará en Roma.



Celia Edelmira Flores, que obtuvo el título de profesora de piano con la medalla de oro.



Señor Heraclio F. Bordeus, comisario departamental de Curuzú-Cuatiá, a quien se debe la desaparición del cuatrerismo en la región.

LA PROFESIÓN DE EDITOR

Los primeros impresores-editores eran, antes que industriales, verdaderos sabios, y no escatimaban el gasto ni el esfuerzo para que los productos del nuevo arte por ellos cultivado fueran bellos y excelentes. Tenían el culto de su profesión, de la que se consideraban ministros, y tanto cuidaban del Arte, olvidados del provecho propio, que muchos acabaron en la ruina.

Sin remontarnos a los tiempos de Grecia y Roma, donde ya había libreros-editores, recordaré que ya antes de la invención de la imprenta (hacia 1440) existía en Europa la profesión de librero-editor rodeada del público respeto. Era la época en que los manuscritos *únicos* tenían el mismo precio arbitrario que tienen hoy los cuadros de los grandes maestros, y en que se transfería su propiedad por medio de acta legalizada, como si se tratase de fincas. En París, por ejemplo, existían los *libreros jurados*, funcionarios agregados a la Universidad, cuyos privilegios compartían. En el siglo XV los libreros de París están exentos de impuestos. En 1513, Luis XII declara confirmados los privilegios de libreros e impresores, sus franquicias, exenciones e inmunidades. En el siglo XVII, los impresores-libreros continúan formando parte de la Universidad de París y siguen gozando de los derechos, franquicias y prerrogativas que desde antes les estaban concedidos y que conservaron hasta que la Revolución los anuló como todos los demás.

Correspondían a esos privilegios ciertos requisitos y trabas que limitaban el número de los editores y garantizaban su competencia. Todos eran letrados, y el título de *maestro* no se concedía sino mediante un largo aprendizaje y un examen severo.

RAFAEL CALLEJA.

De Avellaneda



Personal obrero de la nueva playa, construída, con todos los adelantos modernos, en el frigorífico «La Negra».



Señor Miles A. Pasman, que inauguró con mano firme la nueva lanceta.



Obreros carneando el primer novillo que fué sacrificado.

Las manos de La Gioconda

que pintó Leònardo de Vinci, y pueden admirarse en el Museo del Prado, tan aristocráticamente finas, tan espiritualmente seductoras, tan femeninas y apasionadas, las posee hoy toda mujer que usa el Jabón Heno de Pravia, creación de la Casa Gal, cuyo éxito aumenta de día en día. Sea cual fuere la ocupación á que se dedique usted, señora ó señorita, y por mucho que esta ocupación estropee ó perjudique sus manos, logrará tenerlas siempre bonitas, suaves y perfumadas con el empleo constante del Jabón



Es jabón puro, sin mezclas ni adulteraciones de ningún género. Su inconfundible perfume se mantiene tan intenso al final como al principio de la pastilla. La espuma, ligera y abundante, presta suavidad, aroma y blancura á la piel. Si compra Vd. una caja de tres pastillas observará, al consumir la tercera, que con el tiempo ha mejorado en dureza y fragancia.

De venta en los principales establecimientos de América.

Perfumeria Gal.-Madrid

Representante General para Argentina y Uruguay, Jorge E. Chadwick,

ESMERALDA, N.º 132 - Buenos Aires

EL CONFESOR

Víctima de un ataque repentino al corazón, doña Antonieta de Miranda Portugal recogióse al lecho, una de estas noches, de regreso del teatro. Por la madrugada, con la presencia del más ilustre médico del barrio, su estado fué considerado tan desesperante que hizo necesario llamar a un padre para confesarla.

— ¡Un padre! ¡Un padre! — pedía, ansiosa, la desventurada señora.

Celoso como el mismo Otelo, el marido corría en busca de un sacerdote cuando comenzó a reflexionar: «Y si yo me transformase en padre ¿no sería un excelente medio para saber, al fin, si ella me fué fiel, sincera y leal durante toda la vida?». Lo que pensó o hizo en seguida el infeliz esposo, en esa hora gravísima, nadie lo supo ni lo sabe. Lo cierto fué que, una hora más tarde, entraba en el palacete del doctor Epaminondas Portugal el bulto de un sacerdote, que se puso a confesar, acto seguido, a la mortecina luz de la lámpara discretamente velada, a la pobre moribunda.



— Pequé, padre, pequé... — gemía la desgraciada; — pequé contra Dios, contra mí, contra mi marido...

— ¿Contra su marido? — gimió el confesor.

— Sí; le engañé...

— ¿Le engañó?...

— ¡Sí! Con... con...

La frase murióle en la garganta, por donde, en ese momento, le salía el alma. Un súbito temblor. sacudióle el cuerpo entero, y, en un quejido hondo, volóse el espíritu con el último latido de su corazón.

A ese quejido de muerte respondió un horrible grito de desesperación. Era el doctor Portugal que, con los hábitos de padre católico, rodaba al pie del lecho vomitando sangre y apretando en la mano, entre sus dedos contraídos, una hoja ensangrentada.

Viendo salir los dos féretros, uno al lado del otro, en la misma carroza, cubiertos de flores, era unánime este comentario:

— Vivían uno para el otro y no se separaron ni en la muerte... Que Dios los tenga en el cielo como vivieron en la tierra!...

Y la carroza rodó...

EL CAÑÓN MISTERIOSO

Nuestra prensa, al revés de lo que se esperaba, no ha dispensado gran atención a esa espantosa conquista alemana del cañón que lanza sus proyectiles a 120 kilómetros de distancia. Apenas si algún diario trató de entrevistar a nuestras altas capacidades militares preguntando si era posible la fabricación de esa arma formidable y, en caso contrario, qué explicación daban ellos al misterioso bombardeo de París.

A mí, que aun tengo mi casita en la Ciudad-Luz y que, independiente de eso, sigo con ansiedad todas las fases del enorme conflicto, ese caso me impresionó vivamente. Y de ahí mi interés en consultar sobre el asunto a todos los militares de mi conocimiento, entre ellos al ilustre estratega señor Mariscal Finnino Pires Ferreira, con quien me encontré ayer en la ciudad. Y es sin la menor parcialidad que registro aquí lo que me dijera ese viejo y glorioso soldado.

— Ese cañón — díjome — es un hecho. Yo lo encuentro posible. ¿Qué es lo que no inventa el alemán, hijo mío? Aquella es gente para todo. ¿Y el cañón? ¿Tú sabes lo que es? ¡Es simplísimo, chico! Mira: es un cañón enorme que va de aquí hasta allá (de la esquina del Café Jeremías hasta la puerta del Cine Avenida) y con la boca de este tamaño (del tamaño de un automóvil). Dentro de ese cañón, a modo de bala, hay otro cañón más pequeño, que tiene dentro otro todavía menor. Cuando dispara, el cañón pequeño sale del grande y anda siete leguas. Llegado allí, éste, que es de cuerda, como un reloj, dispara a su vez y arroja el cañoncito que también anda otras siete leguas, y vomita la bala que va a dar contra París. ¡Ahí tienes lo que es!

— ¡Admirable! — exclamé.

— Y eso todavía no es nada — continuó el mariscal; — lo mejor es que esos cañones no se funden nunca.

— ¿Cómo?

— ¡Cómo! ¡Simplísimo, chico! Cuando cada cañón pequeño llega al fin de las siete leguas, dispara, como ya te dije. Pues bien; con ese disparo da su retroceso y el pequeño cañón vuelve, y enfila la boca del cañón mayor, que también retrocede, y va a entrar en el alma del cañón grande!

— ¿Y el cañón pequeño espera en el aire la llegada del cañoncito? — aventuré.

El mariscal Pires estaba, sin embargo, muy apurado, y apenas me respondió:

— ¡Allí viene mi tranvía!

Y corrió.

HUMBERTO DE CAMPOS

Traducción: Juan Lus Nottes

Dibujo de Gigli

Bodas de oro

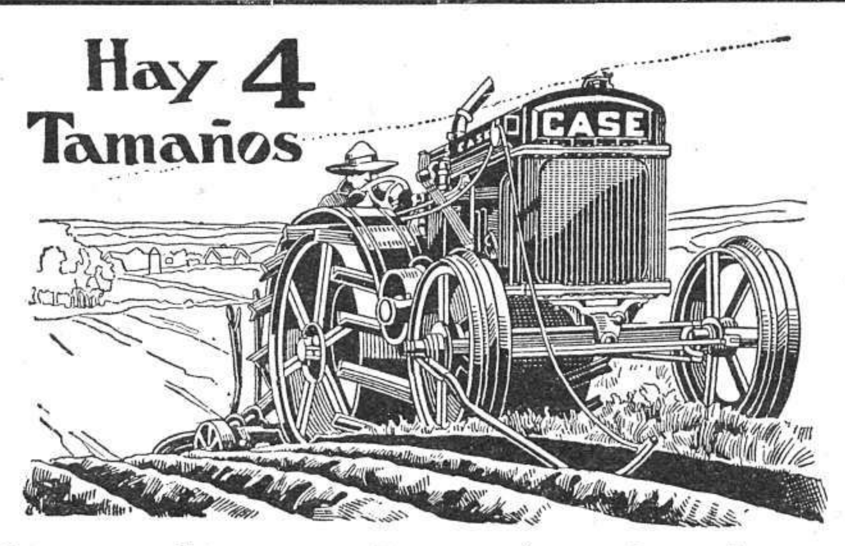


GENERAL SARMIENTO. — Los esposos señores Luis Pettiti y señora Anunciata Avico, cuyo 50.º aniversario de su enlace dió lugar a una brillante fiesta social.

¿AL POLO NORTE EN SUMERGIBLE?

Un hombre de ciencia alemán, el doctor Anechiitz, ha proyectado llegar al polo norte bajo los hielos. El doctor alemán ha inventado un submarino especial, provisto de conveniente radio de acción y capaz de prolongadas inmersiones. La tentativa deberá realizarse en el próximo verano.

En los dos últimos años el citado profesor ha estudiado concienzudamente los mares polares y adquirido la convicción, según dice, de que los hielos no tienen un espesor superior a cuatro metros, y que siendo posible navegar cómodamente a siete metros y medio de profundidad, su tentativa tiene grandes probabilidades de éxito. A una velocidad de seis millas en la superficie, de cuatro en inmersión, el inventor creee poder recorrer treinta millas por día, navegando ocho horas, hasta los 83 grados. El viaje será rápido. De aquel punto para llegar a la meta le bastarán cuatro o cinco días, a condición sin embargo, de que el polo no esté circundado de una grande extensión de tierra firme.



¿Qué dicen los Agricultores que han empleado el Tractor "CASE"?

El Señor **PABLO R. BASSI,**

de ALBERTI, F. C. O., nos escribe:

"Cumplo con el deber de dirigirme a ustedes expresando mi satisfacción por el resultado espléndido obtenido con el Tractor "CASE" de 15-27 HP. a Kerosene, y Arado "Grand Detour" de 4 rejas de 14".

"Con el tractor y arados nombrados he roturado una extensión de campo de 806 hectáreas a una profundidad de 15 centímetros, empleando para esto 50 días de trabajo consecutivos, parando solamente 4 horas diarias el tractor".

"Manifiesto a ustedes que considero que con ningún otro implemento podría haber realizado un trabajo tan esmerado, una roturación tan perfecta y con tanta economía, como resulta al arar con el tractor "CASE" 15-27 HP. y arado "Grand Detour"; lo que se puede apreciar por el detalle a continuación:

10.000 litros de kerosene, a $ 0.22 el litro.........................	**$ 2.200.—**
200 litros de nafta, a $ 0.35 el litro.........................	**» 70.—**
24 latas de 5 galones de aceite, a $ 5.— el galón.............	**» 600.—**
8 latas de grasa, a $ 3.50 cada una.........................	**» 28.—**
Sueldo de un hombre para el manejo, a $ 0.50 la hectárea...........	**» 403.—**
TOTAL...	**$ 3.301.—**

Actualmente puede conseguirse, en cualquier parte, Petróleo Tracto a 3 centavos más barato que el Kerosene. Sobre esta base el mismo trabajo podría haberse hecho a razón de $ 3.60 por hectárea en lugar de pesos 4.—.

"Lo que resulta un promedio de $ 4.— la hectárea, suma enteramente reducida, comparando con lo que se necesitaría para hacer el mismo trabajo con caballos."

4

TAMAÑOS

10/18-12/20
15/27-22/40
HP

Caballos Fuerza.

Estre éstos está el que Vd. necesita.

ARADOS **"GRAND DETOUR"** para cada tamaño de Tractor.

Para arar mejor, más profunda, rápida, económica y cómodamente, empléese

uno de los
Tractores a Kerosene



Pida el Catálogo y el Folleto Ilustrado que se titula "Algunas Indicaciones de Utilidad Práctica para los Agricultores", que le enviaremos gratis y francos de porte. Solicítelos por su N.° 310

J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

Paseo Colón esquina Belgrano — Buenos Aires

BAHIA BLANCA. ROSARIO. MONTEVIDEO. PORTO ALEGRE

De Haedo



Señoritas y jóvenes que asistieron a la reunión social celebrada en casa de los esposos Reynolds-Ortega celebrando un acontecimiento familiar.



MAMITA estrecha entre los brazos con satisfacción esta hermosa criaturita, que cautiva con sus gracias y que atesora tantas alegrías. La madre amorosa ha criado al hijito robusto gracias a su organismo sano y vigoroso. En estos momentos felices no olvida que parte de su salud la debe a la MALTA PALERMO, que obra como tónico nutritivo de inapreciable valor para reponer las fuerzas gastadas. Es la bebida que toda madre debe adoptar durante el período de la lactancia.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



Una luz *en las* tinieblas

Carlos paseaba sombríamente por el corredor. Se oía, entrecortado, el sollozo de su mujer, tirada en el diván, junto a los pies de la cama de bronce reluciente. Llevaban un año de matrimonio y era el tercer disgusto serio que alteraba la dulce paz, que habían supuesto eterna. Y todo por culpa de ese inconsciente de Emilio. Sí, él era el causante de aquella tragedia, o más bien, las otras mujeres, amigas de Emma, su mujer, que le permitían confianza. Porque empezaba a ver claro: Emma le había dado la mano para despedirse y él, el muy imbécil, no había hecho otra cosa que retenérsela entre las suyas mientras le decía las frases vanas de siempre:

—Cuídeme ese semblante y esos hermosos ojos; no haga como Sarita que únicamente se alegra cuando me ve.

La cosa no pasaba de una broma, pero es que durante la cena Emilio no había tenido, para Emma, más que galanterías y sonrisas, y bromitas... y, ¡claro!...

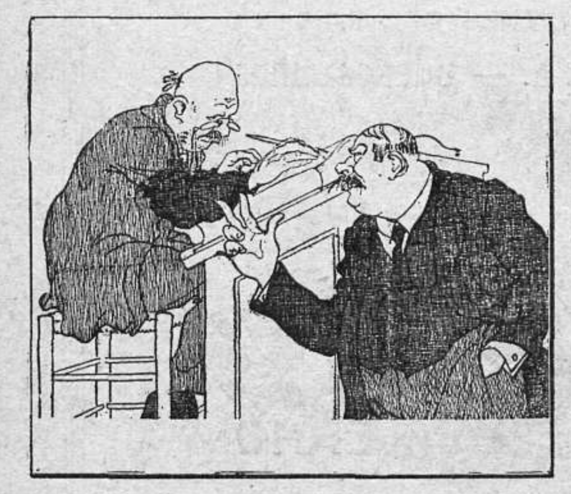
El rostro de Carlos volvía a obscurecerse y sus ojos a cobrar el siniestro brillo que tanto impresionaba a la pobrecita Emma. De pronto un chispazo le iluminó: el culpable no era Emilio, sino él. Recordaba claramente las palabras de Emma al entrar en casa de sus padres:

—No te separes de mí. Si se queda alguien a cenar, no dejes que me sienten a su lado, porque luego sufres y me haces sufrir injustamente.

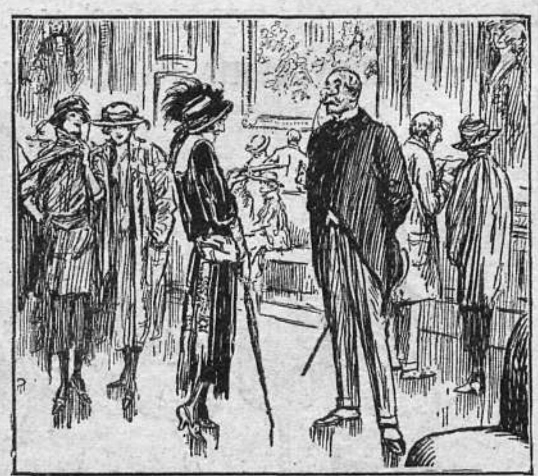
Y él había hecho todo lo contrario, a propósito, porque había creído que esa advertencia encerraba una trampa, quizá una combinación. Teniéndola a su lado no podía ver a quien miraba, ni lo que le decían los ojos que la miraban. En cambio, sentándose frente por frente...

¡El! ¡El era el culpable! Pero, sin embargo... Emilio estaba aparentemente alegre cuando ellos entraron en la salita, pero al ver a Emma se alegró de verdad. ¡Oh, no era ningún torpe para no fijarse en todas las cosas! Aquella mirada profunda e inteligente que se dirigieron los dos!... Luego el repentino olvido de Emma por él, su marido, y su alegría desmedida... y su atolondramiento, y la efusión con que había besado a todas, especialmente a la novia de Emilio... ¡Aquel era el beso de Judas!... y él, el marido, mirando impasible. ¡Miserable!; no sabía, en verdad, cómo pudo contenerse...

¡La mujercita encantadora! ¡La adorable esposa! ¡La odiaba!; sí, la odiaba con todas las fuerzas de su juventud. La odiaba tanto que no hubiese violentado su conciencia si en lugar de la andanada de insultos que le arrojó al entrar en su casa hubiera descargado sobre su maldito cuerpo la fuerza de sus puños. ¡Y la muy infame no respondió ni una sola palabra! Se limitó a sonreír; luego a intentar unas caricias que él rechazó de un manotazo, y después a llorar... ¡A llorar! ¡Ja, ja!... Estaba fresca si esperaba doblarle con sus lágrimas. ¡Imbécil! Se la representaba gimiendo, con el rostro descompuesto, con los ojos hinchados, con el pañuelito hecho una sopa. ¡Infeliz! ¡Y había creído en su pureza y se había casado! ¡Ahí estaba la trampa! Tenía ganas de abofetearse por necio. ¡Embustera! ¡A qué bajezas no hubiera recurrido para atraparlo! Una ola de sangre le cubrió la cara; Emma le había en-



—Usted me hace reír con su contabilidad por partida doble... La que necesito es por partida triple: una para mí, otra para el fisco y la tercera para mi sucesor.



La literata (al académico). —¡Oh, señor; usted sabe como me interesa el arte! ¿Quiere decirme quien cree usted que es el más grande maestro de la antigüedad?

El académico (ásperamente). —Dios, señora.

gañado siempre; lo averiguaría, y tan pronto como tuviese las pruebas en la mano la... Sí, claro, por eso su espíritu le atormentaba y los celos le corroían. Era la existencia del delito. ¡La ma...!

Un agudo dolor en la cintura le detuvo. ¡Qué bárbaro! Hacía una hora que daba zancadas en el corredor como un loco. ¡Una hora! El mismo tiempo que Emma llevaba gimiendo... ¡Sí, sí!... ¡Gimiendo!... Pero... ¿eh?... No oía su llanto. ¿Se habría acostado? Aguzó el oído: nada. La luz del corredor se apagó y se oyó un portazo... ¡Las diez!... La hora en que cerraban el caserón. Y él creía que iban a dar las doce. Quiso reanudar el paseo, pero sintió doloridos y pesados los pies... Volvió a escuchar... ¿Aquel silencio no sería el anuncio de una gran desgracia?... ¡Eh! ¡Oh, no!... Pero Emma era una mujer sensible, delicada, capaz de una atrocidad antes que de una infamia! ¡La conocía bien y estaba seguro de ella! ¿Cómo entonces había dudado de su honestidad, de su decencia, de su altura moral?... ¡Y tan luego con Emilio, a quien ella despreciaba profundamente, y compadecía al propio tiempo por su idiotez!... Presa de un inesperado terror entró en el dormitorio. ¡Emma yacía en el suelo, sin conocimiento! La alzó como para arrebatarla del peligro, la acostó sobre la cama, llamó a voces a la criada que se había encerrado en la cocina al oír sus denuestos, y roció el bello rostro con agua, y friccionó los brazos y las piernas inertes de la infeliz.

¡Malvado! ¡Cómo se despreciaba en ese momentos, y cómo desaba un arma en sus manos para ajusticiarse! Por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas, y su cuerpo temblaba en convulsiones impresionantes. Pero su cabeza estaba libre de ideas terribles y su corazón sin rencores... ¡Era realmente feliz, de nuevo! Una calma sedante acariciaba sus nervios y lo tranquilizaba hasta dejarlo fresco y agil. No temblaba ya, ni lagrimeaba; casi sonreía... ¡Y era el cuerpo inanimado de Emma quien le procuraba esa calma bienhechora! Era, pues, entonces un verdugo. Claro que sí, pero un verdugo dulce, que alisaba los cabellos y besaba la tersa cara de su víctima.

Con ayuda de la criada, tal como si no hubiera pasado nada, ni fuera él culpable de aquel dolor, hacía volver en sí a la pobrecita, que al abrir los ojos y verle de rodillas se echó entre sus brazos llorando inconsolable, inconteniblemente.

* * *

— Puede retirarse ya, Jesusa; y gracias.

La criada dió unos pasos y se detuvo. Carlos la miró sorprendido. Emma, desde la cama, díjole débilmente:

— Vaya tranquila Jesusa, y duerma...

— Es que...

Carlos se adelantó:

— ¿Desea algo?

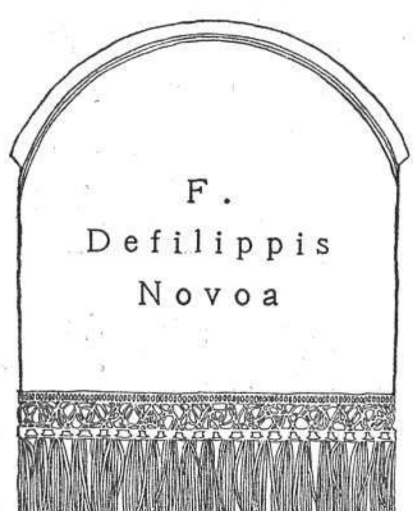
— Sí, señor, pero no se ofenda: no la pelee más; ¡es tan buena la pobrecita! Estas cosas acaban siempre mal, señor... lo sé, porque... yo estoy en América por esas cosas... y él, el pobrecito, en la cárcel, ¿sabe usted?

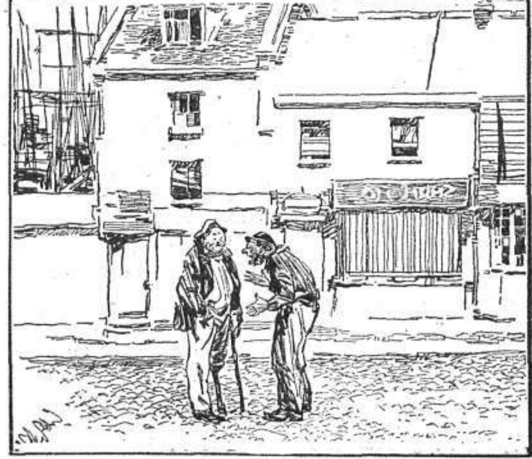
Y restregándose los ojos, salió del dormitorio, dejando tras sí el silencio impresionante de las fatalidades.

* * *

Años después, en rueda de amigos, comentando la exacerbación de las pasiones a propósito de un crimen, Carlos decía:

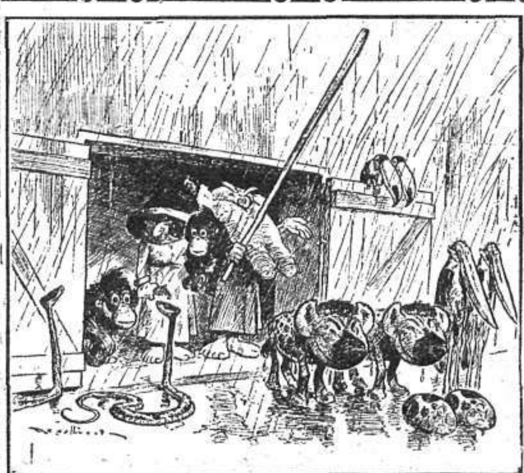
— En cada hombre vive un criminal en menor o mayor grado de desarrollo. Todo es cuestión de oportunidad, hasta su salvación. Yo, confieso, estuve a punto de ser asesino, pero las palabras de una pobre mujer hicieron la luz en mi cerebro ensombrecido, y pude retroceder a tiempo. ¡Quién pudiera dar a todos una pequeña luz en las tinieblas de sus noches! Entonces no habría criminales.





El hombre inválido (hablando con un amigo desmemoriado).— ¿Entónces, Juan, no recordarás que ayer por la mañana me convidastes a beber?

El amigo. — ¡Oh, sí! Es lo único que recuerdo y que no olvidaré jamás.



Noé (observando desde el arca). — Cada día llueve más.



Asamblea general realizada por la colectividad ibérica de ésta para renovar las autoridades de la Sociedad Española de esta localidad.

TRABAJO

El trabajo es la vida misma; la vida es un continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas.

Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse a los átomos cercanos la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra universal a que venimos todos a traer nuestra piedra.

¿El Universo no es un inmenso taller en que jamás se huelga, en que los infinitamente pequeños hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra sin descanso, desde los simples fermentos hasta las criaturas más perfectas?

Los campos que se cubren de mieses trabajan; los bosques en su pausado crecimiento trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno a otro continente, trabajan; los mundos, que son llevados por el ritmo de la gravitación a través de lo infinito, trabajan.

No hay un ser, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad; todo va arrastrado, atado a su tarea, obligado a poner su parte en el común empeño.

Quien quiera que no trabaja desaparece por eso mismo, rechazado como estorbo inútil, y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable.

Tal es la única ley de la vida, que no es, en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpetua actividad, el dios de todas las religiones, para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.

EMILIO ZOLA.

FREIXAS & CIA. A LAS PERSONAS QUE NOS HAN PEDIDO PARA SU ALBUM DE AUTOGRAFOS LAS AFIRMACIONES QUE HEMOS PUBLICADO EN "CARAS Y CARETAS" DEL 5 CORRIENTE, NOS ES GRATO COMUNICARLES QUE, HABIENDOSE AGOTADO LA EDICION DE 200.000 EJEMPLARES, UN NUEVO TIRAJE HA SIDO ENCARGADO.

ANTES DE FIN DE MES ENVIAREMOS POR CORREO UN EJEMPLAR DE AUTOGRAFOS A CADA INTERESADO.

BUENOS AIRES, MAYO 9 DE 1923.



«UNA SEMANA BÁRBARA»

AH! Esta Bebé Daniels temperamental necesita argumentos desquiciados, intríngulis, extravagancias y pretextos para lucir esa tan cacareada travesura y ese gentil desplante que todos le admiramos. Los argumentos o lo que sean se le confeccionan a la medida, lo mismo que los vestidos con que la engalanan sus modistas; y a base de su palmito, de su artística desvergüenza y de la vivísima luz de sus ojos de «gachí» norteamericanizada, los productores lanzan al mercado unas cintas en que, fuera de ella, todo se nubla y se borra para darle lucimiento a la «estrella».

«LA AGONÍA DE LAS ÁGUILAS»

PELÍCULA europea, desarrolla episodios bélicos de la época napoleónica. El genial personaje, discretamente interpretado por el actor Severin Mars, desfila majestuosamente ante sus «águilas» y le vemos maniobrar en desfiles gloriosos, desplegando sus grandes falanges victoriosas por los también entonces sangrientos campos europeos.

«HASTA QUE NOS VOLVAMOS A VER»

TIENE pretensiones de drama, quedándose en comedia a pesar de los disparos, de los cadáveres y de la teatral muerte de uno de los protagonistas, cuyo cuerpo envuelven con la bandera de las estrellas y las barras... celuloides patrioteros que como muchos otros explotan los sentimientos del pueblo a base de un ejemplo de compañerismo en las trincheras europeas y de varios saludos militares extemporáneos.

La rubia interesante Mae Marsh, que encarna la figura principal, es una artista de una expresión extraordinaria para una yanqui o acaso irlandesa; sus gestecillos, sus sonrisas, su irradiación de lo dramático y el mimo que se advierte en sus escenas amorosas, nos compensaron de la vaciedad del argumento. Sobre todo, el parpadeo de la muchacha en las «grandes» situaciones; un abanicar frenético de sus inquietos párpados mientras sus azules pupilas van reflejando las sensaciones que experimenta.

Muy simpática artista.

«EL TOBILLO DE MARUCA»

ES una comedia en que interviene el actor Mac Lean y la «estrella» Doris May. Se trata de un enredo por medio del cual el protagonista pretende apoderarse de unos cuantos miles de dólares que le ofrece un tío para cuando se case; y como jugar con el matrimonio es jugar con fuego, Doc Hampton, que



Pola Negri, astro incandescente, lucirá un maravilloso "último grito" de la moda en la película "Bella Donna", de la que es heroína. En esta fotografía aparece la expresiva artista de la Paramount hablando de vestuario con el director George Fitzmaurice y Ethel Chaffin, creadora de modas, en el "studio" de California.

así se llama el sobrino, concluye por caer, rendido a discreción, en los brazos femeninos de Maruca, una rubia más o menos oxigenada que lo lleva derecho al altar como a dócil corderillo. Así acaban las bravatas de muchos «inmatrimoniables».

«LA ESTATUA DE CARNE»

ES una cinta italiana con la Almirante por cabeza y con dos actores excelentes: Lido Manetti y Alberto Collo. En sus escenas se desenvuelve un drama pasional a la manera «nuestra», es decir, con todas las situaciones subrayadas por la mímica, que es el balcón al que se asoman las agitaciones del alma. Desde el punto de vista literario ninguna sorpresa nos proporciona esta producción, ya que su argumento pudiera firmarlo la Invernizio; fotográficamente y por su esmerada interpretación pudimos advertir sensibles adelantos con respecto a otras cintas de la misma procedencia.

Es digna de verse.

«LA MANO DE DIOS»

TOMADA de la novela «El doctor Rameau» del folletinista George Ohnet, pertenece al gremio de las películas tendenciosas, que cultivan las inclinaciones populares con detrimento de la buena literatura y del verdadero arte escénico, abusando de la ramplonería y de la moral barata. El público, más avispado de lo que se cree, suele lanzar un ¡aahh! de fastidio cuando intentan adormecerlo con cursilerías semejantes.

«UN HIJO DEL DESIERTO»

CINEMA dramático en seis actos, tiene por escenario la vastedad desolada y arenosa del Desierto y los principales intérpretes son la «estrella» Marina Sais, que cabalga con la maestría de un jockey; su padre, a quien molestan bastante los trotes; el comprador de caballos de raza por cuenta de una empresa de Texas, que es el salvador de la muchacha — el héroe juvenil y simpático con el que ella termina amartelada, — y finalmente el caudillo audaz, hijo del Desierto, que intenta apropiarse de la blanca extranjera, atrayéndola engañada a su tienda para conseguir, por las buenas o por las malas, sus favores. Y cuando este gavilán de epidermis aceitunada va a echarse sobre la blanca paloma que vigila sus movimientos asustada, la tela de la tienda se mueve y a raíz del suelo un bulto se desliza cauteloso. Unos segundos de ansiedad y el yanqui se avalanza por sorpresa sobre el caudillo, libertando así a la cautiva.

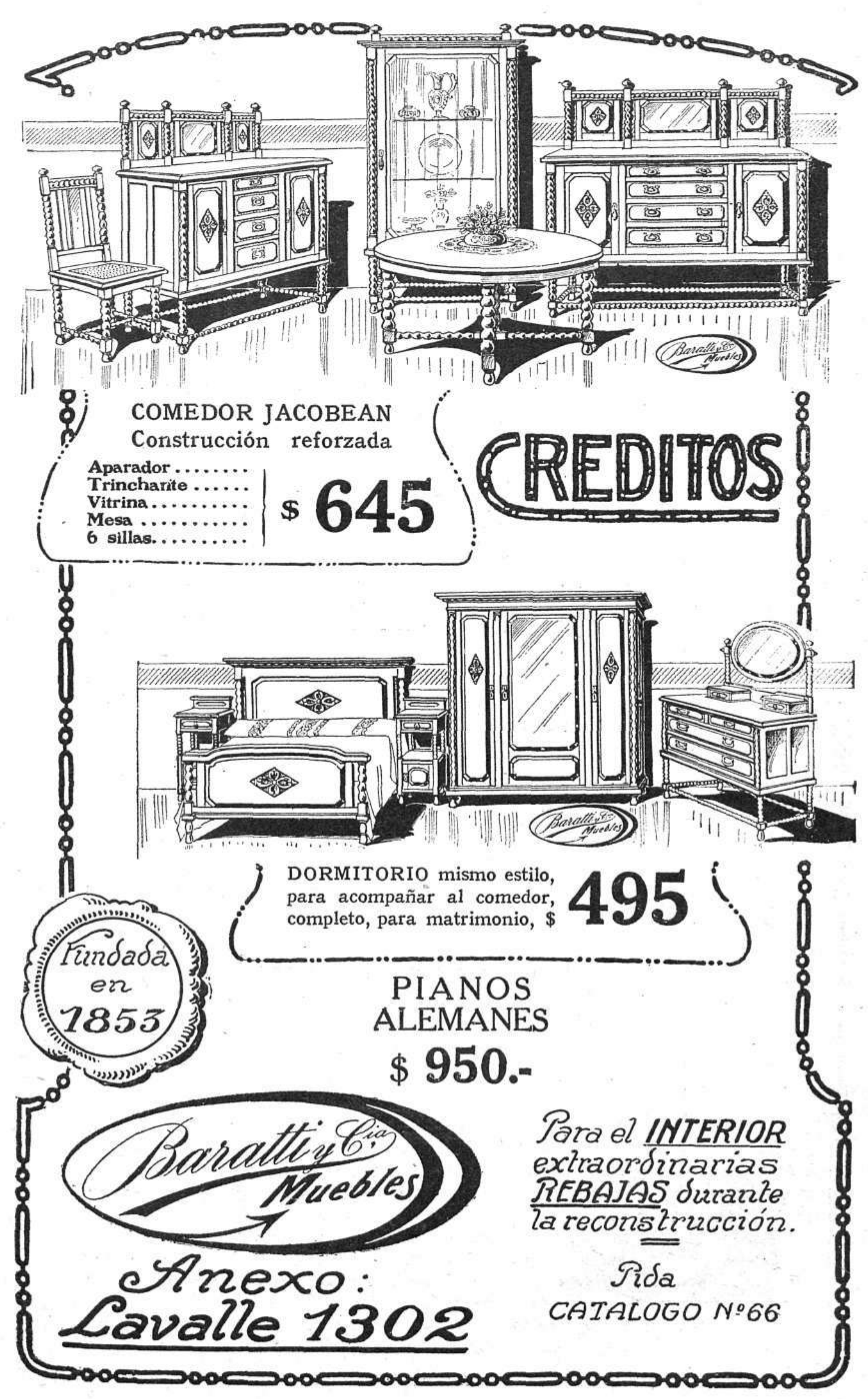
El final nos agradó. La feliz pareja perdona al hijo del Desierto la jugada, el cual, con el corazón mortalmente herido por un amor imposible, suelta las riendas a su corcel y se pierde como una exhalación en la arenosa superficie.

Cinta muy atractiva, con escenas muy interesantes y realistas.

NARCISO ROBLEDAL.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: El ocaso de la belleza y de la gloria, por **Juan José Mundin Schaffter.** Píú, por **Ernesto Morales.** Carta contestada, por **Félix Esteban Cichero.** Tipógrafo de mar, por **Edgardo Garrido Merino.** Apólogo de la preocupación, por **Manuel García Hernández.** El amor y la ortografía, por **Rafael Ruiz López.** Invocación, por **Eugenio Julio Iglesias.** Candelaria Somellera de Espinosa, por **Alberto Meyer Arana.** Antonio Fraldao, por **Trinidade Coelho.** El disco, por **Miguel Zamacois.** Giácomo Puccini, por **Itálicus.** Los oídos del corazón, por **Miguel de Unamuno.** El misterio del Gran Hotel, por **C. J. y Ana O. Titbbits.** Noviazgos, por **Humberto De Campos.** Los consejos de Hamlet, por **Juan Papini.** La danza de las joyas, por **V. M. Methley.** El reflejo del amor, por **Huguette Garnier.** Bar de Luxe, por **Lilian Hari.** Hombres célebres: Rivadavia, por **Eduardo del Saz.**



Baratti y Cº Muebles
COMEDOR JACOBEAN
Construcción reforzada
Aparador ....
Trinchante ......
Vitrina ....
Mesa ....
6 sillas..........
$ 645
CREDITOS
Baratti y Cº Muebles
DORMITORIO mismo estilo,
para acompañar al comedor,
completo, para matrimonio, $
495
Fundada en 1853
PIANOS
ALEMANES
$ 950.-
Baratti y Cía Muebles
Para el INTERIOR
extraordinarias
REBAJAS durante
la reconstrucción.
Anexo:
Lavalle 1302
Pida
CATALOGO Nº66

De San Isidro



Señorita Keeman, señor Norrisón, y señor Moffue y señora. Familias de Crauley y Newbery Thomas.
Inauguraron la temporada de golf en los "links" de esta ciudad.

LA FORMA DE LAS MUELAS

Comparando mandíbulas de diferentes mamíferos se observa que en aquellos que son *fitófagos, es decir,* que se alimentan de substancias vegetales, la rama ascendente de la quijada forma con la porción horizontal un ángulo muy obtuso; a veces casi no hay ángulo. En cambio, en las especies que comen carne, este ángulo tiende a cerrarse, siendo tanto menos obtuso cuanto más carnívoro es el animal. Esta diferente conformación, en relación con el diferente uso que los animales hacen de sus quijadas, trae consigo otra diferencia: el tamaño de la última muela. En los herbívoros y frugívoros esta muela es muy grande; *en los carnívoros es muy pequeña* o falta por completo, como ocurre en el gato. Al reducirse el ángulo de la mandíbula, la muela en cuestión no tiene sitio para desarrollarse y tiende a la atrofia.

Esto mismo se observa comparando las quijadas de los hombres prehistóricos con las de los actuales. En primer lugar tenemos los restos más antiguos que se han encontrado, los del hombre más primitivo que se conoce, con una muela del juicio enorme, una segunda muela algo más chica, y la primera más pequeña todavía. Luego vienen las mandíbulas de los antiguos pueblos cazadores, de aquellos que en las cavernas nos han dejado representaciones de sus matanzas de ciervos, de bisontes y de caballos. En ellos la proporción de las muelas se invierte: la primera es la mayor, y continúan en gradación descendente hasta la tercera. El hombre se había hecho en aquella época eminentemente carnívoro.

MAX GLÜCKSMANN

Nuevos Discos Nacional

ROSARIO
CORDOBA 1048





DISCOS DOBLES "NACIONAL" — NOVEDADES DE MAYO 1923

ORQUESTA ROBERTO FIRPO

Discos dobles «Nacional» de 25 ctms., a $ **3.00**

6166 (A — **Pick me up (Levántame).** Shimmy. R. Rietti
(B — **Sonia.** Tango. Goñi-Moreno.

6167 (A — **Primera ilusión.** Vals. L. Motolese.
(B -- **Cachito.** Tango. P. Bernardo.

6168 (A — **Cachonguita.** Tango. F. Canaro.
(B — **Flor marchita.** Tango. I. Corsini.

6169 (A — **Urutaú.** Tango. B. S. Parravicini.
(B — **Mi tristeza.** Tango. A. Danesi.

6170 (A — **Buenos Aires!** Tango. M. Jovés.
(B — **Patagonia.** Shimmy. F. Poil.

6171 (A — **Celosa...!** Tango. M. Jovés.
(B — **Sollozos del alma.** Tango. S. París.

6172 (A — **Carmen.** Shimmy. R. Coll.
(B — **Martín Fierro.** Tango. D. Greco.

6173 (A — **No interesa.** Tango. A. Berto.
(B — **Ingratitud.** Tango. A. Bevilacqua.

6175 (A — **La danza delle libellule.** Shimmy de la Gigolette. F. Lehar.
(B — **La seguidora.** Polka. R. Firpo.

DUO GARDEL-RAZZANO (Con 4 guitarras Ricardo-Barbieri).

Disco doble «Nacional» de 25 ctms., a $ **3.25**

18071 (A — **Buenos Aires.** Tango. (Solo Gardel). Jovés-Romero.
(B — **Mi refugio.** Tango. (Solo Gardel). Cobian-Córdoba.

IGNACIO CORSINI (Con 2 guitarras Iriarte-Correa).

Disco doble «Nacional» de 25 ctms., a $ **3.00**

218 (A — **El prisionero.** Tango. Delfino-Romero.
(B — **La Entrerriana.** Zamba. E. Delfino.

TRIO PACHO (Juan Maglio).

Bandoneones.

6852 (A — **Mi Monona.** Tango. J. Maglio.
(B — **Fosforito.** Tango. I. Servidio.

TRIO FRANCISCO CANARO.

Piano-Violín-Bandoneón.

6905 (A — **Lo que fuiste.** Tango. R. Tuegols.
(B — **La última cita.** Tango. A. Bardi.

Nº 18071

BUENOS AIRES

TANGO de ROMERO·JOVES

POR EL DUO

GARDEL·RAZZANO

SOLO POR

C. GARDEL

DISCO DOBLE "NACIONAL" DE 25 cms. a $ 3.25

Nuevos Discos Nacional

Odeon

Tomey

De Martínez

Palcos ocupados por distinguidas familias de esta localidad en el festival organizado por la sociedad "Los Chiripitifláuticos".

En pose durante un intervalo de los bailes que constituyeron los más frecuentes números del programa.



Una victoria caloteada

Justificación del calote

Para CARAS Y CARETAS



La prensa inglesa, francesa y norteamericana empieza a convencerse de que la guerra, económicamente, la han perdido los aliados. Y es un poco dudoso que, perdida en lo económico, pueda resultar ganada una guerra en alguna otra forma.

Todo el universo está lleno de papel moneda alemán. Suprimamos lo de «moneda»; no es más que papel. Según el «World» de Nueva York no baja de diez millones el número de norteamericanos tenedores de marcos. La inversión sube a 960 millones de dólares. Y hubo momento en que se pagó hasta 100 dólares por un billete de mil marcos, que hoy no vale más de 70 céntimos. Comentando esta información del «World», dice «Le Matin», de París, que América ha entregado a Alemania unos 5.000 millones de francos oro, o sea tanto como la indemnización de guerra que hubo de pagar Francia en 1871. Por su parte, ha sufrido Inglaterra, los especuladores ingleses, una pérdida de 3.500 millones de francos oro. Total: según el cálculo francés, los anglo-sajones han perdido en Alemania 20.000 millones de francos papel, o sea, aproximadamente, 10.000 millones de francos oro. ¡Colosal metejón! Es la más estupenda locura y la más gigantesca ilusión financiera de la historia. Y no son menores las inversiones de los países neutrales. Aquí, en España, se podría empapelar con marcos toda la Península, desde el Pirineo hasta Cádiz.

* * *

Hagamos ahora un poco de psicología sobre este formidable calote, muy bien merecido, como luego se verá.

El primer señuelo o gancho para atraer a los jugadores en marcos fué la creencia de que Alemania no podía perder la guerra; no se creía posible darle en el mate al káiser y abatirle las águilas del casco bruñido. Como las reinas del aire, los marcos subirían hasta las nubes. No pocos agiotistas, que hubieran corrido gran peligro en tiempos de Herodes, incurrían en la inocencia de suponer que el bloqueo marítimo sufrido por Alemania era para ella una gran ventaja, puesto que impedía la salida de su oro, mientras los aliados veían evaporarse todo el suyo en compras de material bélico y cereales, realizadas en los países neutrales. No se daban cuenta de que Alemania estaba guisándose en su propia salsa, pagando el trabajo interior con emisiones, con litografía, que al reducir la capacidad garantizadora del encaje metálico, de la reserva aurífera, era exactamente igual que si el oro volase. No hace falta ser un tigre financiero para advertirlo. Pero los agiotistas, como el káiser en la guerra, sólo eran, en materia financiera, tigres de talabartería.

Jugaban por pálpito. Y cuando las primeras adquisiciones se iban viniendo al nivel del asfalto, compraban más, buscando un promedio ventajoso que nunca se producía. Los tahures bursátiles suelen disfrazar el lenguaje para dar a sus actividades cierta nobleza. Y así llaman «promedio» a lo que es simplemente «ir al desquite». Entre tanto, la industria litográfica alemana adquiría, en manos del Estado, un desarrollo extraordinario. En ninguna de las Naciones más desquilibradas lograron nunca las emisiones un florecimiento semejante al de Berlín.

* * *

Pero ello no enfrió la fe de los tenedores de marcos. Perdida la guerra, el señuelo o gancho para atraer a los jugadores fueron las grandes virtudes de Alemania: su maravillosa organización, su tecnicismo fabril y comercial, su disciplina, hija del más perfecto acatamiento al espíritu gerárquico, base del orden social. Los agiotistas, los puntos bursátiles, confiaban mucho más en las virtudes alemanas que en las suyas propias, y se hallaban convencidos de que sería el país que primero se reharía entre todos los combatientes doloridos. A la vista estaba: la gran tradición de orden, de reflexión, de cordura filosófica impedía a los sesudos alemanes hacer una revolución, un formidable bochinche, con horcas, fusilamientos y guillotinas, a la manera de los títeres y compadres latinos, que acaban degollándose unos a otros en levantamientos y contralevantamientos, acciones y reacciones, marchas y contramarchas, cuarteladas, golpes de Estado, mazmorras, himnos a la libertad, estrépito y delirio. Nada de todo esto ocurría en Alemania. Dos o tres ensayos revolucionarios que se hicieron frustráronse al instante, con gran complacencia de los jugadores neutrales. Las débiles asonadas carecieron por completo de eco en el espíritu germánico. «¡Qué país admirable! — exclamaban los jugadores. — ¡Vuelve al trabajo con la misma fe, con la misma constancia! Los marcos volverán a su valor; no hay duda».

Alemania debía trabajar para que los timberos en cambios de todo el universo obtuviesen una gran ganancia sin trabajo alguno. No se compagina este convencimiento con la idea del insuperable

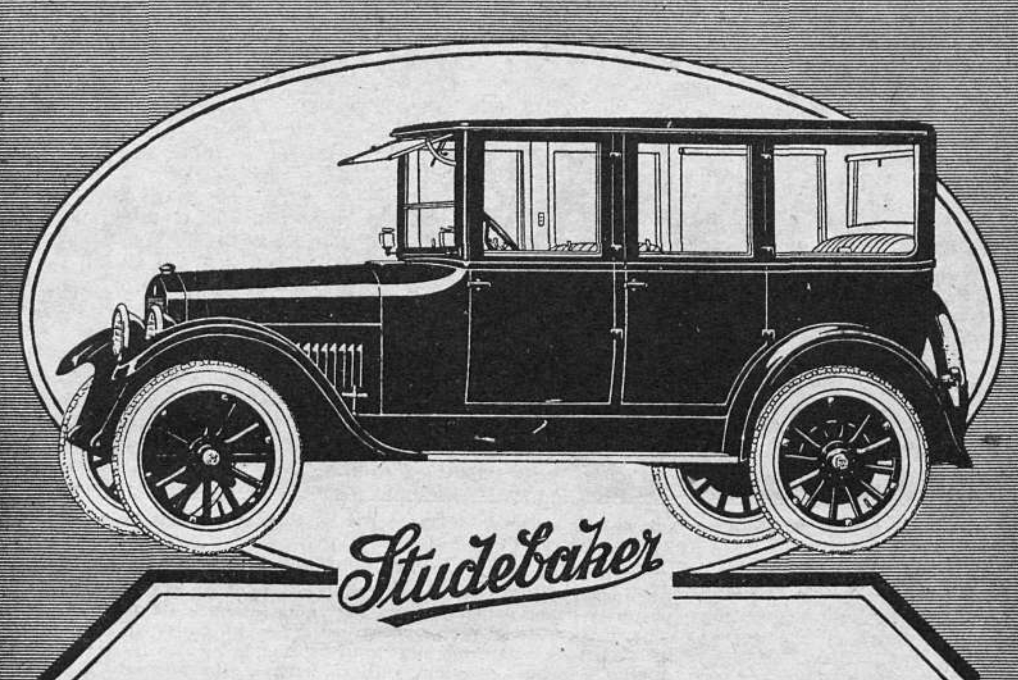
tecnicismo alemán, porque, en efecto, nada menos técnico que los trabajadores enriquezcan a los jugadores. Los alemanes, tan científicos, tan técnicos, no podían caer, de repente, en esta nesciencia. El marco siguió hundiéndose sin cesar. Los financieros germanos, con Stinnes a la cabeza, mantenían la baja del marco para sostener y fomentar, a favor del cambio, la exportación. Por otra parte, la enorme masa de marcos colocada en el exterior aseguraba a la industria alemana una vasta clientela. Pero todos los países se alarmaron ante el aluvión de mercaderías que iba a entrar por sus fronteras, y se apresuraron a cerrarlas con unas tarifas de aduana equivalentes a murallas de la China. Los timberos bursátiles se sienten ahora morales y librecambistas, pues al cerrar los mercados el paso a la producción alemana, los marcos no pueden valorizarse. Los jugadores están un poco enfurecidos con sus respectivos gobiernos.

Se ha dicho y escrito que Alemania, con su régimen fiduciario ha realizado una expoliación formidable en todo el universo, atrayendo oro, o por lo menos moneda más sana, a trueque de papel mojado. ¡Bah!... Son calumnias de perdedores irritados. Alemania no ha hecho trampa alguna en el juego; no ha cometido ningún trompifai. Se ha limitado a fabricar papel moneda, como fabrica quincalla, sin obligar a nadie a tomarlo como dinero efectivo. Los que lo han adquirido es porque se figuraban que debajo de ese papel estaban la técnica, la organización, la actividad, la disciplina, el orden, todas las virtudes alemanas que convertirían unos signos puramente abstractos en valor positivo. Pero ha resultado que, debajo del papel, no había más que... más papel. Sufrimos, sin embargo, unas «sospechas averiguadas», como dice Quevedo, de que todas estas plausibles virtudes alemanas no se han eclipsado de pronto. Lo que ocurre es que las virtudes económicas se diferencian del resto de las virtudes en que no se ponen al servicio de los demás, sino al propio servicio. Virtud económica significa quedarse con el dinero de los otros. Y esta virtud perdura siempre en Alemania, mantenida con todos los principios técnicos y científicos propios de un país tan sabio.

¿Y qué diremos de la moralidad de unos jugadores que basan el éxito de su juego en que los demás trabajen? Puede admitirse jugar con otro que también juega; pero que uno eche el quilo trabajando para que a otro le salga bien el juego... eso, vamos, es más condenable que ganar haciendo matufia.

Bien merecido tienen los jugadores en marcos su gran metejón...





Nosotros creemos que un Studebaker Sedán tendrá de cinco a diez años de uso satisfactorio. No podemos dar datos positivos al respecto porque hasta la fecha no se ha gastado ninguno.

Si al cambiar su auto usado por otro nuevo Vd. constata que sólo le dan por él 1.900 ó 2.000 pesos, porque no hay interés por coches usados de esta marca, Vd. tiene que agregar al costo original la depreciación sufrida para saber cuánto le cuesta su auto.

El precio de cambio del Studebaker Sedán usado demuestra una depreciación muy pequeña, la cual es, en muchas zonas, menor que la de cualquier otra marca. Y siempre hay interés por los autos usados de la marca Studebaker.

Gran Rebaja de Precios

MODELOS Y PRECIOS — F. A. B. — BUENOS AIRES		
SEIS LIVIANO	**SEIS ESPECIAL**	**SEIS GRANDE**
Turismo.............. $ 4.550	Turismo.............. $ 6.000	Turismo.............. $ 7.750
Roadster (3 asientos). » 4.550	Roadster (2 asientos). » 6.000	Speedster (5 asientos) » 8.250
Sedán.............. » 7.500	Sedán.............. » 9.500	Sedán.............. » 11.000

The Studebaker Corporation of America

Montevideo:
Avenida 18 de Julio, 912

Buenos Aires:
Avenida de Mayo, 1235



Grupo formado por el profesor y alumnos de la Escuela de Taquigrafía del Ferrocarril Central Argentino.

JUSTICIA CHINA

En China tienen una manera muy curiosa de asegurar un buen servicio de policía.

A los agentes que demuestran poco celo en el desempeño de sus funciones se les da de vez en cuando una buena tanda de palos. Además, cuando se les entrega un mandamiento de prisión contra algún criminal, les señalan un plazo de quince días para la captura. Si pasado ese tiempo el agente no presenta al preso, o detiene, por error o por malicia, a otra persona distinta de la que se busca, se le condena a una pena un grado inferior a la que corresponde al criminal.

Se comprende fácilmente que el cargo de policía en China no está muy solicitado; en cambio, los que desempeñan estas funciones suelen hacerlo a la perfección.

Con los jueces se sigue un sistema casi análogo. Por ejemplo: si dictan una sentencia de decapitación cuando, según la ley, debiera ser de estrangulación, se les sentencia a recibir cierto número de palos, y el verdugo que ejecutó la sentencia sufre igual pena. De igual menera, si un juez absuelve a un criminal a cuando debió condenarlo, se le sentencia a sufrir la misma penalidad que correspondía al otro.

Cómo tener una cabellera hermosa, abundante y ondulada.

Donde quiera que usted vaya se fijan en su cabellera. Le juzgan por su apariencia. Si tiene usted cabello abundante, sedoso y limpio y se peina del modo que mejor siente a su físico, poseerá usted el mayor encanto que toda dama o caballero puede ostentar.

El cabello abundante y ondulado no es privilegio de algunas personas ni cuestión de suerte. Es sólo la consecuencia de un cuidado racional y apropiado. Usted conseguirá cuanto es posible obtener de su cabello en belleza y profusión, usando desde hoy el famoso

ESPECIFICO BOLIVIANO



Esta maravillosa preparación científica, compuesta de vegetales seleccionados de la flora boliviana, es el producto de largos años de estudio y experimentos. Su eficacia como restaurador y hermoseador del cabello es única y su fama ha trascendido a todos los países del continente.

El **ESPECIFICO BENGURIA** tonifica las glándulas oleosas y las mantiene en saludable actividad. Los millares de pequeñas células y glóbulos ‹rojos llevan este alimento nutritivo a todas las partes del pericráneo, dando así vida a sus músculos y estimulándolos para una acción normal y vigorosa.

De hecho **elimina la caspa**, y no sólo **evita la caída del cabello** sino que lo hace crecer y desarrollar abundante, sedoso y pletórico de vida. **Las canas** recobran en poco tiempo su color natural sin necesidad de usar tinturas.

Use usted este específico. En poco tiempo usted quedará francamente asombrado del resultado tan eficaz y rápido. Sírvase escribir al Dr. Rafael Benguria B. pidiendo detalles sobre su maravilloso Específico.

UNICO LUGAR para la venta en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

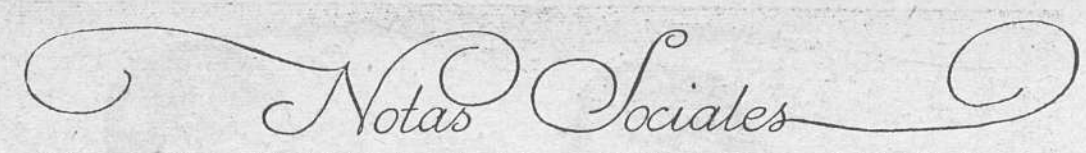
Dr. Rafael Benguria B.

Avenida de Mayo, 1239 - Buenos Aires — Unión Telefónica 5753, Rivadavia

SUCURSALES:

En Rosario de Santa Fe: Tienda "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos. - En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. - En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. - En Montevideo: (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.



Refieren las crónicas del extranjero que allá, en la majestuosa ciudad de la niebla, se celebraron pocos días ha bodas reales y que las quinientas campanas de la Abadía de Westminster *volaron* y *voltearon* durante tres horas y media... que sus mil prodigiosos y distintos sonidos tuvieron el don de rasgar la bruma densa y tenaz de aquella mañana memorable, después de un amanecer lluvioso, intensamente gris...

Nos cuentan de los maravillosos presentes ofrecidos a los desposados por los soberanos del continente, por la alta y poderosa nobleza del país, por jefes de estados democráticos; presentes cuyo esplendor podría parecernos fabuloso... El comentario de maravillas tales ha suscitado naturalmente el interés de todas ustedes, lectoras amigas, tanto que he considerado oportuno anotar, en esta crónica de la vida nuestra, que en hogares argentinos hay también juveniles y encantadoras desposadas que reciben presentes de fabulosa riqueza; ya sea aquí, en nuestra populosa ciudad del ruido, o muy lejos de nosotras, en la ciudad monumental, histórico regazo de emperadores y magnates, en la maravillosa Viena, cuyo nombre evoca todas las grandezas del pasado, toda la fascinadora armonía de su música romántica y cadenciosa...

Y es que, con delicada discreción, muchas de nuestras gentiles desposadas reservan para la intimidad del hogar la enumeración de los presentes recibidos; sólo una decidida indiscreción, como la que me induce hoy, puede revelar a la curiosidad femenina la suntuosidad e importancia con que han sido dotadas algunas de ellas por los suyos...

Pocos días ha mencionaba mi crónica, entre un grupo de desposadas pertenecientes a nuestra aristocracia, a una encantadora porteña que, por su ascendencia materna, hereda el singular atractivo de las hijas de la verde Erín, la tierra de leyendas y canciones, la tierra de poemas líricos de imponderable belleza; pero la mirada intensa y luminosa de esta descendiente de la raza heroica no posee el claro reflejo de los transparentes lagos de aquella isla eternamente verde... Los grandes ojos negros de Marcela Torres Duggan, hoy la joven señora de Lariviére, evocan toda la tradición de gracia irresistible de la porteña de raza...

Debe, pues, anotar esta crónica de la vida nuestra, la suntuosidad con que fuera dotada por los suyos la juvenil e interesante pareja... Entre los presentes ofrecidos por las señoras Duggan de Torres y Dose de Lariviére, figuran una deslumbradora diadema de brillantes acompañada por largos pendientes de enormes brillantes y un collar de maravillosas perlas. Dos son las residencias alhajadas primorosamente para los que inician su nueva vida: después de celebrarse la boda recibió la novia las llaves de su casa en París, y se asegura que ambas residencias, la de la ciudad luz como la elegida en Buenos Aires, están alhajadas con muebles auténticos del siglo XVIII; que cada habitación es un prodigio de suntuosa elegancia... La magnífica vajilla de plata labrada les ha sido ofrecida por doña Joaquina Arana de Torres; un espléndido auto es el obsequio de don Carlos Dose, y los cheques firmados por los representantes de la familia de Duggan, tíos de la novia, constituyen una dote principesca...

Breves días más y se celebrarán en Viena las bodas de una interesantísima y juvenil figura femenina que, a pesar de llevar un nombre histórico y de grandes prestigios en la más acrisolada aristocracia europea, nos pertenece muy de cerca, tanto por su ascendencia materna como por los sentimientos de cariñosa simpatía que supo conquistar en su breve y reciente actuación dentro de la sociedad argentina... El enlace de la princesita Sonia Troubetzkoy Moreno con el conde Alejandro Kolosrath será un verdadero acontecimiento en la hermosa ciudad, histórica cuna de emperadores y magnates... El conde Sacha, como se le llama en los círculos más aristocráticos de Austria, es el mayorazgo de una de las familias de gran prestigio y opulencia de su país. Y cuentan las crónicas llegadas recientemente que los presentes ofrecidos a la futura condesa de Kolosrath son dignos de figurar en la dote de una princesa de leyenda... Un hotelito moderno en el centro de la hermosa ciudad; la familia posee tres viejos castillos cuya tradición encierra varias jornadas de la historia de Austria-Hungría... La joven pareja dispondrá de los lujosos automóviles que corresponden a las actividades del jefe de la familia, pues éste une a los gloriosos antecedentes de su nombre las cualidades de energía y de trabajo que distinguen a los grandes industriales modernos. Entre la suntuosa canastilla de bodas ofrecida a la encantadora desposada, cuya delicada belleza tan eslava posee además el sutil encanto y la exquisita suavidad tradicionales en la gran dama argentina, figuran las joyas que lucieran en las deslumbradoras fiestas del imperio las representantes de la histórica casa, mencionándose especialmente una diadema de incalculable valor...

Así, pues, a pesar de la delicada reserva guardada hasta hoy por elementos tan representativos de nuestra sociedad, me ha parecido oportuno anotar en esta crónica de la vida nuestra que también en hogares argentinos hay encantadoras desposadas que al iniciar su nueva vida reciben presentes de fabulosa riqueza...

Y, para terminar, va el *potin* de último momento...

Se comentaba, en derredor de la suntuosa mesa tendida en honor de embajadores y ministros, los cuadros, muy brillantes y animados por cierto, que ofrece hoy el más elegante de nuestros teatros, y lo singular era que, entre tan eminentes personajes, eran los extranjeros quienes demostraban su sorpresa ante el favor dispensado por las damas argentinas a esa clase de espectáculos... Alguien insinuó que la autoridad edilicia había tratado de moralizar un tanto ciertas escenas, recomendando que las figuras femeninas desfilaran rápidamente en vez de detenerse con el objeto de dejarse admirar largamente...

Entonces una distinguida dama, personalidad muy respetada en nuestra sociedad, expresó que ciertas de nuestras más brillantes mundanas eran las que autorizaban con su presencia en el teatro esas faltas al decoro, y que muchas veces esas mismas prestigiosas figuras, con tal de ir muy elegantes y hermosas, olvidaban el natural recato... Hubo, sin embargo, quien le replicara — y fué una dama de grandes prestigios — asegurando que era *muy distinto el escote de una señora de alcurnia* y el de ciertas estrellas de la escena...

¡Y tanto!, digo yo como comentario... Unas están en su lugar exhibiéndose, aunque nuestra aristocrática sala no es un teatro de *variétés*. ¿Las otras? Las otras irán, llenas de entusiasmo, a la *fiesta de la moda*, para imitar, con la mayor exactitud posible, las extravagantes y poco complicadas *toilettes* que se les ofrezcan como modelos...

La dama duende.

LA FLOR DE LA VIDA

Cuando era Otoño yo clamaba en vano.
— Junto al vaso la flor desvanecida. —
Por la cárdena rosa, la encendida
Rosa hecha boca en flor por el Verano.

Toda la Primavera recogida
Pudo haber sido luego por mi mano.
Reflorecido el búcaro lozano...
Pero no llegó Ella, la Elegida!

Hoy otra vez Otoño en el paisaje.
Nieva la tarde en el azul miraje
Donde escondí mi anhelo sempiterno.

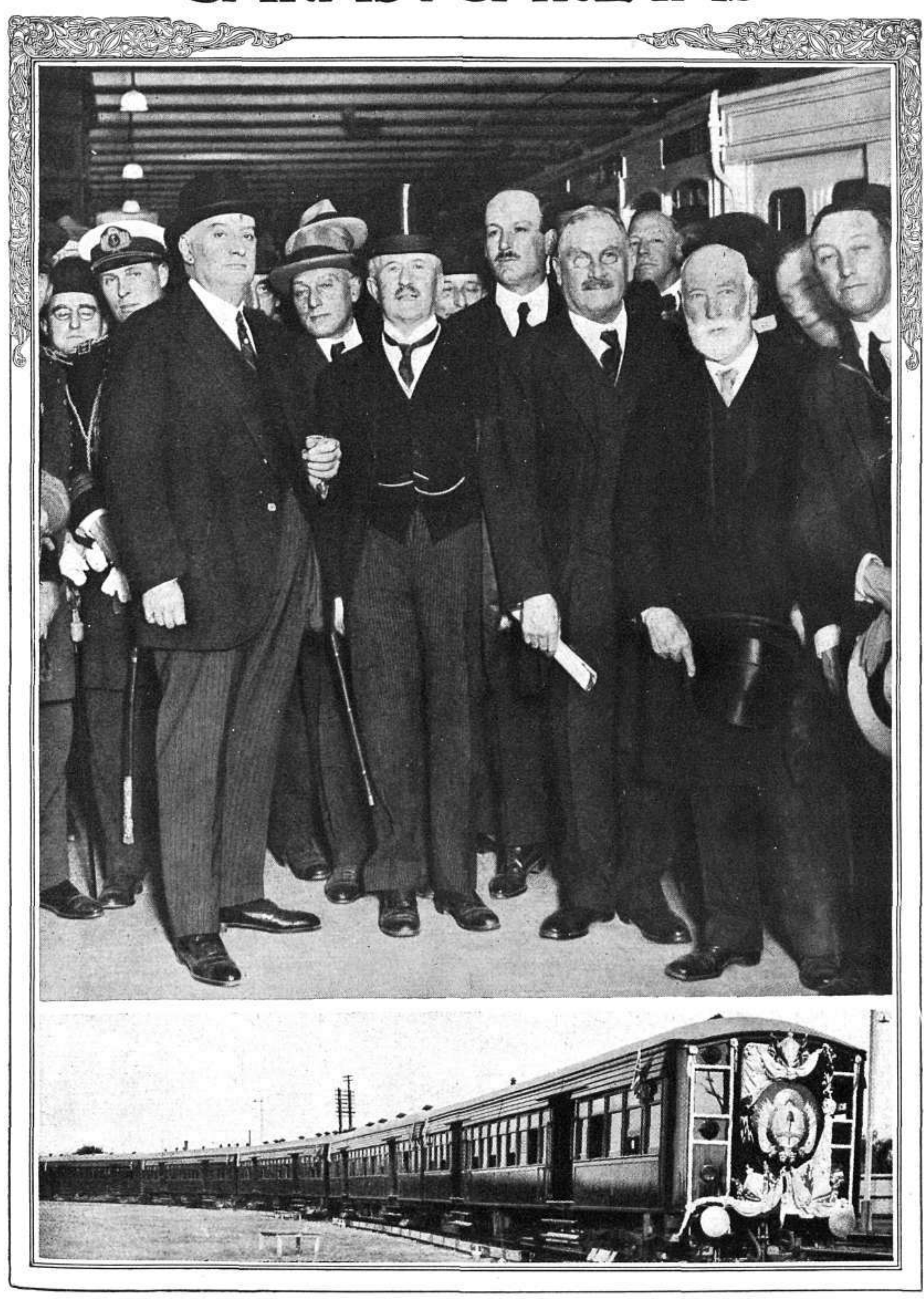
Perdida al fin la rosa del Verano,
Trémula, sólo espera ya mi mano
La flor nevada y agria del Invierno!

DIEGO LARRIERA VARELA



¡OJO!
NUEVO METODO
"AMERICA"
Para aprender a tocar el
ACORDEON
por cifra, sin necesidad
de maestro, conte-
niendo una colec-
ción de piezas
fáciles.
PRIMERA EDICION
$ 1.50
POR O. N. DECORA
EDITORES
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO 979
BUENOS AIRES
AHORA
TODOS
PODRAN
TOCAR
EL
ACORDEON
Ofrecemos este precioso ACORDEON de 8 BAJOS, sonido fuerte y vibrante, construcción esmerada, con el NUEVO METODO "AMERICA" recién aparecido y de resultado garantido, por sólo .... $ 18
(EMBALAJE GRATIS)
Grandioso surtido de ACORDEONES a PIANO, CROMATICOS y SEMITONADOS, exclusivamente artículos finos, que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad por poco tiempo. Solicite en seguida gran Catálogo ilustrado N.º 26, enviando 20 centavos en estampillas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979
BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES

BUENOS AIRES, 12 DE MAYO DE 1923
AÑO XXVI CARAS Y CARETAS N.º 1284



La electrificación de la línea urbana del F. C. Oeste

SU INAUGURACION OFICIAL

El Presidente de la República, los directores de la empresa y altos personajes oficiales que asistieron al acto inaugural de la electrificación ferroviaria desde la estación de la plaza Once a la de Moreno, cuya obra significa un gran progreso de general beneficio para nuestra creciente población. — Vagones que componían el convoy en el que el primer magistrado y su comitiva recorrieron el trayecto electrificado entre ambas estaciones, que se halla en combinación con la vía subterránea del tranvía Anglo-Argentino.

FOTO DE BELL.

EN EL CLUB ESPAÑOL

Baile de gala conmemorando la fiesta del 2 de Mayo









Diversos aspectos de la hermosa fiesta que se celebró en el Club Español y que resultó una nota de gran lucimiento a la que dió realce la concurrencia de distinguidas familias de la colectividad española y de la sociedad argentina. Los salones de la prestigiosa institución sirvieron de amplio y animado escenario para la patriótica velada.



El embajador de España, señor marqués de Amposta, el ministro consejero de la embajada, don Alfonso Danvila, y otras personalidades que asistieron al festival.

FOTOS DE ARROYO

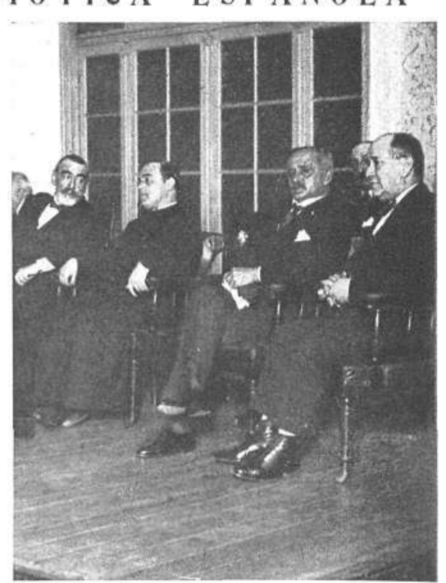
INAUGURACION DEL NUEVO PERIODO LEGISLATIVO DE BUENOS AIRES

El gobernador de la provincia, señor Cantilo, leyendo su mensaje en el acto de la apertura del nuevo período legislativo ante la asamblea congregada en el palacio de la Legislatura de la Plata, acto que revistió la solemnidad oficial de todos los años.

EN LA ASOCIACION PATRIOTICA ESPAÑOLA



Grupo de asistentes a la reunión que se realizó en la Asociación Patriótica Española para conmemorar la gloriosa fecha del 2 de Mayo. El numeroso auditorio premió con largos aplausos las disertaciones de los oradores.



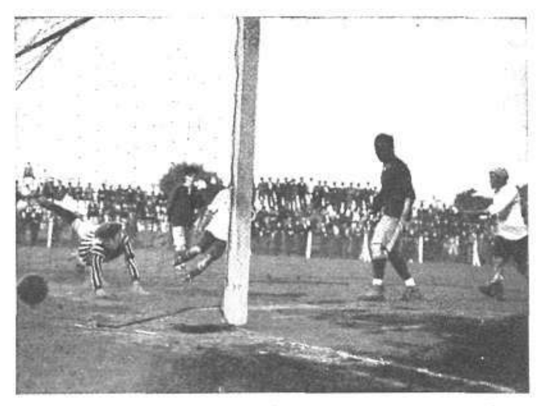
El presidente de la Asociación, señor Ortiz y San Pelayo, el señor Francisco P. Sagasti y el R. P. Teodoro Palacios, quienes pronunciaron los discursos alusivos al acto.

FOOTBALL

VELEZ SARSFIELD v. PLATENSE



Un interesante momento del match, al ser tomado un «corner» por Platense, luciéndose, al alejar del peligro, la defensa contraria.



Benítez, de Platense, iguala posiciones con un potente tiro cruzado, que en vano se esforzó por atajar el guardavalla de Vélez Sársfield.

Notable instantánea obtenida al rechazar la defensa de Vélez Sársfield un avance de los forwards platenses durante el interesante encuentro jugado en la cancha de este último, que terminó con un empate de un goal.



La valla de Vélez Sársfield pasando por un instante crítico.



Los jugadores de la defensa aprestándose para rechazar una combinación de Platense.

FOTOS DE ARROYO.

Un Consejero de la Nación, ex Director de Obras Públicas Municipales de Buenos Aires

El triunfo y la tragedia

Estamos frente a un caballero alto, magro, enhiesto, de finos modales; un caballero de empaque hidalgo, que el Greco habría apetecido pintar. Su cabellera y sus barbas son de plata; el perfil es aquilino; la tez pálida; los ojos miopes, un poco hundidos, miran con gran firmeza; la voz, blanda y cordial, se hace más firme y cortante en algunos momentos.

Y nosotros, a los pocos minutos de observación, comprendemos que estamos ante un hombre de mucha «vida interior», que sabe ocultar bien un carácter enérgico.

El ingeniero Carlos María Morales nos invita a subir hasta su cuarto de trabajo. Es una habitación amplia, pero que tiene algo de estancia estudiantil. De aquel lado, la cama; de éste, una mesa atiborrada de libros y papeles: la mesa donde trabaja el Consejero de la Nación.

— Ya ven ustedes — nos dice; — la exigencia de mis correligionarios me ha traído hasta la casa que antes sólo ocupaba los veranos, cuando venía de Buenos Aires para descansar en Montevideo.

Y sonríe de un modo tan triste que descubrimos su inefable dolor, el dolor que le produjo la desaparición de su noble compañera — ¡oh, los contrastes de la vida! — en momentos que culminaba su triunfo político.

Desde el balcón ante el cual se halla instalada la mesa vemos encresparse las olas, que se precipitan rugiendo en un acantilado. Es en Pocitos, sobre el pedazo de curva que alza su verde loma en Punta Gorda.

— Explíquenos, ingeniero, ¿cómo pudo ser usted, nacido en el Uruguay, Director General de Obras Públicas Municipales en Buenos Aires?

— Eso les prueba — dice el doctor Morales — la acogida generosa que le dispensa la Argentina a los hijos de este país. Yo he tenido una gran suerte: la de poseer dos patrias, dos patrias a las cuales he profesado el mismo cariño. En ambas he sufrido y he gozado; aquí nacieron mis padres; aquí nací yo; en la Argentina me casé, tuve una hija; crecen, sanos y reidores, mis nietos...

Y su ternura de abuelo no puede por menos de mostrarnos una fotografía donde resplandecen los rostros inocentes de tres niños.

— Tenemos entendido que se fué usted para Buenos Aires siendo muchacho.

— Verán: yo estudié para agrimensor en la Escuela Politécnica Oriental que dirigía Benito Riqué Riera, un catalán que se encariñara con esta tierra. Tuve por compañeros, para no citar sino los hombres que más suenan, a Carlos Arocena, Chiappara, los Ramasso, Zumarán... Por dificultades económicas, la escuela se clausuró en el año 77. Yo tenía mi título de agrimensor, pero deseaba hacerme ingeniero, y como en Montevideo no había Facultad, me fuí a Buenos Aires, donde me acogió solícito en su casa un tío. Siendo intendente don Torcuato Alvear, me dieron un empleo en el municipio. Y terminé la carrera cuando en el Uruguay mandaba Santos, sobre los prolegómenos de la batalla del Quebracho.

— ¿Y su casamiento?

— Fué poco después, a fines del 85.

— ¿Su esposa?...

— Era hija del poeta argentino Andrade.

A esta altura el diálogo, evocamos la atrayente figura del bardo ilustre. Esas evocaciones darán margen a un interesante artículo otro día.

El ingeniero Carlos María Morales nos ha dicho cómo fué ascendido, en 1891, a Director General de Obras Públicas Municipales. Había obtenido tiempo atrás la cátedra de mecánica, por decisión del Consejo de la Facultad, frente al actual profesor, ingeniero Agustín González, que era candidato del entonces Presidente de la República, general Julio A. Roca.

Más tarde dejó de llegar al más alto cargo, dentro de la Facultad, por no haber tomado carta de ciudadanía.

Y mientras los argentinos rendían al ingeniero Morales los honores a que era acreedor por su contracción y su talento, los uruguayos nacionalistas exigían su concurso, ávidos por el triunfo de «la causa». Así pudo vérsele servir la revolución de Lamas. Y fué delegado a las convenciones del partido, llegando a presidir el célebre congreso de Paysandú en tiempo de Cuestas.

Desde que se instauró en el Uruguay el régimen colegialista el doctor Carlos María Morales resultó candidato al Consejo. Primero fueron a verlo Lamas y Gallinal, pero él se resistía a marcharse de Buenos Aires.

En las segundas elecciones generales, se tuvo que doblegar ante la insistencia del doctor Luis Alberto de Herrera y otros correligionarios de significación.

Y con el caudillo nacionalista y los primates de su grupo surcó todo el Uruguay, para llegar a los núcleos de población, en el célebre «tren relámpago», retemplando el entusiasmo de los partidarios.

Y he aquí ahora la tragedia.

Al tiempo en que la proximidad de las elecciones exigía tales jiras de propaganda, la esposa del ingeniero Morales, tan solícita, tan abnegada, se enferma de gravedad.

Don Carlos María se niega a apartarse del lecho, pero la santa mujer, que adora a su marido y apetece su triunfo (si vence el Partido Nacional el ingeniero Morales va a ser Presidente del Consejo de Administración), la santa mujer — repetimos — le insta:

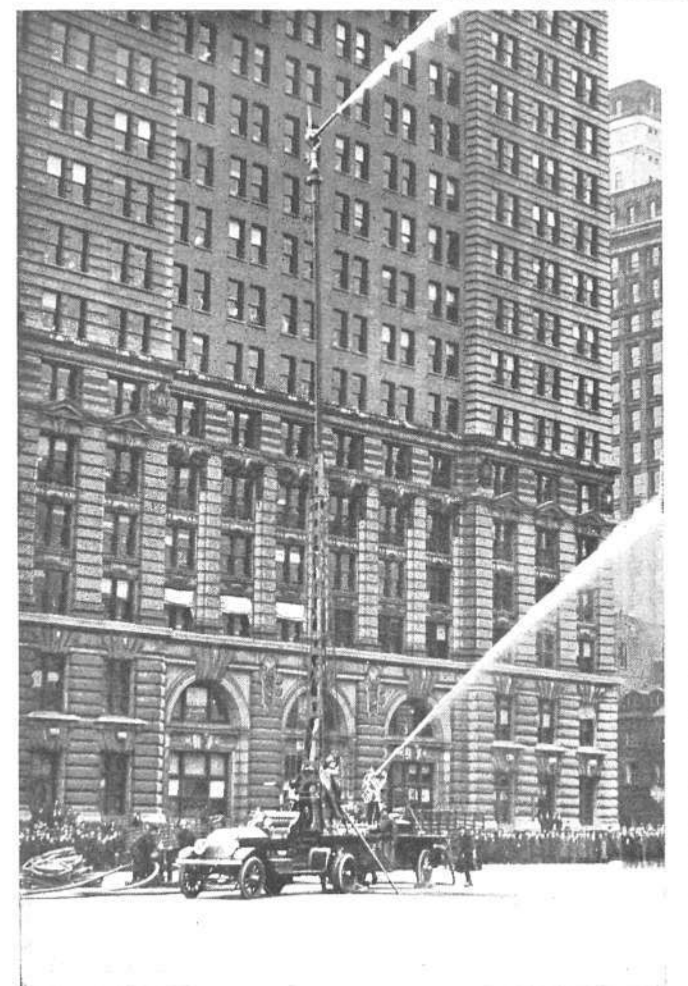
— ¡Ve con tus compañeros!... Es un compromiso sagrado. ¡Déjame! Yo no estoy tan grave como ustedes piensan.

Y nuestro amigo se estremece al decir:

— ¡Qué suplicio!... ¡Qué espantosa tortura cuando me separé de mi esposa para ir al Salto. Llegamos entre los estampidos de los cohetes. Invadió el aire la música... y yo tuve que apretarme el corazón y morder mis labios para no romper en sollozos... Había presentido su muerte.

El sol se ha nublado. Y nuestros ojos ven las aguas que se encolerizan en la playa, mientras se adivina la tarde otoñal, gris, ventosa, desapacible, fría...

FLORIDOR

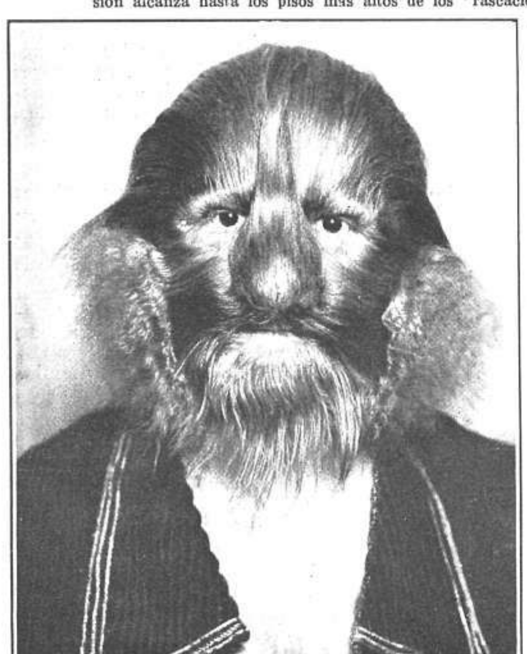


El jefe de Bomberos de Nueva York ensayando, con el personal técnico a sus órdenes, el funcionamiento de la nueva torre-bomba extinguidora, de once toneladas, simulacro que se realizó en uno de los edificios ubicados cerca del río. Su poder de extensión alcanza hasta los pisos más altos de los "rascacielos".

Un bombero haciendo funcionar, desde la torre del aparato, la potente bomba de once mil kilos.



Mr. J. Drennan, comisario del Cuerpo de Bomberos, presenciando una de las maniobras.



"El león de faz humana", fenómeno procedente de Hamburgo, que se exhibió en Madison Garden despertando la curiosidad de los neoyorquinos por su rostro peludo semejando al "rey de las selvas".



El artista Vincent Collins "decorando" a su compañera Marie Herbert en su «studio» de Greenwich Village, el barrio latino de Nueva York, para tomar parte en una original fiesta titulada "El juego de los insectos".

ESPAÑA



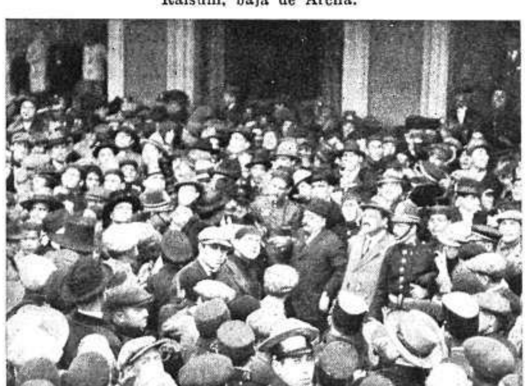
MADRID. — El presidente de la Asociación de la Prensa, señor Francos Rodríguez, con la junta directiva en el acto de entregar una placa de oro al tenor Lázaro por su cooperación en la "Fiesta del Sainete", celebrada a beneficio de los periodistas.



El alto comisario en Marruecos, señor Silvela, a su llegada a Madrid acompañado del ministro de Hacienda, de Sid el Hach Abd Selam Bennune y del sobrino del Raisuni, Muley Mustafá Ben Raisuni, bajá de Arcila.



CORDOBA. — El general argentino Carlos Martín Fernández visitando el cuartel de Sementales, acompañado por el gobernador militar y oficiales del ejército.



El ex cautivo sargento Vasallo a su llegada a la estación de Córdoba, su tierra natal, siendo recibido con gran entusiasmo por numeroso público.

CHILE



El Presidente de la República, el ministro de Instrucción Pública y los delegados a la V Conferencia Panamericana, en honor de los cuales se celebró una fiesta en la Escuela "Salvador Sanfuentes".



Concurrentes a la manifestación ofrecida al capitán de corbeta señor Mora en la Escuela Naval de Valparaíso.



Rodeo en el parque Cousiño en honor de los delegados a la V Conferencia.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES.

CELEBRACION DE LA FIESTA OBRERA

La enorme muchedumbre de manifestantes afiliados al Partido Socialista frente a la Casa del Pueblo, donde se colocó la piedra fundamental del nuevo edificio. El desfile de la columna por las principales arterias de la ciudad se realizó en perfecto orden, dándose con ello una significativa nota de cultura cívica.

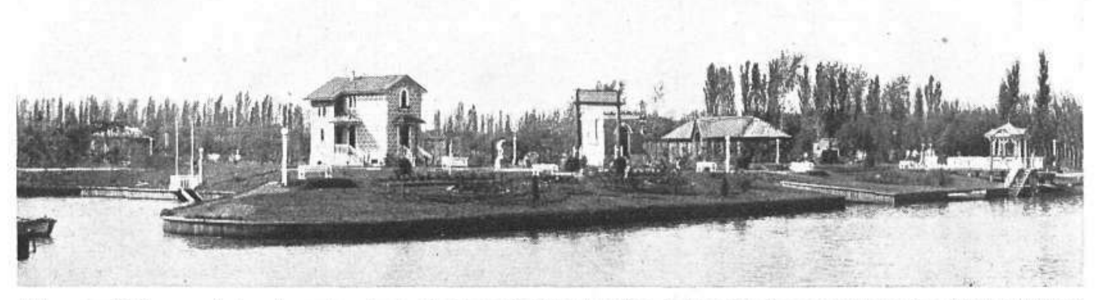
INAUGURACION DE UN INTERESANTE CAMPO DE DEPORTES



El ministro de Italia, el Intendente Municipal de la capital y los miembros del directorio que asistieron a la inauguración del nuevo campo deportivo.



El presidente de la Compañía, ingeniero Carosio, leyendo un discurso alusivo al acto ante los numerosos empleados de la empresa y las familias invitadas.



Vista general del campo de deportes perteneciente a la Compañía Italo-Argentina de Electricidad y construído por la misma en terrenos del Tigre, que fué entregado a la Asociación de Empleados de dicha empresa.

FOTOS DE BELL Y PALERMO.

FIGURAS
DE
ACTUALIDAD

Doctor JUAN ENRIQUE TOCORNAL
por Alvarez



Cuando le ve por ahí
todo el mundo dice así:
— Yo soy un admirador
del primer embajador
que Chile nos mandó aquí.



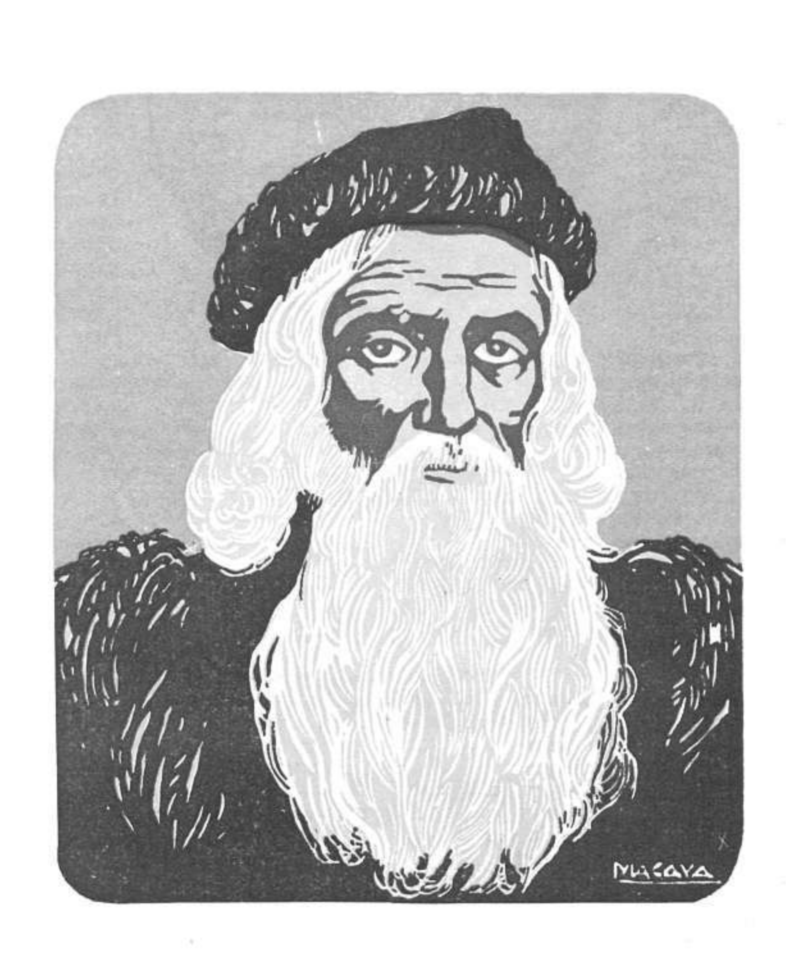
«JAQUETTE» SASTRE CON MUY ELEGANTES GUARNICIONES DE PIEL, MODELO SCHOSTAL ET LADERER.

OTRO ESTILO GUARNECIDO CON PIEL DE CASTOR EN EL CUELLO Y EN LAS MANGAS.

LA ARTISTA CARMEN CARTELLIERI LUCIENDO UN «MANTEAU» GRIS ADORNADO CON PIEL NEGRA.

«JAQUETTE» FANTASÍA GUARNECIDA DE PIELES, MODELO WIENER WERKSTATTE.

FOTOS ENVIADAS POR NUESTRO CORRESPONSAL EN VIENA



HOMBRES CÉLEBRES

GUTENBERG

Casi todos los grandes hombres hacen célebre el apellido paterno. Por el contrario, el apellido de la madre queda en la sombra. Esto es injusto, niño. Considera que la madre merecería el sesenta por ciento de la fama que el hijo gane. En muchísimos casos las madres merecen un tanto por ciento mayor. Ellas quieren a sus hijos con un cariño más hondo y sufren infinitamente más por nosotros.

He dicho casi todos los grandes hombres. De la lista debes borrar a Juan Gensfleisch. ¿Quién es este Juan Gensfleisch? Pues nada menos que Juan Gutenberg, inventor de la imprenta.

No se ha logrado descubrir por qué dejó el apellido paterno y adoptó el de la madre. Sus razones tendría. Quizás anduviera peleado con el autor de sus días.

Juan o Hans Gensfleisch de Gutenberg nació en Maguncia, ignorándose la fecha exacta. Unos autores indican el año 1397, otros el 1400. El pa

dre se llamaba Juan Gensfleisch; la madre, Elisa de Gutenberg.

No hay datos acerca de la niñez de este inventor. Las primeras noticias de su vida son del 1420, época en que Gutenberg tenía veinte o veintitrés años. En esa fecha tuvo que huir de Maguncia durante unos motines que estallaron en aquella ciudad. Hasta 1434 nada volvemos a saber de él. Le encontramos en Strasburgo, donde estaba asociado con Andrés Dritzehen.



Tenían ambos una fábrica de espejos. En 1439 moría el socio. Al deshacerse la sociedad ante el juez, se realizaron averiguaciones respecto a una prensa que nadie podía adivinar para lo que sirviera. Los testigos declararon acerca de cuatro piezas y un tornillo que había en dicho aparato.

Esa maquinaria misteriosa era el resultado de los trabajos que Gutenberg realizaba para inventar la imprenta. En 1450 volvió a Maguncia y se asoció con el banquero Juan Fust.

La desgracia, que a menudo se encarniza con los hombres de talento, persiguió siempre a Juan Gutenberg.

Algunos historiadores afirman que fué un ladrón vulgar.

Según ellos la gloria del invento pertenece al holandés Coster, a quien robó Gutenberg los aparatos y útiles llevándoselos a Maguncia. Otros presentan diversos candidatos; pero la opinión general es partidaria de Gutenberg.

En una crónica escrita por Trithem se encuentran las siguientes palabras: «En esta época, en Maguncia fué imaginado e inventado por Gutenberg, ciudadano de Maguncia, ese arte memorable y hasta entonces desconocido de imprimir libros por medio de caracteres en relieve. Gutenberg, después de haber aventurado para el feliz éxito de su invento casi todos sus medios de existencia, hallándose en dificilísima situación, y careciendo ya de una cosa ya de otra, hallábase casi dispuesto a abandonar la empresa por desesperación. Pudo, sin embargo, ayudado por los consejos y recursos de Juan Fust, como él ciudadano de Maguncia, terminar su obra. Imprimieron primero un «Vocabulario», llamado «Catholicon», con caracteres sobre tablitas de madera, pero no pudieron servirse de estas formas para imprimir otros libros porque los caracteres no podían separarse de las planchas, pues estaban grabados en ellas. Otros inventos más ingeniosos sucedieron a este procedimiento, y *hallaron el medio de fundir todas las letras del alfabeto latino*. A estas formas les dieron el nombre de «matrices», y en estas matrices fundían caracteres de estaño o de latón que tenían la dureza necesaria para soportar toda la presión, caracteres que antes eran grabados por ellos a mano».

Juan Fust y su yerno Schoeffer, que había perfeccionado la manera de fundir las letras, trabajaron con Gutenberg. Bien pronto los obreros de la primera imprenta revelaron el secreto a otros, fundándose algunos talleres en Strasburgo, Maguncia y diversas ciudades alemanas.

También hay historiadores que atribuyen a Fust y a Schoeffer la invención; pero un hijo de este último escribió: «En Maguncia es donde primitivamente se ha inventado el arte admirable de la imprenta, sobre todo por el ingenioso Juan Gutenberg, en el año 1450; fué posteriormente mejorado y propagado para la posteridad por los capitales y los trabajos de Juan Fust y Pedro Schoeffer».

En 1455 Fust deshizo la sociedad, abandonando al infortunado inventor, a quien pedía le devolviera las cantidades prestadas. Por eso te afirmé que el pobre Gutenberg le debió poco a la suerte.

El tribunal de justicia adjudicó a Fust todas las máquinas e instrumentos de la imprenta, dejando a Gutenberg en la miseria.

Este buscó entonces otro socio más honesto, Conrado Homery, fundando una nueva imprenta donde se hicieron muchos primores.

Sin embargo la desgracia continuó persiguiéndole. Siempre fué pobre.

En 1465 el duque Adolfo de Nassau le concedió una pensión vitalicia y le hizo gentilhombre de su corte.

Poco le duró esta racha buena. Gutenberg, viejo y amargado, moría en 1468.

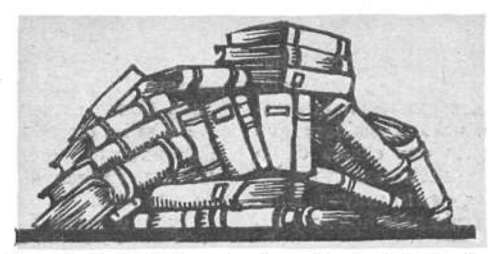
Mientras tanto otros hombres de suerte hacían dinero con el prodigioso invento. Así sucede demasiado a menudo: nadie se acuerda del que trajo las gallinas, y, como dice el refrán, «todos toman naranjada y el pobre naranjo nada».

Yo creo que tú, lectorcito, te habrás dado cuenta de la importancia de este descubrimiento. Antes de existir la imprenta los libros eran manuscritos. Costaban mucho y estaban llenos de errores. El pueblo no podía comprarlos ni entenderlos.

Por eso la ignorancia estaba muy extendida. No había diarios, revistas ni libros lindos, baratos y claros. Gutenberg, pues, resulta el más grande de los educadores.

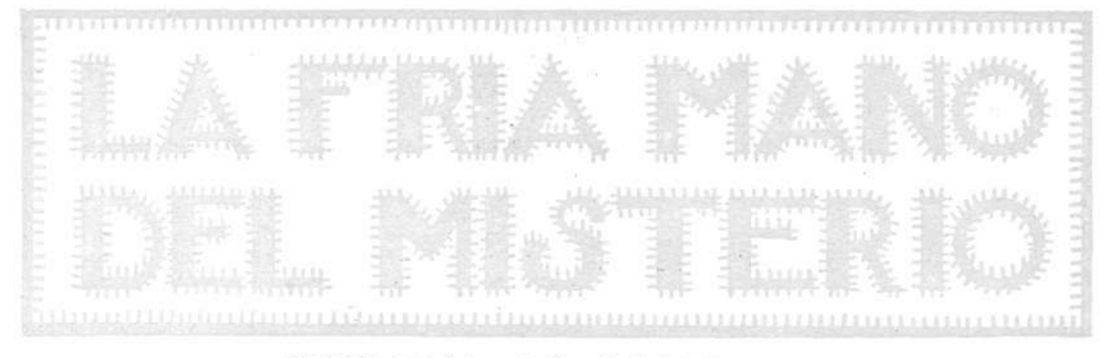
La imprenta primitiva consistía en una prensa de madera accionada por un tornillo. Debajo de la plancha de la prensa se ponía la forma, es decir las letras reunidas, a las que se daba tinta con unas planchuelas de madera cubiertas de paño. Moviendo una palanca bajaba la plancha sobre el tablero. Así se imprimía. Resultaba la operación muy difícil, necesitando gran arte para obtener una buena hoja impresa. Luego los métodos se perfeccionaron. Ahora hay máquinas llamadas rotativas que imprimen rápidamente.

Dos palabras para terminar: Se dice que los chinos conocían desde muy remota antigüedad el arte de imprimir sobre planchas de madera. El rey Francisco I de Francia se permitió la barbaridad de abolir la imprenta. ¡Qué bruto!

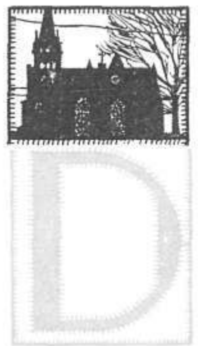


DIBUJOS DE MACAYA

EDUARDO DEL SAZ.



(HISTORIA DE PESADILLA)



DESPUÉS del casamiento, mi mujer me arrastró rápidamente hasta el coche. A la puerta de la iglesia, de pie sobre las losas que cubrían las tumbas de los feligreses, los padres de Osvina lloraban. Mi suegro era alto, delgadísimo, de corva nariz; tenía los ojos redondos; su mujer era enjuta también, enlutada, triste. No hablaron; sacudían sus manos como manojos de raíces. Apenas había amanecido y la lámpara del altar se veía en la obscuridad de la iglesia como un ojo de fuego parpadeante. Llovía. Cuando arrancaron los caballos, mi mujer alzó las ventanillas y se acercó a mí, temblando, con una inquieta mirada de temor.

Puedo jurar que soy un buen creyente; el cura de San Eleuterio puede decir cómo todas las tardes, al toque de Angelus, entraba yo a rezar largamente en la iglesia. Pero yo tengo el espíritu enfermo, muy enfermo... Yo he querido alejarme de supersticiones y de brujerías, y ellas me han cercado y perseguido siempre: alguna puertecilla estaba abierta en mi alma, por la que ellas venían. Creo estar en pecado mortal. Rezaba y rezaba y el Espíritu Malo reía tras de mí. Una vez, en la iglesia de San Eleuterio, he visto alzarse la losa del sepulcro del conde de Ginzio y, por la abertura, curiosear unas cuencas vacías. Otra vez, también después del Angelus, cuando todo el templo estaba solitario y tranquilo, vi con mis tristes ojos al difunto abad de Recemil atravesar la nave y entrar en el confesonario donde en vida se sentaba para oír los pecados de las devotas. Cuando me casé, Osvina me quiso explicar estos misterios. Ella sabía hablar con los espíritus; la había enseñado su padre. En la sala grande y pobre de su caserón, alguna noche había visto yo a mi suegro alzarse de pronto, con los ojos redondos brillantes y agrandados, y extender sus manos sarmentosas hacia las tinieblas. Entonces pasaban unas tenues sombras por el círculo de luz que el quinqué proyectaba en el techo, y yo huía, amedrentado.

Y Osvina me lo había dicho todo. Habían evocado una vez el espíritu de su primer novio, aquel que murió una noche de tempestad, en las aguas alborotadas de la ría, cuando se obstinó en cruzar él solo de margen a margen para ver a la amada.

Los marineros no quisieron partir y marchó él en la dorna, jurando por Dios que habría de llegar junto a Osvina. Murió. Dos días después la corriente arrastró a flor de agua su cadáver. Sobre el vientre hinchado y deforme se había posado un cuervo, triste y quieto, con el corvo pico oculto entre las negras plumas.

Desde la evocación, Osvina temblaba al recuerdo del novio muerto. A veces, en nuestra charla de enamorados, se interrumpía ella bruscamente y miraba hacia atrás con sus ojos también redondos y grandes, como si hubiese oído pasos a su espalda. En más de una ocasión intentó referirme el trance extraño de aquella entrevista de ultratumba, y siempre calló, angustiada por un temor agudo... Yo bien sé que no debí casarme con ella, pero aquellos ojos verdes y enormes me atraían como una tentación. En sueños los veía, solos, separados del rostro, brillando sobre un fondo negro... Acaso fuesen, sin embargo, los ojos del padre.



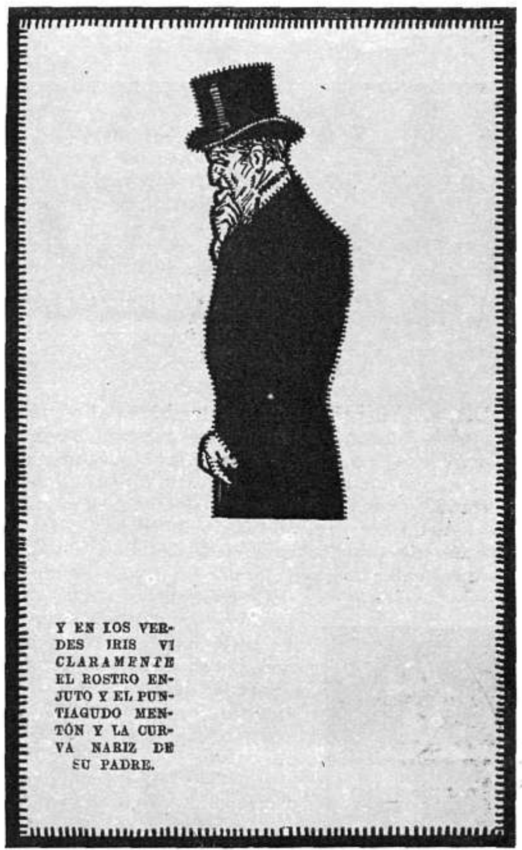
ERA de noche ya cuando llegamos al pueblo. El coche se detuvo en una calle estrecha, de antiguas casas cuyos muros había ennegrecido la lluvia. La dueña de la fonda nos recibió alzando sus cortos brazos. Era anciana ya, diminuta, de lento y sordo hablar. Cuando joven, había sido criada en casa de Osvina. Nos precedió hasta una habitación; hizo acomodar nuestras maletas. Luego, inmóvil en el umbral, con las manos cruzadas sobre el vientre, observó:

—¡Qué guapa está mi joven señora!... ¡Tantos años pasados sin verla!

Después se dolió de su vejez, se dolió de su suerte:

—No hay en la casa más que don Amaro el médico, y su esposa. ¡Son malos tiempos, son muy malos tiempos, mi joven señora!...

Avanzó para ayudarla a cambiar sus ropas; nos guió después al comedor. Don Amaro y su mujer aguardaban ya ante la mesa. El tenía abundante pelo gris y una frente enorme y unos ojos pequeños, de agudo mirar, amparados por unas gafas gigantescas. Su mujer era joven, casi una niña aún, hermosa como un bien de Dios; en todo su rostro había una enorme serenidad inconmovible, una quietud total, la absoluta ausencia de gestos; sus ojos eran como los ojos de una muñeca, que miran sin ver. No la he visto jamás reír, ni llorar, ni emocionarse. El velón de tres brazos que alumbraba la mesa hacía lucir sus rubios cabellos con el mismo tono suave de la miel. Comía con movimientos reposados e iguales, como obedeciendo a un oculto aparato de relojería que la rigiese. Sentada frente a mí, sentí durante la cena el peso constante de su mirada, tan insistente, tan tenaz, que pudo turbarme. El médico parecía no advertirlo. Al terminar, se alzó, cogió



Y EN LOS VERDES IRIS VI CLARAMENTE EL ROSTRO ENJUTO Y EL PUNTIAGUDO MENTÓN Y LA CURVA NARIZ DE SU PADRE.

del brazo a su mujer y salieron. La vi marchar erguida, muda, solemne, con cierta rigidez en sus movimientos... el doctor hablaba a su oído algunas palabras confusas.

Aun le oímos charlar después, ya en nuestra habitación, contigua a la de ellos. Al través del tabique, la voz del doctor llegaba sordamente; parecía al principio cariñosa, después, semejaba rogar. Se oyó sólo la voz de don Amaro. Se hizo el silencio al fin. Entonces, de todos los rincones de la casa vetusta pareció brotar la melancolía. Nuestra lámpara alumbraba débilmente; el pabellón del lecho arrojaba a la pared su sombra como la sombra de una negra Estadea. Callábamos, presa de una vaga inquietud. Se sentía un leve zumbar: quizás el de la sangre en los oídos; quizás el de los espíritus que vuelan en la noche; quizás era, tan sólo, la vida misteriosa de la casa. Las casas tienen también su vida. Algo de la substancia espiritual de los que en ellas moran va quedando en los rincones obscuros, en las paredes, entre las vigas del techo, hasta en los ocultos agujeros que abre la polilla. Es una vida formada de muchas partículas de vida. En las casas antiguas, por las que han desfilado las venturas y las tristezas de muchas generaciones, esa vida es tan fuerte que influye en la nuestra. Nosotros no la podemos ver, en la aparente quietud de las cosas, pero existe: los espíritus de los niños, sensibles a todo influjo, cercano a lo sobrenatural, de donde vienen, la advierten con mayor claridad: así sienten en las habitaciones obscuras un vago terror. Y a veces, nosotros, al quedar solos en una casa en silencio, hemos sentido como la presencia de otro ser misterioso que nos acechase; y entonces hemos sufrido un impulso vehemente de huir. ¡Oh, sí: podéis creer en el espíritu de las casas, que a veces es trágico, que a veces es sonriente y protector!... El que supiese leer en esos ligeros rumores de que se llenan los edificios durante la noche, conocería muchos secretos tenebrosos.

Y nosotros sentimos despertar la vida del caserón: pasos imperceptibles, que se advierten porque cruje la madera del suelo; un suave rumor, como de charlas contenidas; una risa ahogada que se confunde con el trotecillo de un ratón... Desde el fondo de un espejo nos atisbaba algo invisible. Osvina, pálida, fría, miraba hacia los rincones obscuros; ¿qué adivinaba su alma, hecha al horror?... Yo miré sus grandes ojos redondos, dilatados de espanto. Y en los verdes iris vi claramente el rostro enjuto y el puntiagudo mentón y la corva nariz de su padre, inclinada hacia el pecho, como el pico del cuervo que se posó una vez sobre el cadáver del novio muerto en la ría lejana.

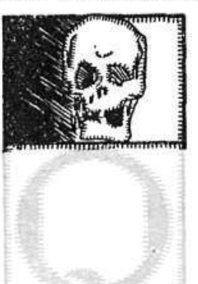




SI las palabras llegasen a expresar toda la fuerza de lo sobrenatural, yo podría enloqueceros con el relato de aquellos días angustiosos pasados en el caserón, mientras fuera caía implacablemente la lluvia. El cielo era obscuro como la alcoba de un enfermo; frente a nuestras ventanas se alzaban los muros de la catedral, y los monstruos de las gárgolas vomitaban incesantemente el agua turbia de los tejados, como en una náusea continua. Mi mujer, enovillada en el diván, más pálida que nunca, más transparente su piel, callaba y callaba, en un silencio desesperante y tenaz. Había sentido vagar por la estancia el espíritu del novio muerto, hosco y vengativo, y se advertía sobrecogida por un pasmo de horror. Una noche, al saltar al lecho, asombrado por el pabellón carmesí, gimieron las tablas con un largo lamento. Entonces Osvina huyó, acongojada.

—En esta cama alguien murió sin confesión —me dijo.

Y no quiso volver a ella. Todas las horas de la noche las pasó en el diván. ¿Dormía? Entre las cortinas de la cama yo la vi con sus manos extendidas hacia el espejo, suelto el cabello, entreabierta la boca, hipnóticos los verdes ojos enloquecidos. En el cristal azogado brillaban otros ojos también; cuando me incorporé para abarcar la escena, volvió a oírse el gemido del lecho. Entonces ella dejó caer sus manos, y una sombra huyó de prisa por el espejo, con las mismas largas piernas del padre... A veces, la oía hablar confusamente, como si soñase. En una ocasión me despertó una hora sonando en el reloj de la catedral; abrí los ojos. Volaba una mariposa sobre la llama del velón, y las alas fingían en el techo una sombra de garra. Bien vi acercarse la sombra hasta mi mujer, como unos dedos dispuestos a apresar fuertemente. Gimió ella en el diván, como bajo el influjo de una pesadilla. Entonces la mariposa ardió en la llama. Hubo una súbita claridad, y todo quedó nuevamente en calma.



QUIÉN reía así en el caserón?... ¡Oh! Es seguro que jamás entre aquellas paredes hubiese sonado otra vez la risa. Era una carcajada aguda que atravesaba los muros como un estilete

de acero, fría, sutil, inquietante. Una vocecita atiplada gritó:

—¡Eh, buena ama, vieja ama, eh!... ¿Aun no os ha pedido posada el diablo?

Y la hostelera replicaba con su tono habitual, doliente y mustio.

Aquella tarde conocimos al nuevo huésped. Era un hombre chiquitito y gordo, ágil como una pelota que fuese de bote en bote, inquieto, charlatán. Tenía millares de arrugas junto a los ojos minúsculos y su boca se abría, para reír, en toda la extensión de las mejillas. Saltaba, más que andar. Habíamos comenzado la cena cuando él salió con estrépito de su cuarto y llegó a ocupar su asiento, al otro lado de Elena, la mujer del doctor. Pero botó en la silla, apenas sentado, para gritar:

—¡Eh, vieja, vieja!... ¿Por qué habéis puesto hoy el velón de tres brazos?...

Y se precipitó a incendiar su servilleta, arrollada como para formar una antorcha. La posadera acudió con otra luz más. Entonces él suspiró satisfecho y arrojó la quemada servilleta.

—Es — dijo mirándonos — que los velones de tres brazos atraen los espíritus.

Osvina lo miró a su vez, calladamente. El hombrecillo gordo gritó:

—A mi vecina no le molestan los espíritus.

Y rompió a reír escandalosamente, echándose hacia atrás en su asiento, mirando a Elena con sus ojillos llenos de malicia.

Elena no contestó. Como siempre, tenía fijos en mí sus ojos serenos. Ni aun se movió un solo músculo en su rostro. Don Amaro, lívido, más encrespados los grises cabellos, arrojó el tenedor sobre la mesa, gruñendo:

—¡Cada cual vive la vida que tiene!... No puedo tolerar a usted...

Cogió a su mujer del brazo y se fueron. El hombrecillo se desmayaba de risa. Luego continuó devorando, como si repentinamente se hubiese olvidado de todo. Cuando calmó su apetito, me miró fijamente:

—¡Oh! — hizo, con un gesto de alegre sorpresa. —¡Samuel, mi admirable Samuel! ¿No conoce usted a los amigos?

—Señor — protesté, — no soy Samuel. Me llamo Héctor; no le he visto a usted en toda mi vida.

El rió:

—¡Eh! ¿No me ha visto?... ¿Dice que no me ha visto?... El viejo judío Samuel, que tenía su tienda en Stettin, no me ha visto nunca. ¡Ji ji!...

Tuvo otro largo acceso de risa, y tosió. Entonces asió la copa de agua y la acercó a sus labios; pero el agua se desparramó por el mantel, totalmente, como si un émbolo la impeliese. El hombrecillo tornó a posar la copa vacía, con un gesto melancólico:

—¡Siempre me ocurre así!...

Y apuró el vino, con un ademán resignado.

Después de cenar, nos siguió a nuestra alcoba y se sentó en el diván, a mi lado.

MI MUJER, ENOVILLADA EN EL DIVÁN, MÁS PÁLIDA QUE NUNCA, MÁS TRANSPARENTE SU PIEL, CALLABA Y CALLAVA, EN UN SILENCIO DESESPERANTE Y TENAZ.

—Y bien — dijo. — ¿Para qué fingir? Cada cual vive la vida que tiene, como dijo el doctor. Yo estoy muy contento por haber hallado a un viejo amigo.

Encendió su pipa.

—Ya hace cien años, ¿eh?...

Fumó unos largos minutos.

—Yo hice un buen negocio con Juliano Swart. ¿Recuerda usted a Swart?... ¡Qué bien bebía la cerveza negra de Stettin!... Decidimos que el espíritu del que muriese primero avisase al otro los medios de la inmortalidad. Firmamos el pacto con agua bendita, en una hoja de pergamino. Desde entonces no puedo probar el agua; el agua huye de mí. El pobre Juliano murió un día en que había bebido más cerveza que nunca y durmió sobre la nieve. Después vino, obediente al pacto, a traerme el secreto. Pero los espíritus se han indignado contra él. Ahora quieren matarme.

Volvió a envolverse en humo y volvió a reír.

—Pero yo les he burlado bien. Mientras duermo, corren furiosamente por la estancia y derriban los muebles. Al principio, el estrépito me producía insomnios. Ahora, me he acostumbrado y puedo dormir.

Bajó la voz para contarme:

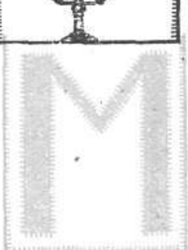
—Pongo una calavera en la puerta de mi alcoba, y los espíritus se precipitan en ella. ¿No conoce usted ese amor a su vieja cárcel, que los lleva a entrar en los cráneos muertos y vacíos?... En el fondo de una calavera hay siempre algunos espíritus detenidos. Por eso infunden a las gentes ese temor que ellas no saben explicarse. Con la calavera en la puerta, duermo confiado.

—¡Es una ratonera! — agregó. — ¡Una buena ratonera!...

Y, feliz por habérsele ocurrido la comparación, volvió a reír con su risa aguda que atravesaba todos los muros.

Luego dió dos brincos sobre los muelles del diván y marchó a acostarse, sin decir adiós.

Yo no le detuve. En aquel instante, como un relámpago vivísimo, advertí la visión de una vida anterior. Me vi alto y flaco y amarillento, tras un mostrador, en una covacha sombría, en una calleja de Stettin... Recordé haber conocido a aquel hombre pequeño y grueso como un barril de cerveza. Quise precisar, sujetar mi memoria; pero mi memoria huyó a saltitos, como el compañero de Juliano Swart.



Mi mujer languidecía. Aquella tarde había hablado de que era precisa una separación. En las sombras de los rincones veía siempre el aspecto del novio difunto. Cuando me acercaba a

consolarla, me rechazaba, poseída de un agudo terror. Yo la miraba tristemente, suspiraba y volvía a callar.

Llovía; llovía siempre. Junté mi frente a los cristales y vi cómo los monstruos de las gárgolas vomitaban el agua sucia de los tejados. Al final de la galería advertí de pronto la blanca figura de Elena, que me miraba. Entonces tuve como un enternecimiento súbito, como un ansia de amparo cerca de aquella mujer reposada y sana, que no tenía en su espíritu ansias atormentadoras ni turbas de fantasmas agitadores. Saludé tristemente. Ella siguió mirando, sin contestar. ¡Qué serena paz la de sus ojos!... Me acerqué a ella con lentitud. Comencé a hablar:

— ¡Usted es feliz, señora; usted es feliz!...

No respondió. Yo abrí mi corazón angustiado y narré todas mis cuitas:

— Osvina no me quiere.

Me invadía la paz de su mirada; de pronto, me asaltó un pensamiento, que fué la última llamada de la felicidad en las puertas de mi alma. ¿Me amaría Elena? ¡Aquellas sus largas miradas, aquella su quietud!... Yo sentía el suave e isócrono susurro de su aliento. Era hermosa como una visión de cuento de hadas. Mi ternura creció. Arrojéme a sus plantas y rompí en sollozos sobre sus manos blancas y tibias:

— ¡Oh, Elena, Elena!... ¡Yo soy muy infeliz!...

Ella se dejaba acariciar, inmóvil, quizás petrificada en compasión. Sobre mi cabeza abatida, sus ojos estaban clavados en un punto lejano, con aquella su fijeza constante. Besé sus dedos afilados. Entonces sonó la risa del hombrecillo. El hombrecillo estaba detrás de mí, jubiloso:

— ¡Ah, ah... el viejo Samuel, que enamora a la mujer de don Amaro! ¡Ah, ah!...

Me erguí, entre azorado y colérico. Elena no se alteró. Murmuré con saña:

— ¿Quién le autoriza a usted para insultar a una dama?...

Siguió riendo aún. Uní mis manos en torno a su cuello, en un impulso de ira.

— ¡Eh! — gruño, desasiéndose. — ¡Eh, viejo Samuel!... Un poco de calma. Yo no he insultado a la dama de tus amores. Esta señora no se ofende jamás.

Después se empinó para decirme al oído:

— Elena no tiene alma.

Vió mi gesto y rió otra vez. Elena, quieta, con su eterna expresión, parecía ajena al momento, como sumida en su distracción habitual.

— Elena no tiene alma, viejo Samuel. Era pupila del doctor e iba a morirse. El doctor logró salvar la materia, restaurar vísceras, ligar tendones, poner en marcha otra vez toda la maquinaria del organismo. Pero concluyó tarde su faena, y el alma se había escapado ya. ¡Je, je!... ¡Tiene un gran talento don Amaro, pero no podrá encontrar el alma de su Elena!...

Oyéronse unos golpes secos sobre la madera del piso.

— Es la calavera, que salta — explicó. — Está llena de espíritus.

Y continuó:

— El doctor se casó con su pupila, pero no pudo conseguir que le amase. Elena no siente más que el hambre, la sed, el sueño, la fatiga... ¡Es una hermosa muñeca mecánica!...



AQUELLA TARDE CONOCIMOS AL NUEVO HUÉSPED. ERA UN HOMBRE CHIQUITO Y GORDO, ÁGIL COMO UNA PELOTA QUE FUESE DE BOTE EN BOTE, INQUIETO, CHARLATÁN.

Los golpes volvieron a oírse en la estancia vecina. El hombrecillo suspiró:

— Está demasiado llena la calavera. Tendré que vaciarla. ¡Eh! ¿Por qué no da usted un abrazo a la bella Elena?... No habrá de contarlo nunca; nadie se habrá de enterar, ni aun ella misma.

Y le hizo gracia la idea y tornó a sus explosiones de alegría. Sonó entonces un golpe mayor y pasó un instante de silencio.

De mi alcoba vino el grito de espanto de Osvina. Nos miramos; el hombrecillo había palidecido también. Hizo girar sus pequeños ojos metálicos y se puso lívido:

— ¡Han escapado, voto a...!

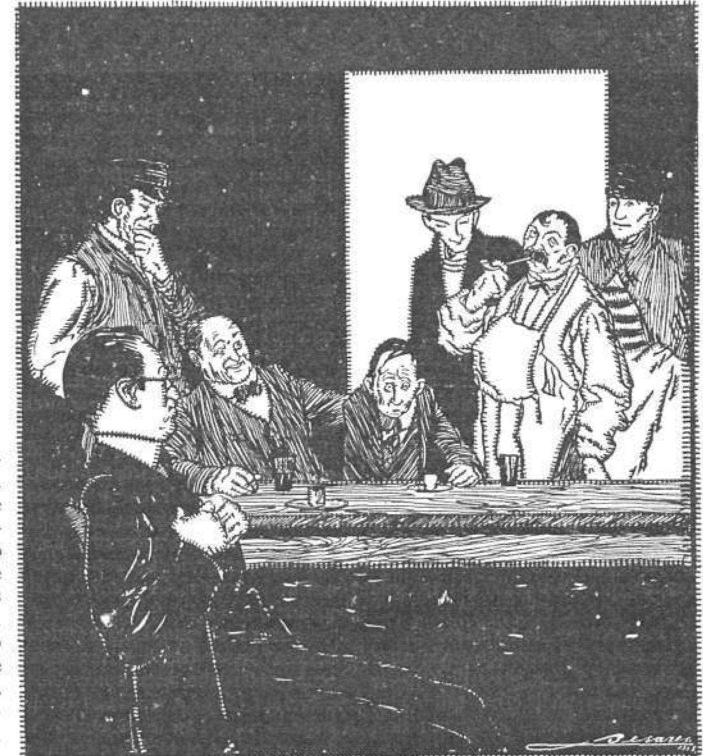
Salió. Yo le seguí. Sobre el diván Osvina, pendiente la negra cabellera, estertoraba; todas las sombras del crepúsculo se habían reunido en una sola sombra inclinada hacia ella, como apresándola. Vi asomar un instante al espejo el rostro de su padre, invadido de desolación... Huí... En el pasillo tropecé con los trozos de la rota calavera; salí a la calle... Corría, corría... El hombrecillo gordo brincaba tras de mí, moviendo ágilmente sus cortas piernas.

Corría... soplaba... A veces oía su voz angustiosa que suplicaba:

— ¡Eh, viejo Samuel: espera por mí!... ¡No me abandones, viejo!...

Pero ya sabía que algo invisible avanzaba tras de nosotros. Y corría sin contestar, seca la boca, erizado el cabello...





EL TRASGO

por

PIO BAROJA

El comedor de la venta de Aristondo, sitio en donde nos reuníamos después de cenar, tenía en el pueblo los honores de casino. Era una habitación grande, muy larga, separada de la cocina por un tabique, cuya puerta casi nunca se cerraba, lo que permitía llamar a cada paso para pedir café o una copa a la simpática Maintoni, la dueña de la casa, o a sus hijas, dos muchachas a cual más bonitas; una de ellas, seria, abstraída, con esa mirada dulce que da la contemplación del campo; la otra, vivaracha y de mal genio.

Las paredes del cuarto, blanqueadas de cal, tenían por todo adorno varios números de *La Lidia*, puestos con mucha simetría y sujetos a la pared con tachuelas, que dejaron de ser doradas para quedarse negras y mugrientas.

La mano del patrón, José Ona, se veía en aquello; su carácter, recto y al mismo tiempo bonachón y dulce como su apellido — Ona en vascuence significa bueno, — se traslucía en el orden, en la simetría, en la bondad, si se me permite la palabra, que habían inspirado la ornamentación del cuarto.

Del techo del comedor, cruzado por largas vigas negruzcas, colgaban dos quinqués de petróleo, de esos de cocina, que, aunque daban algo más humo que luz, iluminaban bastante bien la mesa del centro, como si dijéramos, la mesa redonda, y bastante mal otras mesas pequeñas, diseminadas por el cuarto.

Todas las noches tomábamos allí café, algunos preferían vino, y charlábamos un rato el médico, joven, el maestro, el empleado de la fundición, Pachi el cartero, el cabo de la Guardia civil y algunos otros de menor categoría y representación social.

Como parroquianos y, además, gente distinguida, nos sentábamos en la mesa del centro.

Aquella noche era víspera de feria y, por lo tanto, martes. Supongo que nadie ignorará que las ferias en Arrigotia se celebran los primeros miércoles de cada mes; porque, al fin y al cabo, Arrigotia es un pueblo importante, con sus sesenta y tantos vecinos, sin contar los caseríos inmediatos. Con motivo de la feria había más gente que de ordinario en la venta.

Estaban jugando su partida de tute el doctor y el maestro, cuando entró la patrona, la obesa y sonriente Maintoni, y dijo.

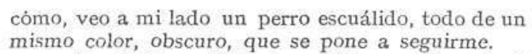
— Oiga su merced, señor médico, ¿cómo siguen las hijas de Aspillaga, el herrador?

— ¿Cómo han de estar?, mal — contestó el médico, incomodado, — locas de remate. La menor, que es una histérica tipo, tuvo anteanoche un ataque, le vieron las otras dos hermanas reír y llorar sin motivo, y empezaron a hacer lo mismo. Un caso de contagio nervioso. Nada más.

— Y, oiga su merced, señor médico — siguió diciendo la patrona, — ¿es verdad que han llamado a la curandera de Elisabide?

— Creo que sí; y esa curandera, que es otra loca, les ha dicho que en la casa debe haber un duende, y han sacado en consecuencia que el duende es un gato negro de la vecindad, que se presenta por allí de vez en cuando. ¡Sea usted médico con semejantes imbéciles!

— Pues si estuviera usted en Galicia, vería usted lo que era bueno — saltó diciendo el empleado de la fundición. — Nosotros tuvimos una criada en Monforte, que cuando se le quemaba un guiso o echaba mucha sal al puchero, decía que había sido *o trasgo;* y mientras mi mujer le regañaba por su descuido, ella decía que estaba oyendo al trasgo que se reía en un rincón.



—Pero, en fin —dijo el médico,— se conoce que los trasgos de allá no son tan fieros como los de aquí.

—¡Oh! No lo crea usted. Los hay de todas clases; así, al menos, nos decía a nosotros la criada de Monforte. Unos son buenos, y llevan a casa el trigo y el maíz que roban en los graneros, y cuidan de vuestras tierras y hasta os cepillan las botas; otros son perversos y desentierran cadáveres de niños en los cementerios; y otros, por último, son unos guasones completos y se beben las botellas de vino de la despensa o quitan las tajadas del puchero y las substituyen con piedras, o se entretienen en dar la gran tabarra por las noches, sin dejarle a uno dormir, haciéndole cosquillas o dándole pellizcos.

—¿Y eso es verdad? —preguntó el cartero cándidamente.

Todos nos echamos a reír de la inocente salida del cartero.

—Algunos dicen que sí —contestó el empleado de la fundición siguiendo la broma.

—Y se citan personas que han visto los trasgos —añadió uno.

—Sí —repuso el médico en tono doctoral.— En eso sucede como en todo. Se le pregunta a uno: «¿Usted lo vió?», y dicen: «Yo, no; pero el hijo de la tía Fulana, que estaba de pastor en tal parte, sí que lo vió», y resulta que todos aseguran una cosa que nadie ha visto.

—Quizá sea eso mucho decir, señor —murmuró una humilde voz a nuestro lado.

Nos volvimos a ver quien hablaba. Era un buhonero que había llegado por la tarde al pueblo, y que estaba comiendo en una mesa próxima a la nuestra.

—Pues, qué, ¿usted ha visto algún duende de esos? —dijo el cartero con curiosidad.

—Sí, señor.

—Y, ¿cómo fué eso? —preguntó el empleado, guiñando un ojo con malicia.— Cuente usted, hombre, cuente usted, y siéntese aquí, si ha concluído de comer. Se le convida a café y copa, a cambio de la historia, por supuesto. —Y el empleado volvió a guiñar el ojo.

—Pues, verán ustedes —dijo el buhonero, sentándose a nuestra mesa.— Había salido por la tarde de un pueblo y me había obscurecido en el camino.

La noche estaba fría, tranquila, serena; ni una ráfaga de viento movía el aire.

El paraje infundía respeto; yo era la primera vez que viajaba por esa parte de la montaña de Asturias, y, la verdad, tenía miedo.

Estaba muy cansado de tanto andar con el cuévano en la espalda, pero no me atrevía a detenerme. Me daba el corazón que por los sitios que recorría no estaba seguro.

De repente, sin saber de dónde ni cómo, veo a mi lado un perro escuálido, todo de un mismo color, obscuro, que se pone a seguirme.

—¿De dónde podía haber salido aquel animal tan feo? —me pregunté.

Seguí adelante, ¡hala!, ¡hala!, y el perro detrás, primero gruñendo, y luego aullando, aunque por lo bajo.

La verdad, los aullidos de los perros no me gustan. Me iba cargando el acompañante, y, para librarme de él, pensé sacudirle un garrotazo; pero cuando me volví con el palo en la mano para dárselo, una ráfaga de viento me llenó los ojos de tierra y me cegó por completo.

Al mismo tiempo, el perro empezó a reírse detrás de mí, y desde entonces ya no pude hacer cosa a derechas; tropecé, me caí, rodé por una cuesta, y el perro ríe que ríe a mi lado.

Yo empecé a rezar y me encomendé a San Rafael, abogado de toda necesidad, y San Rafael me sacó de aquellos pajares y me llevó a un pueblo.

Al llegar aquí, el perro ya no me siguió y se quedó aullando con furia delante de una casa blanca con un jardín.

Recorrí el pueblo, un pueblo de sierra con los tejados muy bajos y las tejas negruzcas, que no tenía más que una calle. Todas las casas estaban cerradas. Sólo a un lado de la calle había un cobertizo con luz. Era como un portalón grande, con vigas en el techo, con las paredes blanqueadas con cal. En el interior, un hombre desarrapado, con una boina, hablaba con una mujer vieja, calentándose en una hoguera. Entré allí y les conté lo que me había sucedido.

—Y el perro ¿se ha quedado aullando? —preguntó con interés el hombre.

—Sí; aullando junto a esa casa blanca que hay a la entrada de la calle.

—Era *o trasgo* —murmuró la vieja,— y ha venido a anunciarle la muerte.

—¿A quién? —pregunté yo, asustado.

—Al amo de esa casa blanca. Hace una media hora que está el médico ahí. Pronto volverá.

Seguimos hablando, y al poco rato vimos venir al médico a caballo, y por delante un criado con un farol.

—¿Y el enfermo, señor médico? —preguntó la vieja, saliendo al umbral del cobertizo.

—Ha muerto —contestó una voz secamente.

—¡Eh! —dijo la vieja;— era *o trasgo*.

Entonces cogió un palo y marcó en el suelo, a su alrededor, una figura como la de los ochavos morunos, una estrella de cinco puntas. Su hijo la imitó, y yo hice lo mismo.

—Es para librarse de los trasgos —añadió la vieja.— Y, efectivamente, aquella noche no nos molestaron y dormimos perfectamente...

Concluyó el buhonero de hablar, y nos levantamos todos para ir a casa.



DIBUJOS DE BESARES



Página Infantil

María B. Ferrer Nóbrega





Jorge Bustamante Gómez



Chichito Barinetto



"PARISIENNE"

ÓLEO DE JAQUET

DEL SALÓN WITCOMB

NOTAS GRAFICAS DE TUCUMAN Y JUJUY



El internuncio apostólico, monseñor Beda Cardinale, rodeado de los obispos de Guatemala, monseñor Piñal y Batres, de Catamarca, monseñor Piedrabuena, y de altas autoridades eclesiásticas que acudieron a recibirle con motivo de su reciente visita a la provincia.



Reunión de la legislatura para tratar el interesante asunto de las nuevas leyes impuestas por el Gobierno en los nuevos aranceles y que la mayoría de sus miembros no quieren reconocer.



El vice gobernador de Entre Ríos, doctor Enrique Pérez Colman, con el gobernador de Tucumán, señor Vera, en la recepción que éste le ofreció en el palacio de Gobierno como huésped de honor.



JUJUY. — Distinguidas damas y señoritas de la sociedad jujeña, con el gobernador de Tucumán y su comitiva en cuyo honor ofrecieron una amena reunión.

La Semana del Pobre

AUSPICIADA POR LAS CONFERENCIAS DE SEÑORAS DE SAN VICENTE DE PAUL



Señoras Mercedes Arana, Angela Ventura y Petrona Salvatierra.



Doña Adela G. de Palma, presidenta de la Conferencia del Purísimo Corazón, recibiendo la cantidad recolectada por sus compañeras durante el día.



Señora y señorita de Viñas y señora de Rodríguez Lubary.



Comisión de damas pertenecientes a la parroquia de San Nicolás. — Distinguidas señoras y señoritas recorrieron las principales calles de la ciudad, visitando importantes establecimientos comerciales y llevando así a la práctica la generosa y humanitaria iniciativa en pro de los pobres, cuya semana ha constituído un éxito halagador.



Señoras Ana María C. de Rodríguez Lubary, Manuela de la C. de Iglesias y señorita Lillie Nelson.



Tres damas recolectando por los establecimientos de la calle de Esmeralda.



Señoras Sofía L. de Maroño, Martha de Escalada y Ana Rodríguez Lubary.

FOTOS DE ARROYO

CONCURSO LITERARIO DE NOVELAS CORTAS

El jurado que otorgará los premios



DON ENRIQUE LARRETA.

El señor Enrique Larreta aparece actualmente simbolizando una tendencia literaria que se destaca por la sobria y clásica elegancia de su estilo. El señor Larreta no ha escrito mucho, si se considera el volumen material de su obra; mas si se tiene en cuenta sólo su valor artístico, literario, es ella tan importante como la del que más, pues *La gloria de don Ramiro* es uno de esos libros que señalan una época en la historia literaria de un pueblo. Y ello no únicamente por las gracias de un estilo insuperable, sino también porque ese estilo revela y hace admirar una mentalidad fuerte y serena, un gusto exquisito, una sensibilidad que responde, delicada y sutil, a todas las incitaciones de la belleza, y un prosista, en fin, de la más pura raingambre hispánica.

DON LUIS PARDO.

A la verdad, resulta bastante difícil presentar a don Luis Pardo a los lectores de CARAS Y CARETAS, pues todos y cada uno de ellos podrían decirnos: — ¡Pero hombre! ¡Si lo conocemos! — Mas no crean esos lectores que en Pardo no hay más que el incomparable poeta humorista que todos ven y gustan tanto; piensen que tal poeta no podría existir si no hubiese tras de él una cultura amplísima y un espíritu dueño de preciosas cualidades

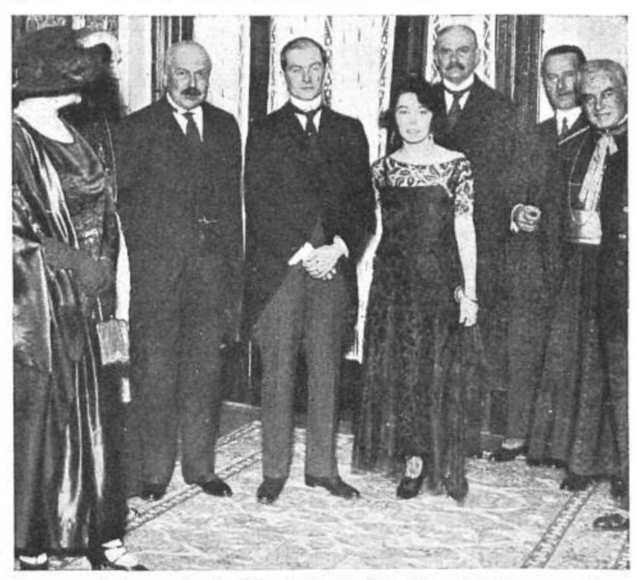
DOCTOR CARLOS IBARGUREN.

En Europa sería un *joven escritor* este ya entre nosotros afamado jurisconsulto y hombre de letras. Fama bien merecida, ciertamente, porque (puesto aparte el jurisconsulto) el doctor Carlos Ibarguren posee, y en grado sumo, todas las condiciones necesarias para justificarla plenamente. Hombre de estudio, sabe mucho; pero su saber no ha esterilizado, antes bien ha fertilizado, como quien dice, su talento. La erudición no es en él carga pesada sino ornamento noble y severo que acentúa las cualidades de su estilo. En todos sus escritos, de tan sólida armazón, se advierte un talento claro y ponderado, que les da una autoridad que impone considerarlo y quererlo como a uno de nuestros más ilustres maestros en disciplinas literarias.

RECEPCIONES DIPLOMATICAS



El embajador chileno, don Juan Enrique Tocornal, poco después de haber presentado sus credenciales ante el Presidente de la República, siendo acompañado por el introductor de embajadores y el edecán de servicio, capitán de fragata Julián Pablet.



El encargado de negocios de Polonia, don Ladislao Mazurkiewicz, y su señora; el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo; el embajador de Norte América, el ministro de Italia y monseñor de Andrea que concurrieron con otras personalidades diplomáticas a la recepción dada por el primero con motivo del primer aniversario de la república que representa.

FOTOS DE VARGAS, ARROYO Y BELL.

ACTUALIDADES

La Exposición de productos de granja



El ministro de Agricultura, doctor Le Breton, descorriendo el lienzo que cubría la estatua simbólica en el acto inaugural de la Exposición.

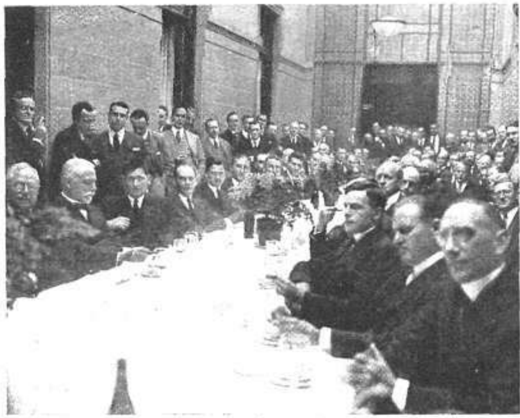


La estatua que se levanta en los jardines de la importante institución.



El Presidente de la República, el gobernador de Buenos Aires, y el presidente de la Sociedad Rural, Ing. Pagés, presenciando la ceremonia.

En el American Club



Concurrentes al almuerzo servido en honor del Embajador de Norteamérica, Mr. J. Wallace Ridde; del ministro de Inglaterra, *Sir Bailby Alston*; del *personal de la embajada y legación de* ambos países y del cónsul americano Mr. W. Henry Robertson.

41.º Aniversario del Centro Naval



Miembros del Centro Naval celebrando el 41.º aniversario de su fundación, después de haberse llevado a cabo la asamblea ordinaria para dar posesión a la nueva Comisión Directiva que actuará en el período 1923 - 24.

Colocación de la piedra fundamental del templo luterano



El Rdo. Prees, superintendente de la iglesia metodista episcopal, pronunciando su discurso.



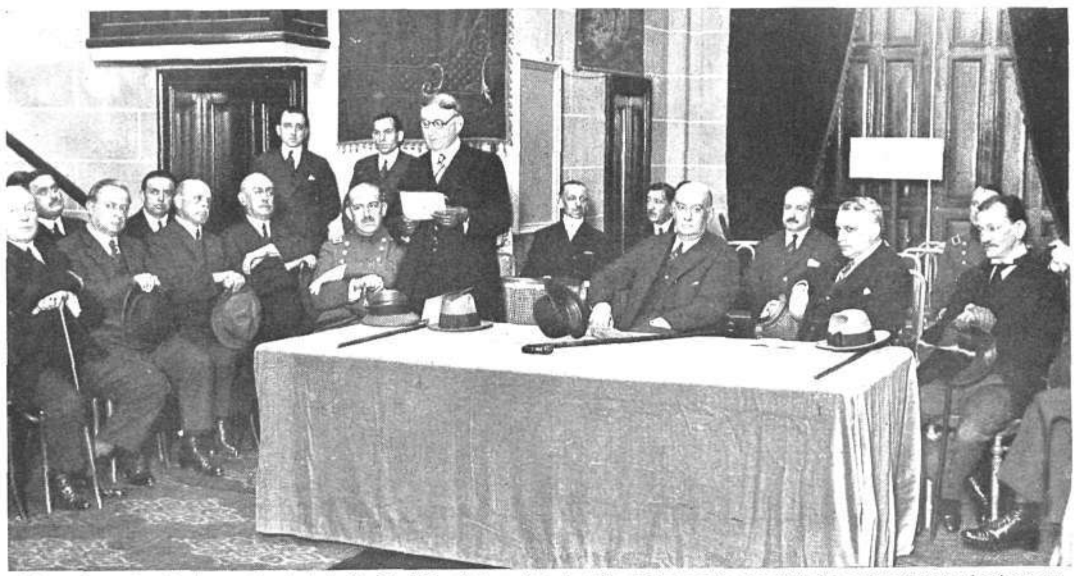
El intendente municipal, doctor Noel, y otros caballeros, asistiendo a la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental del primer templo de la iglesia luterana unida que se denominará "El Redentor".



El doctor E. H. Mueller, director general de la obra, leyendo versículos del Evangelio.

DE LA SEMANA

en la Sociedad Rural Argentina



El ingeniero señor Pagés, presidente de la Sociedad Rural Argentina, leyendo el discurso de apertura del certamen ante el primer magistrado, los ministros y numerosa y distinguida concurrencia.

Inauguración de la Bolsa de Ganado



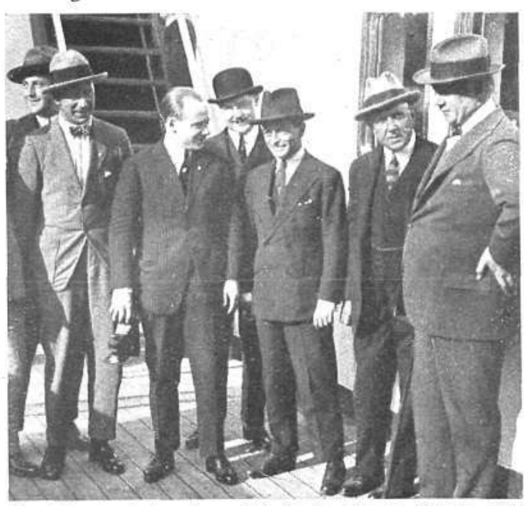
El presidente de la nueva institución, señor Gabino Rodriguez, declarando inauguradas las operaciones de la Bolsa ante caracterizadas personas de la industria y del comercio, que han recibido con entusiasmo tan benéfica iniciativa cuya económica repercusión en todo el país se hará sentir muy pronto.

En el nuevo teatro Sarmiento



Don Ernesto Vilches, la señorita Irene López Heredia y otros artistas de la notable compañía española con los periodistas que fueron invitados al te con que se inauguró el hermoso teatro donde actuarán en la presente temporada.

Llegada del "as de los ases" alemanes



El aviador teniente primero del ejército alemán, Ernesto Udet (en cabeza), momentos antes de desembarcar, rodeado de un grupo de compatriotas y miembros del Aero Club Argentino que fueron a recibirle, prodigándole una afectuosa acogida.

Fotos de Arroyo y Bell.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO

6.ª regata interprovincial patrocinada por la comisión del Río Paraná



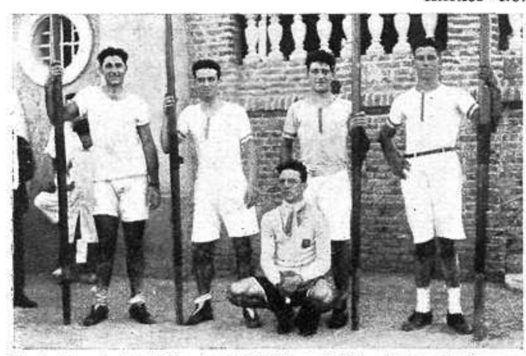
P. Grazioli, A. P. Babcock, A. Montelar, stroker H. T. Laborda y timonel E. Bulgarini, del Club Remeros Alberdi, ganadores del premio del Club de Regatas San Nicolás.



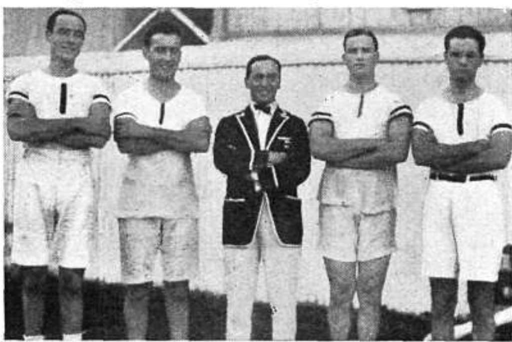
Señoritas Anita y Margarita Novero, Amalia Luzardi, stroker Anita Tomaso y timonel Raúl E. Cuenca, pertenecientes al Club Remeros Alberdi, que obtuvieron el séptimo premio «Novicios para señoritas, quinientos metros», donado por el Club Atlético «Newell's Old Boys».



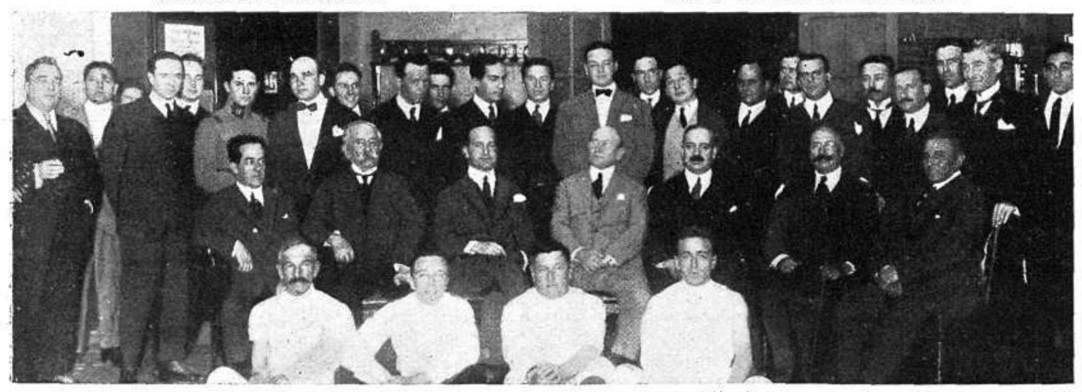
D. Di Lorenzi, J. Ramírez, L. Cichetti, C. Onetto, H. Tagliafico, A. Jorgon, U. Mariñas, stroker U. Fernández y timonel V. González, del Club de Regatas San Nicolás, ganadores del premio Club de Regatas Rosario.



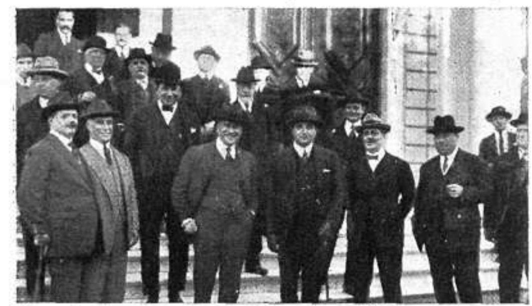
E. A. Agnoli, S. A. Rocca, J. Pellejero (hijo), stroker E. Mayer y timonel A. Marticorena, del Club Remeros Alberdi, ganadores del premio Jockey Club Rosario.



Roberto J. Leiva, Julio Valle, C. A. Fogliarino, stroker Angel Negri y timonel P. J. Jarque, del Nacional Rowing Club, ganadores del premio «Municipalidad San Nicolás».



Señores M. Cabrera y Mario Casas, presidente y vice del Jockey Club, con la nueva comisión directiva, poco después de tomar posesión de sus puestos, en el festival deportivo con que se les obsequió con ese motivo.



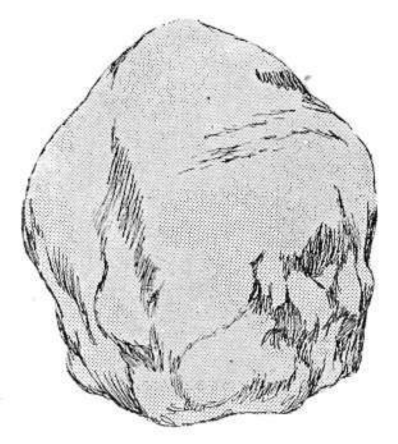
El intendente municipal, señor A. Rouillon, el director de la compañía de tranvías, señor C. Berger, y el personal del Concejo Deliberante, que asistieron a la inauguración de la línea número 3.



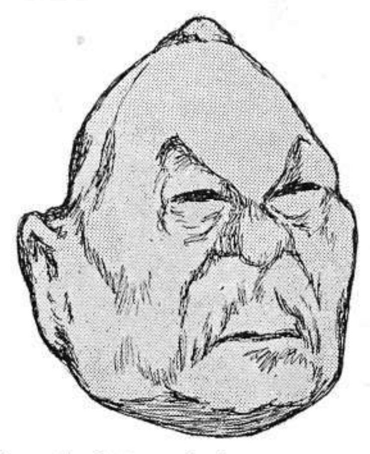
El ministro de Francia, M. Albert Boudel, rodeado de un grupo de connacionales en la recepción que se celebró en el Club Francés, en ocasión de su visita a la ciudad.

DICHO Y HECHO, POR SIRIO

PIEDRAS ILUSTRES



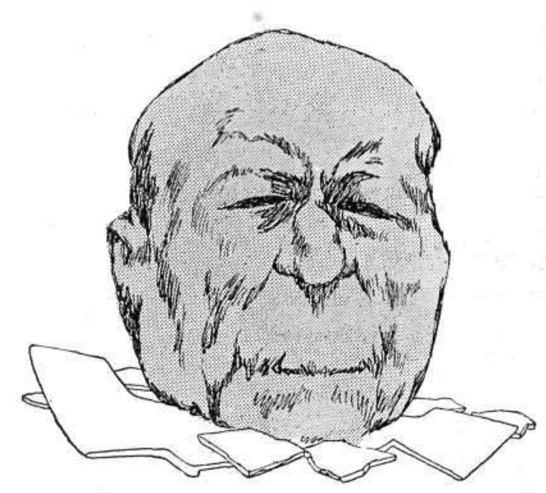
Cráneo de piedra de afilar encontrado en una caverna que fué peluquería en sus buenos tiempos prehistóricos.



Cráneo de piedra de la época hipolitiana.

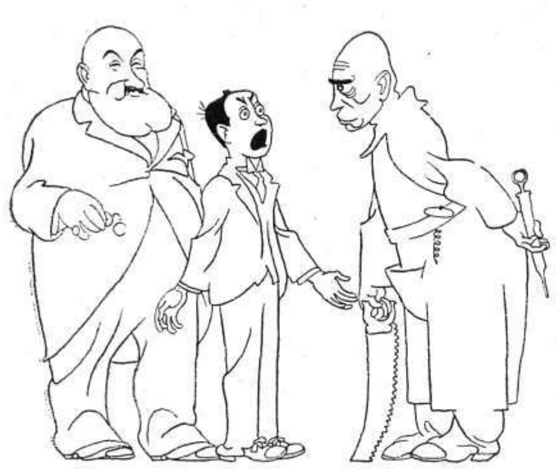


Cráneo de Roca encontrado en terreno movedizo.



Cráneo de piedra Loza encontrado en el ministerio de Obras Públicas.

EL ORIGEN DE LA HUELGA



El padre. — Doctor, este chico hace días que no anda bien. ¿Quiere examinarlo detenidamente?
El chico (furioso). — ¡Yo no quiero que me examinen!

IMPRESIONES DEL MENSAJE



Irigoyen. — ¿Qué es lo que más le ha gustado del mensaje?
Elpidio. — La banda que llevaba el presidente.

CRONICA ROJA

Bárbaro asesinato motivado por unos sifones de soda



El cadáver del obrero español Ramón Ramos, asesinado alevosamente por Florentino Rascado, su compatriota, dependiente del almacén de la calle Maipú 89. — La víctima, que era repartidor de una fábrica de aguas gaseosas, había tenido violentos incidentes con el agresor en anteriores ocasiones; y en este último, hallándose ausente el patrón Angel Cattáneo, el dependiente negábase a satisfacerle el importe de los sifones a pretexto de que no estaban llenos. Poco después, cuando el dueño, ya de regreso, iba a pagarle a Ramos, terminando así la disputa, éste se aproximó al mostrador y entonces Rascado, desde la parte de adentro, tomó un cuchillo de cortar fiambres como de 40 centímetros de hoja y le infirió una profunda herida en el lado izquierdo del cuello que le causó la muerte instantánea.



Fotografía del criminal obtenida cuando se resistía a ser conducido a la comisaría por los agentes que acudieron al lugar del hecho.

Tragedia originada por el fanatismo religioso



Ramón Jaber, turco, que asesinó a su cuñado Alejandro Alí Dernis y cuya vieja enemistad se recrudeció a raíz del matrimonio de la víctima con la hermana del primero.



El cuerpo del asesinado tal como fué hallado en la habitación que con su esposa Faride ocupaba en la calle Quirno 85, donde, de improviso, se presentara Jaber esgrimiendo una pistola y disparando tres veces seguidas contra Dernis. Según se desprende de las diligencias practicadas, el odio entre ambos provenía de diferencias religiosas, siendo cristiana la familia del asesino, y de ahí su oposición a que su hermana se casara con la víctima, que era mahometano.

Drama pasional



María Luisa Rodríguez.



Gregorio Toro.

Protagonistas del drama de la calle de Vera 419. Habiéndose ella negado a reanudar sus relaciones con el ex amante, que así se lo suplicaba, éste le disparó un tiro en la cabeza, causándole una herida grave, suicidándose él de otro disparo al verla caer.

Importante captura de un homicida



Agustín Torelli.



Antonio Anello (a) "El Mono".

Víctima y victimario, respectivamente, del sangriento suceso ocurrido en la calle Gazcón, hace algunos meses, resultando muerto de un balazo Torelli — La policía de investigaciones ha logrado capturar al asesino después de hábiles pesquisas.


¡PROSPERIDAD!
BAU
Calidad
BAU
SIN
RIVAL
BAU
yo se lo que quiero y
yo quiero lo que yo pido. —
ACEITE BAU. — mándeme 6 latas.
FREIXAS y Cía
BAU
Importado por Freixas y Cía
BAU
Importado por FREIXAS y Cía.
Freixas y Cía

EFEMERIDES HISTORICAS

9 de mayo de 1502. Colón sale de Cádiz en su cuarto viaje.

Dice Herrera en su Historia de las Indias Occidentales:

«*Que el almirante hizo el cuarto viaje a las Indias y conoció una gran tormenta que sobrevino.*

Concluído todo lo conveniente para la navegación, a nueve de mayo se hizo a la vela llevando consigo al adelantado su hermano: y porque comprendió que los moros tenían cercada y muy apretada la fortaleza de Arcilla, que tenían los portugueses, acordó de irla a socorrer, y llegó a tiempo que ya habían levantado el cerco; envió a su hermano para que visitase al capitán de la fortaleza que estaba herido, y a ofrecerle lo que podía con su armada; el capitán se lo agradeció y le envió a visitar con algunos caballeros, algunos de los cuales eran parientes de doña Felipa Muñiz, mujer que fué del almirante en Portugal. El mismo día continuó su navegación y llegó a Canaria en veinte de mayo, tomó agua y leña, y a veinte y cinco prosiguió su camino: tuvo próspero tiempo, de manera que sin tocar en las velas vió la isla que los indios llaman Matininó en quince de junio, allí dejó saltar a la gente para que se refrescase y lavase la ropa, tomase agua y leña; pasados tres días partieron, yendo entre muchas islas tan frescas que les parecía ir entre verjeles, aunque están unas de otras a cinco, seis y diez leguas, y porque uno de los navíos era muy espacioso y le faltaba costado para sostener velas, que con un vaivén metía el bordo debajo del agua, tuvo necesidad de llegar a Santo Domingo a trocarle con otro de los de la flota que había llevado el comendador de Lares, o comprar otro. Llegó a veinte y nueve de junio a Santo Domingo, y envió a Pedro de Terreros, capitán de un navío, en una barca, a decir a Nicolás de Ovando la necesidad que traía de dejar aquel navío, que tuviese por bien que entrase con sus navíos en el puerto, y no sólo para trocar o comprar otro navío, sino para guarecerse de una gran tormenta que tenía por cierto que había presto de venir; no le quiso dar lugar a ello porque así lo habían ordenado los reyes, y porque estando allí Francisco de Bobadilla, de quien tantas quejas tenía, y Francisco Roldán y otros tales, pareció que no convenía por excusar escándalos. Viendo, pues, que no le dejaban entrar, y sabiendo que la flota de los treinta y dos navíos estaba para partir, envió a decir a Nicolás de Ovando que no la dejase salir en ocho días, porque había de haber una grandísima tormenta, por lo cual se iba a meter en el primer puerto que hallase: fué a Puerto Hermoso, diez y seis leguas de Santo Domingo hacia el poniente. Nicolás de Ovando no lo creyó, y los marineros y pilotos que lo entendieron, unos burlaron de ello, otros mofando decían que era profeta. Es aquí de saber que no es necesario ser profeta ni adivino para saber algunas cosas por venir, que son efectos de causas naturales; porque los astrólogos dicen muchos días antes que acaezcan que ha de haber eclipses: porque teniendo ciencia de los cursos y movimientos de los cuerpos celestiales, que son causas naturales de los eclipses, conocen que de necesidad de aquellas causas han de proceder aquellos efectos, y así de otras muchas cosas naturales, como que ha de haber en aquel signo muchas lluvias o sequedad. Los marineros que han navegado muchas veces, por las señales naturales que por la mar en el ponerse o salir el sol de uno o de otro color, en la mudanza de los vientos, en el aspecto de la luna que vieron y experimentaron muchas veces; y una señal muy eficaz de haber de venir tormenta y que por maravilla yerra, es cuando sobreaguan muchas toñinas que deben de ser las que por otro nombre llaman delfines, y los lobos marinos, esta es la más averiguada, porque andan por lo hondo buscando su comida, y la tempestad de la mar se causa de ciertos movimientos que se hacen abajo en el fondo de la mar en las arenas, por los vientos que allá entran; y como estas bestias lo sienten van huyendo con gran estruendo de aquellos movimientos a la superficie del agua y a la orilla, y si pudiesen saldrían a tierra, y así dan cierta señal de que ha de haber tempestad; y como de estas señales y efectos tenía el almirante larguísima experiencia, pudo conocer y tener por cierta la tormenta. En llegando Nicolás de Ovando y que sus provisiones se notificaron y obedecieron, luego las hizo ejecutar; y porque habían de venir a Castilla los alzados con Francisco de Bobadilla, en la capitana se embarcaron con él Francisco Roldán el alzado y otros de su opinión, que no fueron pocos; y era, como queda dicho, general de la flota Antonio de Torres: también embarcaron en la capitana al cacique Guarinoex, señor de la gran Vega Real: metieron en ella cien mil castellanos del rey, con el grano de tres mil y seiscientos pesos, y otros cien mil de los pasajeros que iban en la nao: con que se conoció el poco fundamento con que calumniaban al almirante sus enemigos, sobre que los reyes gastaban y no sacaban provecho de la isla, pues eran entonces más estos doscientos mil pesos que ahora dos millones. Salió la flota con treinta y un navíos en principio de julio, y a cuarenta horas vino tan grande tempestad, que había muchos años que otra tal en la mar de España los hombres no habían experimentado: perecieron las veinte velas sin que hombre escapase, y toda la villa de Santo Domingo que entonces estaba de la otra banda del río, como todas las casas eran de madera y paja, cayó en el suelo, y al principio de la tormenta con la gran obscuridad que los marineros llaman cerrazón, los navíos del almirante se apartaron los unos de los otros, y cada uno padeció gran peligro, estimando de los otros que sería gran milagro si escapasen; volviéronse a juntar en Puerto Hermoso o de Azua, que está cuatro leguas de aquél poco más, y así escapó el almirante y sus navíos, y los de la flota perecieron por no creerlo: allí hubo fin Francisco de Bobadilla, el cual envió preso con grillos al almirante y a sus hermanos, sin darle cargo ni oirle descargo: allí se ahogó y pagó su pecado el rebelde Francisco Roldán y muchos de sus secuaces, rebelándose al rey y al almirante cuyo pan comió, y haciendo grandes vejaciones a los indios: allí acabó el cacique Guarinoex: allí se hundieron los doscientos mil pesos con el monstruoso grano de oro. Iba en esta flota Rodrigo de Bastidas, y se escapó en un navío de los seis u ocho que se salvaron, entre los cuales fué uno llamado el Aguja, el peor, que era el que llevaba el hacienda del almirante, cuatro mil pesos, que fué el primero que llegó a Castilla, que pareció divina permisión.»



— No vuelvas a ponerte este sobretodo.
— ¿Por qué?
— ¡Porque siempre que te lo pones agarras un resfrío!

LO ÚTIL Y LO SUPERFLUO

por ADELIA DI CARLO



IME, papá, por qué hay tanta gente frente a aquella casa? — inquirió Jorgito, al observar una gran muchedumbre que llenaba un local y se desbordaba en la vereda y parte de la calzada.

— Porque es una casa de socorros.

— ¿Casa de socorros?... No comprendo, papá.

— Hijo mío, socorros se le llama unas veces, otras de beneficencia; es cuestión de palabras; pero, el fin que llena es de proveer durante algunas épocas del año de comestibles, ropas y calzado a un considerable número de familias indigentes.

— ¡Durante algunas épocas has dicho, papá!

— Sí; ¿qué encuentras de malo?

— De malo nada. ¿Pero es que los pobres no tienen necesidades más que en algunas épocas?

— Eso, hijito, es muy cierto: el pobre no puede comer ni vestirse sólo en las grandes festividades del año; pero mientras el Estado no llegue previsor a aliviar muchos males, hay que ioar la iniciativa privada. En el interior de ese recinto — añadió el padre señalando la casa de socorros — se acumulan bolsas de comestibles, ropas, calzado, etc.

— ¿Has advertido, papá, que todas las caras parecen iguales?

— Es que todos se parecen por el sufrimiento común, engendrado por la común privación. Sin embargo observa, Jorgito, el rostro de aquella joven madre que cruza la calzada llevando de la mano a su hijita. ¡Cuánta frescura, cuánta serenidad revela! ¡Bástale sólo contemplar a su nena para sonreir con la más dulce de las sonrisas! ¡Qué le importan las necesidades de la vida si ella tiene un pan y una taza de leche para su pequeña!

— ¡Papá, por favor, no te entusiasmes tanto! Esa nena tiene que ir vestida y para conseguir el vestido hace falta dinero...

— Para eso trabaja su madre.

— La nena querrá también alguna vez comer dulces, y para eso seguramente no gana su madre lo suficiente.

— Eso es lo superfluo, Jorgito; no lo olvides.

— Bueno, papá; pase los dulces, aunque no estoy de acuerdo, porque a mí me gustan mucho, pero...

En aquel momento la voz de una señora distribuidora de socorros se hizo oir: A la izquierda los hombres, a la derecha las mujeres y niños.

Jorgito y su padre, que se habían acercado al local, pudieron observar que las divisiones de las familias se producían sin protestas, casi sin palabras. Solamente un gesto que quería parecer saludo. El grito o el llanto de algún niño ponía su nota ruidosa. Solamente algún reclamo de mujer que llama junto a ella a todos sus chicos. Las personas se acercan apresuradas a la mesa con el deseo de hallar pronto término a su espera. El padre de Jorgito, que ha reconocido entre las señoras de la comisión a una de las amigas de su esposa, pide datos. Mientras tanto, Jorgito se ha deslizado entre la multitud y dirigido a un bazar de juguetes próximo. Regresa minutos después con un pequeño paquete que deposita en manos de la nena de aquella joven madre de rostro sereno. En tanto que ésta da las gracias, la niña desenvuelve presurosa el paquete, hallando en una cajita una muñeca.

— ¡Ah! — exclama la nena jubilosamente. Jorgito mira con alegría a su padre que ha presenciado con emoción la rápida escena y le dice:

— ¿Ves, papá? ¿No te parece que ese juguete que hace feliz a esa nena también llena una necesidad?

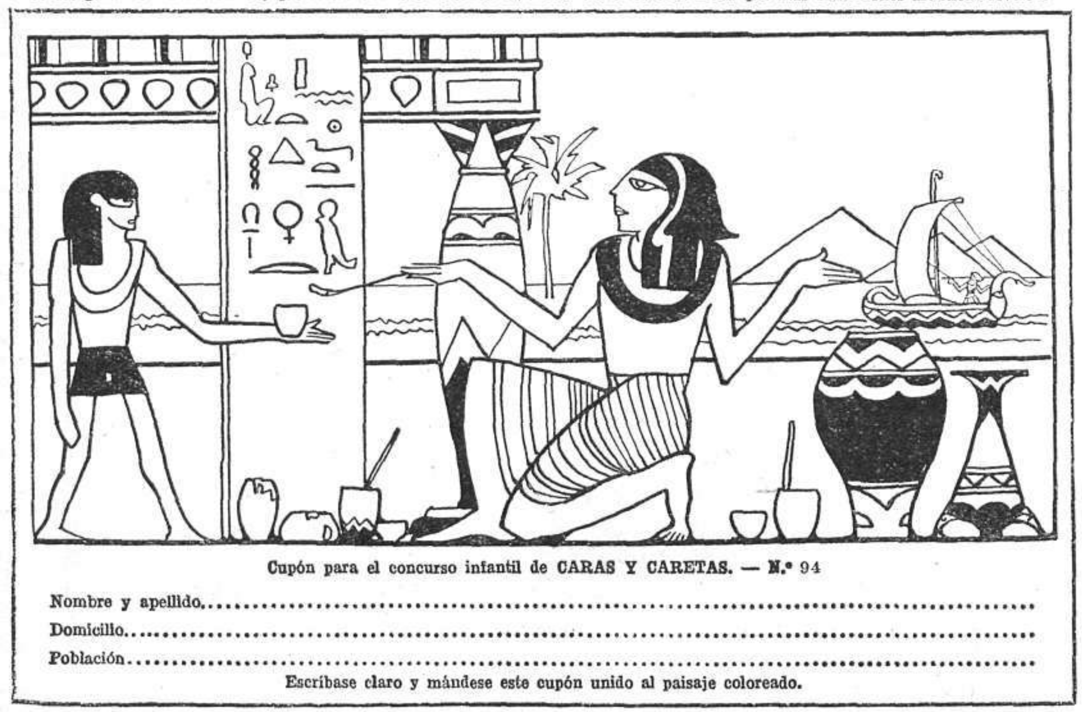
— ¡Sí, hijo mío; nadie puede medir el límite de lo útil y de lo superfluo!



La juventud
y la belleza
femeninas son dones transitorios; sin embargo, sus atractivas apariencias pueden conservarse a través del tiempo. Una piel blanca, fresca, sedosa y delicada anula la adversa impresión de la edad y hace seductora a la mujer. Y esto pueden conseguirlo las señoras con el uso diario del
Polvo Graseoso
LEICHNER
único elemento de tocador verdaderamente eficaz para transmitir al cutis aquellas deliciosas cualidades.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires.-Guardia Vieja, 4439
Montevideo. - Cerrito, 673

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 94

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



Todo el cariño maternal no basta

para criar un bebé sano y robusto

La madre debe aumentar sus fuerzas y conservar su salud con alimentos livianos, nutritivos y agradables como la Africana Extracto Doble.

Tomando esta deliciosa bebida tónica con las comidas o a cualquier hora, se sentirá mejor y podrá criar sin fatiga un niño lleno de vida.



AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Elaborada por la
Cía. Cervecería Bieckert Ltda., San Juan, 3334. B. A.

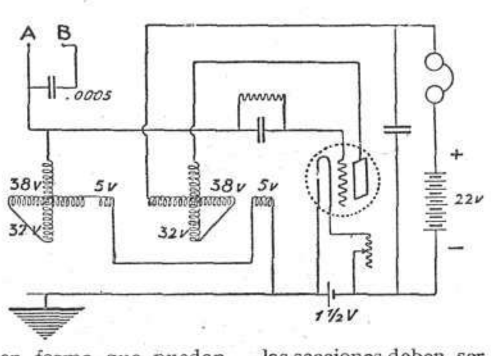
Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

CIRCUITO DE RECEPCIÓN PARA AUDION DE 1 ½ VOLTS

En general los audiones que usan 1 ½ volts para el encendido del filamento funcionan perfectamente con los circuitos en los que se empleen otra clase de audiones, pero indudablemente, dado sus características, debe haber un circuito que más convenga para el perfecto funcionamiento de esta lámpara como detectora. El circuito adjunto es uno de los que mejores resultados han permitido obtener de este nuevo tipo de lámpara, y es empleado por una importante fábrica norteamericana para sus aparatos que emplean este audión.

Este circuito permite la supresión del condensador variable de antena, de manera que además de resultar más económico durante su funcionamiento por la supresión del acumulador, lo es desde el principio, pues el hecho de quedar suprimido este implemento tan necesario con los otros circuitos disminuye un tanto su costo.

La única parte desconocida para el aficionado es el sistema de sintonización y reacción, parecido al popular Vario Cupler pero realizado en otra forma.



Son menester tres tubos de las siguientes medidas: un tubo de 10 centímetros de diámetro (4 pulgadas) y de 17 centímetros de largo; dos tubos de 7,5 centímetros de diámetro (3 pulgadas) y de 4 centímetros de largo.

Estos dos tubos deben colocarse dentro del primero en forma que puedan girar libremente sin incomodarse, disponiendo para este objeto dos ejes que atravesarán ambos tubos.

La forma más práctica para colocar estos ejes es la siguiente:

A 2 centímetros del borde de cada tubo chico, es decir en el centro, se harán dos agujeros del diámetro del eje que se empleará, disponiéndolos en forma tal que el eje atraviese el tubo por el mismo centro.

En el tubo grande deberán practicarse orificios semejante para que sirvan de buje a los dos ejes, practicando los agujeros a 4 centímetros del borde.

Cuatro varillas de bronce de 4 a 5 milímetros de diámetro son necesarias como ejes, debiéndoseles practicar en una extremidad una rosca de aproximadamente 1 a 1 ½ centímetros de largo, según el espesor del tubo que se emplee.

La medida que se aconseja emplear como diámetro de estas varillas es 3/16 ó 1/8 de pulgada, pues es más fácil encontrar tuercas para estas medidas que para otras.

Las varillas medirán: dos, 4 centímetros, contando la parte roscada, y las otras dos, de 6 a 8 centímetros, según se coloque la bobina en un tablero o caja y se empleen discos graduados o manijas.

Para que los tubos menores, que deben girar holgadamente dentro del mayor, queden siempre en el centro de éste, se colocará entre ambos y sobre el eje un tubito de bronce o arandelas de metal, teniendo cuidado que no hagan fricción sobre el alambre del bobinado.

El material de los tubos puede ser cualquiera, pero siempre es preferible un material aislador, razón por la cual los tubos de ebonita, que son actualmente fáciles de hallar en plaza, son recomendables.

En último caso se pueden hacer empleando cartón fino enrollando varias vueltas sobre un cilindro un poco inferior a la medida que deberá tener la bobina una vez terminada, y encolando bien las superficies internas con cola de carpintero de manera que el tubo resultará sumamente fuerte y se podrá agujerear fácilmente con mechas para metales.

Es conveniente no emplearlos hasta que la cola esté bien seca.

Al alambre para el bobinado es del común de 0,5 milímetro de diámetro, pudiendo estar aislado con seda o algodón.

El bobinado de los tubos menores se hace de la siguiente manera: a 3 milímetros del borde y paralelamente al mismo se hacen dos o tres agujeros por los cuales se hace pasar la extremidad libre del alambre, para que quede fija fuertemente y permita hacer la tensión necesaria para bobinar.

Se hace una primera sección del bobinado, que contará 19 espiras; se deja un espacio entre esta primera sección y la que va a hacerse, para poder colocar el eje y las tuercas que lo fijarán al tubo, y se termina la segunda sección con 19 vueltas más.

Ambos tubos llevan igual número de espiras, y todas las secciones deben ser bobinadas en el mismo sentido.

El tubo mayor lleva dos bobinas, una que corresponde a la sintonización de la antena y otra a la reacción.

A una distancia aproximada de 1 ½ centímetros del borde del tubo mayor se hace un bobinado de 32 vueltas del mismo alambre, haciendo agujeros en el tubo al comenzar y terminar el bobinado para que éste no se deshaga.

Esta bobina, que con una de las móviles constituye un variómetro y se emplea para obtener la reacción necesaria, debe ser realizada en dos secciones de 16 vueltas cada una, de manera que entre las dos quede el espacio necesario para que pasen los ejes del tubo interno.

En la fracción de tubo que queda libre entre el borde y la primera espira de este bobinado — un espacio de 1 ½ centímetros — se comienza a bobinar la bobina de antena-tierra dándose en ese espacio 5 vueltas, después de las cuales se hará pasar el alambre por un agujero hacia el interior del tubo para hacerlo salir del otro lado del bobinado de la reacción, de manera que pase por debajo de éste.

A continuación se hacen 5 espiras más, semejantes a las primeras, y en esta forma el bobinado de la reacción está colocado entre dos series de 5 espiras cada una de la bobina de antena-tierra.

Se termina ésta con otra sección de 32 vueltas, debiendo realizarse éstas en dos fracciones de manera que entre ambas queden los orificios practicados en el tubo para que pasen los ejes.

El condensador de reja y de placa debe tener las siguientes capacidades: 0.00025 y 0.002 microfarads, respectivamente.

La resistencia de reja será de medio megohm.

Este receptor permite sintonizar ondas desde 180 a 500 metros, según se conecte la antena a los bornes «a» o «b».

Señora:

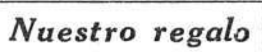
¿Quiere usted ser elegante?

Procure que su cuerpo armonice con la moda. Para ello Vd. debe adquirir su CORSÉ o FAJA en la

CASA IZQUIERDO
Carlos Pellegrini, 490

creadora de los más preciados modelos con cuyo uso **desaparecen** los **defectos.**





Nuestro regalo

"Pictorial Review" del mes de Mayo

GRATIS

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de Mayo.



N.º 15. — **Hermosa faja,** muy cómoda para sport y uso diario, confeccionada en coutil de seda floreado y rico elástico también de seda, bien adornada con fino encaje y 4 ligas.

Por esta semana

$ 20.—

N.º 10. — **Cómoda y rica faja** confeccionada en fino tricot elástico inglés mercerizado, artículo de gran duración.

Por esta semana

$ 30.—

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490 — BUENOS AIRES

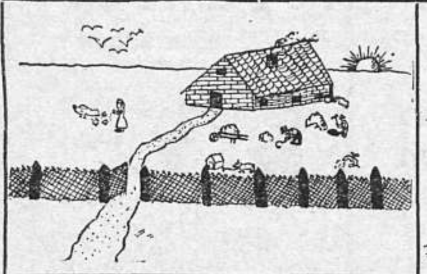
Unión Telefónica 4913, Libertad



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



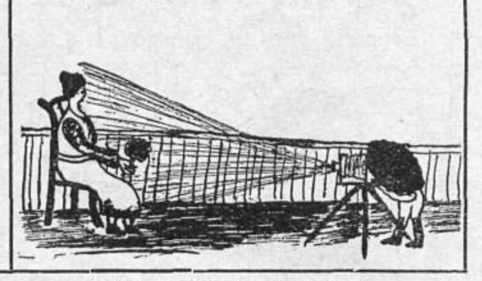
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1410 — Mi casita de campo.
IGNACIO ERRASTI.

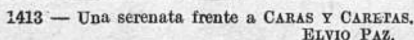


1411 — Mi casa.
ENRIQUE PIVA.



1412 — Sacando una fotografía.
CARLOS CURTI.





1413 — Una serenata frente a CARAS Y CARETAS.
ELVIO PAZ.



1414 — Estudiando.
JUANCITO BREBBIA.



1415 — Al atardecer en la chacra.
ARMANDO CIPOLLETTI.

De Coronel Dorrego



Banquete ofrecido por sus amigos al señor Félix Martínez en esta localidad.

LA NATURALEZA

Entré en una inmensa sala subterránea de altas bóvedas.

Toda ella estaba iluminada por un resplandor que parecía sugir del suelo.

En el centro estaba sentada una mujer de majestuoso aspecto, vestida con un amplio traje verde.

Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Comprendí que estaba ante la Naturaleza, y al punto nació en mi alma algo como un temor sagrado o reverencia silenciosa.

Acerquéme a la mujer sentada, y, después de saludarla con respeto, le dije:

—¿Oh madre común! ¿En qué estás pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posibles?

Lentamente volvió la mujer hacia mí los ojos sombríos, penetrantes y temibles; entreabriéronse sus labios, y oí su voz resonante, como de hierro que chocara con hierro.

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza en los múculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos. El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto. Es necesario restablecerlo.

—¡Cómo! —exclamé balbuceando, —¿en eso estás pensando? ¿Y nosotros los hombres no somos tus hijos predilectos?

Ella frunció un poco el entrecejo.

—Todos los animales—dijo—son mis hijos. De todos me preocupo igualmente y a todos por igual los extermino.

—Pero... el bien... la razón... la justicia... —murmuré.

—Esas son palabras humanas —repuso con voz de hierro;—yo no conozco el bien ni el mal. Vuestra razón es mi ley. Y ¿qué es la justicia? Yo te dí mi vida, yo te la quitaré para dársela a otros seres, sean gusanos u hombres, indistintamente. Tú, mientras no te llegue la hora, sigue en la lucha, procura defenderte y no me importunes más.

Quise hablar, pero toda la tierra en torno mío mugió sordamente: yo me estremecí de espanto.

¡Entonces desperté!

IVAN TOURGENEFF.



TATA JUAN



La bajada del Limay, en bote, desde el lago Nahuel Huapí, donde nace, hasta su confluencia con el río Neuquén, es uno de los viajes más hermosos y emocionantes que se puedan efectuar.

Desiertas casi en toda su extensión, pues no pueden llamarse poblaciones los pocos y pobres ranchos que muy de vez en cuando aparecen medio escondidos entre el follaje, las orillas del Limay presentan unos espectáculos majestuosos, unas escenas, que sobrepasan en grandiosidad lo que pueda soñar la imaginación más ardiente.

La Piedra de los Cuervos, Los Paredones, como caprichos de la naturaleza, no tienen iguales, y el que siente la atracción de lo sublime se queda extasiado, subyugado, experimenta como un deseo intenso de pasar allí el resto de sus días, entre ese silencio enorme, en contacto directo de lo infinito.

Los Paredones se parecen a ciclópeas ruinas de una ciudad en que hubieran morado los dioses. Una muralla natural de unos setenta u ochenta metros de alto, semicircular, de una extensión de unos dos mil metros, que las aguas trabajaron en la base, formando unos zócalos colosales, parejos, pulidos, como no habría podido hacerlos mejor un ejército de marmoleros, parece el último vestigio de un anfiteatro de una capacidad fantástica.

Más allá enormes bloques de arenisca simulan templos, palacios, castillos. Una silenciosa ciudad en ruinas, que la luna ilumina plácidamente dando vida a las sombras, agigantando los arbustos.

Arrimamos el bote al pie de la muralla imponente, resueltos a acampar ahí mismo esa noche, en ese escenario digno del Sabba clásico.

Nuestro piloto, un chileno indiferente a los espectáculos de la naturaleza, andaba atareado para juntar leña y alistar el asado, el eterno, único plato, que nos venía ofreciendo desde una semana.

Empezamos a recorrer esa especie de ciudad muerta embargados por una especie de religiosidad, como si realmente esos que nos parecían monumentos en ruinas nos hablaran de otra época, de otros seres, cuya sombras tal vez merodeaban por ahí, en el teatro de sus pasiones, de sus grandezas.

— ¿Vive alguien por acá? — habíamos preguntado al chileno antes de empezar la excursión.

— ¡Que yo sepa... nadie!...

Al doblar delante de un bloque de arenisca que se parece a un templo tallado en una sola pieza, creímos ver a una figura humana envuelta en vestimentas sacerdotales.

Nos quedamos sorprendidos...

— ¿Y nos decía el chileno que no hay nadie que viva por aquí?

— ¿No será un templo de veras éste?...

— ¿Y la entrada?

La figura humana adelantó lentamente hacia nosotros:

— ¡Bienvenidos, hermanos míos!... Lo poco que hay en mi modesto retiro es de vosotros...

— ¡Muchísimas gracias, padre!... Hemos quedado algo sorprendidos al veros, pues nos habían asegurado que nadie vivía en este paraje...

— Realmente hace cosa de pocos meses que me he trasladado a Los Paredones; antes pasé mis días en Piedra del Aguila, donde ya no me dejaban tranquilo.

La fantasía popular forma muy pronto leyendas alrededor de los que hacemos vida solitaria, los ermitaños...

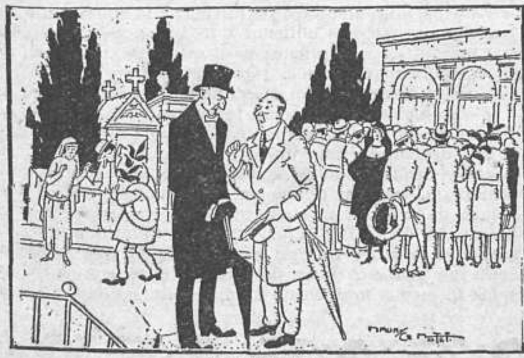
— ¿Así que usted se ha desterrado del mundo?...

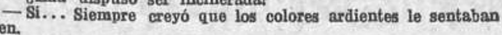
— Y a qué seguir viviendo en el mundo una vez que he perdido todo interés por los acontecimientos humanos... ¡Hay dolores en la vida que tienen el poder de quitar todo apego a la misma!... He sufrido mucho y... me he convencido que para cicatrizar las heridas del alma lo mejor es aislarse, callar, hacerse uno con el Todo... ¿Pero, por qué no pasan ustedes a visitar mi palacio?... Vengan...

El que creíamos fuera un monje, pues llevaba el hábito de franciscano, nos hizo de guía hasta el pie de la inmensa muralla que tanta admiración nos había despertado al contemplarla de lejos.

Una abertura natural daba acceso a una cueva espaciosa de unos cinco metros por cuatro, en la que todo el mueblaje consistía en unos trozos de madera colocados sobre dos X, de madera también, unos cueros de oveja en el suelo, que debían ser la cama del ermitaño, un crucifijo colgado de una pared y unos cajones de mercaderías, sobrepuestos, que servían de ropero y despensa.

Delante de la entrada dos piedras, a distancia de un palmo una de otra, constituían la cocina de nuestro extraño personaje. La ceniza y unas brasas, no del





COQUETERIA

— ¿Ella dispuso ser incinerada?

— Si... Siempre creyó que los colores ardientes le sentaban bien.



La madre (examinando a su hijo con cristal de aumento). — Mira Enrique; el niño, cuando sea mayor, va tener bigote negro.



todo apagadas denunciaban que no hacía mucho que el ermitaño se había servido del fuego.

—¿Ustedes traen qué comer?

—Tenemos un poco de todo...

—Tal vez les guste saborear un poco del pan que yo mismo me preparo una vez por semana...

—¡Ah, sí!... Si puede darnos un poco de pan se lo agradeceríamos de veras... Es lo único que no podemos encontrar y que nos resulta imposible preparar porque vamos de prisa...

—No pierdan tiempo en buscar leña... Aquí tengo la que pueda hacer falta para cocinar... ¿Dónde está el peón de ustedes?

Lo llamamos con un prolongado silbido. El chileno se vino corriendo y al ver a nuestro huésped se puso de rodillas juntando las manos:

—¡Tata Juan!... ¡La bendición, Tata Juan!... — Y le besó humildemente el vestido.

El ermitaño no pudo menos de sonreirse, aplicó las manos sobre la cabeza de nuestro piloto pronunciando lentamente las palabras:

—¡Qué Dios te bendiga, hijo mío... a ti y a los tuyos!... Levántate... ¿Y tu compañera? ¿Y tus hijitos? ¿Todos buenos?

—¡Todos, Tata Juan!... ¡A Dios gracias y a usted... padre!...

Nosotros no volvíamos de nuestro asombro.

—¡Es un buen muchacho el piloto de ustedes!... No podían haber elegido mejor práctico. Nos conocemos desde hace mucho, ¿verdad?

—¡Sí, padre!...

—Bueno... Prepara aquí mismo todo lo que estos señores necesitan y ve un poco si puedes aprovechar algo de lo que hay en mi despensa...

—¡Cómo usted ordene, padre!...

El chileno, desde que estaba en los dominios de Tata Juan, caminaba como si estuviera en un templo. Todo le parecía sagrado. Hasta los ojos de ese muchachón fuerte y pícaro habían adquirido un aire sumiso como de quien teme a cada momento caer en un desacierto.

El espectáculo de la noche serena, tranquila, era sencillamente soberbio.

Las estrellas parecían estar al alcance de la mano y lucían con brillo intenso.

—Aquí mismo, donde estamos ahora, me siento yo todas las noches y me entrego a una meditación profunda... Procuro primero que mi mente quede libre de todo pensamiento, la pongo en estado de calma y dejo que los pensamientos acudan solos... Poco a poco tengo la sensación de salir de mi cuerpo físico, pues lo veo como desde arriba, inmóvil en la postura en que lo he dejado, y entonces para mí no hay distancias, no hay nada escondido... Puedo recorrer con la rapidez del relámpago los puntos que mi mente desea conocer y me siento embargado por una sensación de ligereza, de expansión inmensa, como si al mismo tiempo pudiera estar en contacto con los puntos más extremos de la tierra...

Debió darse cuenta que lo estábamos mirando con aire de quien escucha a un enfermo porque pareció arrepentido de sus confidencias.

—¡Por supuesto que... todo es ensueño!... Pero un ensueño que me da una impresión de realidad tan grande que no me deja deseo ninguno de repetir la sensación en estado de vigilia.

—¡Debe usted haber sufrido mucho, padre Juan!... —dijo, sin segunda intención, uno de nosotros.

El que más contemplaba a nuestro huésped con ojos de alienista intentó hacer un diagnóstico.

Tata Juan comprendió que no era el caso de seguir relatando a gente incrédula los fenómenos de exteriorización de la personalidad que había empezado a describirnos...

—¡Es verdad, señor!... Y sufro también por no poder llegar a convencer, si no a muy pocos, de la dicha que cada cual podría proporcionarse si lo quisiera. El mundo está en nosotros... Todo lo podemos con quererlo... pero pocos lo comprenden...

—Sin embargo, padre, si todos tomaran la resolución que usted ha tomado, el mundo se volvería un inmenso desierto de la Tebaida... Y cada uno de nosotros tengo entendido que ha venido a desempeñar una misión en el mundo, que no es precisamente la de aislarse.

—¡Ya sé, mi hijito!... Y yo no hablo tampoco a los que todavía conservan sus ilusiones sobre la vida... Hablo a los otros, a los que reconcentran sus afanes en los intereses materiales, como si tuvieran importancia...

—¡Y la tienen, padre, la tienen!...

—¡En esto no vamos de acuerdo, mi hijo! La vida hay que vivirla como si tuviera importancia, pero sin dársela en realidad... ¿Quiere usted una prueba de lo que acabo de decirle? Pues bien: ¡el día en que el hombre considera realizadas sus aspiraciones mundanas, ese día se va!... ¡Ay, del que alcance a decir en un momento de irreflexión que se siente feliz!... O lo atrapa la muerte en la forma más inesperada o algún disgusto de aquellos que derrumban todo el edificio de la felicidad se presenta para recordarle que se ha equivocado en grande...

—Con todo el respeto que debo a su edad y a sus opiniones, me permito no condividir sus afirmaciones...

—Todo lo que puedo hacer es formular los votos más fervientes para que no se acuerde usted algún día de Tata Juan... Mi niñez ha sido rodeada por todo el confort que pueden proporcionar el exceso de riquezas y un apellido de los más respetados en la vieja Europa. ¡Si usted supiera quien se esconde detrás de la humilde sotana del franciscano!...

—¿Pero usted, padre, pertenece a la Orden Franciscana?

—No he entrado en la Orden Franciscana, pero visto el hábito del Santo de Asís, porque me he forjado un ideal de él y pienso seguir sus huellas, extender a todo lo manifestado mi cariño sin límites...

—¿Lleva muchos años de esta vida solitaria?

—Cuando entremos en el verano serán doce años aproximadamente...

—¿Siempre en la Patagonia?

—No... Hay parajes solitarios también en mi país... pero hacía apenas tres años que me había alejado de todos cuando empezaron a frecuentar mi retiro, situado a los pies de una montaña de las más elevadas de Europa. Los turistas me dedicaban unas horas de una curiosidad importuna. Me dí cuenta de que en los programas de las excursiones quedaba incluída la visita al ermitaño, y fué cuando resolví alejarme para siempre de mi país y me vine a estas regiones, hasta hoy muy poco frecuentadas... ¡Quién baja el Limay!... ¡Apenas si pasan cinco o seis botes durante todo el año!... Otros se quedan en el paso del Traful... ¡Mi soledad es absoluta!... No me faltan flores y hortalizas, que siembro yo mismo, y la harina me la traen unos pastores chilenos que andan por ahí con sus majaditas y a quienes acostumbro auxiliar cuando se encuentran enfermos. ¿Qué más quiero?

—Y un hombre de su rango ha podido resignarse...

—No ha sido resignación la mía, sino resolución... Firme resolución... Disponiendo de una fortuna cuantiosa, amparado por un apellido que me permitía hacer y deshacer en la seguridad de una inmunidad casi regia, me creí dueño de mi voluntad, dueño absoluto de realizar mis aspiraciones, cualesquiera que fueran... Pero llegado a cierto grado de la escala social el hombre es más esclavo de lo que pudiera serlo un portero o un mucamo. No se encuentra a solas ni en los momentos de mayor intimidad con los





seres que quiere... Mil ojos lo persiguen, lo siguen, con el pretexto de vigilar... cuidar de su preciosa existencia!... Hay hombres estatuas que no dan señales de vida más que cuando abren o cierran las puertas, pero están ahí, haciéndose los que no oyen ni ven... Son servidores elegidos por su aspecto físico agradable, morrudo, pues nada antiestético debe ofender las miradas de los favorecidos de la fortuna.

Tata Juan hizo una larga pausa como si le pesara evocar recuerdos de otras épocas. Ninguno de nosotros se atrevió a interrumpir ese silencio, tanto más que instintivamente nos dábamos cuenta de que callándonos obligábamos a nuestro huésped a seguir su relato.

— A pesar de que mi corazón estuviera prendado locamente por una joven hermosísima y de una bondad igual a su hermosura, no pude conseguir de ninguna manera autorización para atar mis destinos a los de ella. Habría podido hacerlo, hiriendo en lo más íntimo del corazón a mi madre, santa mujer pero que pensaba con las ideas de antaño. Me dejé casar por ella, por mi madre, que creyó haber elegido para mi una niña ideal bajo todo sentido.

Una vez que no me había sido posible unirme a la que conceptuaba mi alma gemela, el matrimonio para mí no tenía mayor importancia que una de las tantas exigencias sociales... que era preciso realizar para completar las características de cada una de las edades del hombre. Desde el primer día comprendí que la que habían elegido para compañera de mi vida era indigna de serlo. Pero... no era el caso de prorrumpir en frases violentas y mucho menos de dirigir recriminaciones a mi madre. Por consideración a ella me había impuesto el sacrificio de una unión que me repugnaba; pues ahora más que nunca tenía el deber de callar, pues no era el caso de poner en baile el nombre de mi familia.

Una noche regresaba del club y me sorprendió que el mucamo no estuviera como de costumbre a esperarme. No dí mayor importancia a la cosa, a pesar de que fuera la primera vez que esto aconteciera y entré en mi aposento.

De repente me pareció oir unos pasos como de alguien que se acercara cautelosamente a la puerta de mi pieza de dormir.

¿Quién podía ser a esa hora?... Relacioné el hecho de no haber encontrado al mucamo en su lugar de costumbre y en mi cabeza forjé toda una escena de asesinos y ladrones que se habían apoderado del sirviente, lo habían matado tal vez para después entrar en el dormitorio de Eudosia, atemorizarla y despojarla de sus joyas...

Abrí la puerta con violencia y grité: — ¿Quién va?...

Una sombra intentó esconderse rápidamente detrás de un mueble, sin lograr conseguirlo. Hice fuego y el mucamo cayó al suelo pesadamente, sin vida.

Atraída por la detonación, Eudosia salió, así como se encontraba, de su cuarto, y al darse cuenta de quien había sido muerto, prorrumpió en unos gritos desgarradores, increpándome con los adjetivos más violentos:

— ¡Asesino!... ¡Cobarde asesino!...

No necesité más explicaciones.

Esa misma noche abandoné mi palacio. Los diarios publicaron una versión oficial del suceso. El pobre mucamo había sido víctima de unos desconocidos que penetraron en nuestros aposentos con la intención de despojarnos de las valiosas prendas de familia que guardábamos en la caja de hierro. La caja de hierro había sido abierta con llave falsa y el mucamo, al sorprender los ladrones, había pagado con la vida la fidelidad de que había dado larga prueba siempre, en los años que estuvo al servicio de la familia. Agregaban los diarios que los ladrones... aprovecharon la ausencia del conde para realizar sus fechorías, que por suerte habían fracasado.

¡Así se escribe la historia!...

Lo que pasó en mis adentros no podría ni sabría describirlo. Sentí un asco invencible para lo que llaman la «élite»,... una repugnancia que rayaba en locura hacia el servilismo de la sociedad, que todo lo justificaba mientras fuera obra de los adinerados y elegidos... Pensé por un momento en entregarme a la justicia, pero desistí de mi idea, porque me habrían hecho pasar por loco... Hubiera querido decir la verdad, desenmascarar a quien debía, más habría sido peor... Nadie me hubiera creído. Mis afirmaciones habrían tenido por resultado hacerme recluir en el pabellón de los agitados en lugar de dejarme libre entre los locos tranquilos. Busqué consuelo en la soledad... Cuando me vi objeto de la curiosidad de los turistas fué cuando me resolví a refugiarme en estos parajes, donde por fin hallé la paz deseada... tan ardientemente deseada...

....

¡Así que ya ven, amigos míos!... Tata Juan, el santo ermitaño, venerado por esta gente sencilla, no es más que un vulgar asesino que está esperando el perdón de Dios!...

El chileno seguía cuidadosamente sus tareas de cocinero improvisado. Uno por uno, los cinco besamos respetuosamente la mano de Tata Juan, cuyas mejillas se humedecían por el llanto!

KODAK.



El niño — ¡Oh! ¿Se ha pinchado un dedo? Espere un momento, que voy a llamar a mamá para que se lo bese.



El viajero (agotada la paciencia). — ¿Quiere decirme cómo se llama este encantador muchacho?
La madre (orgullosa). — Claudio.
— Bien; ¿quiere entonces tener la bondad de llamarlo?

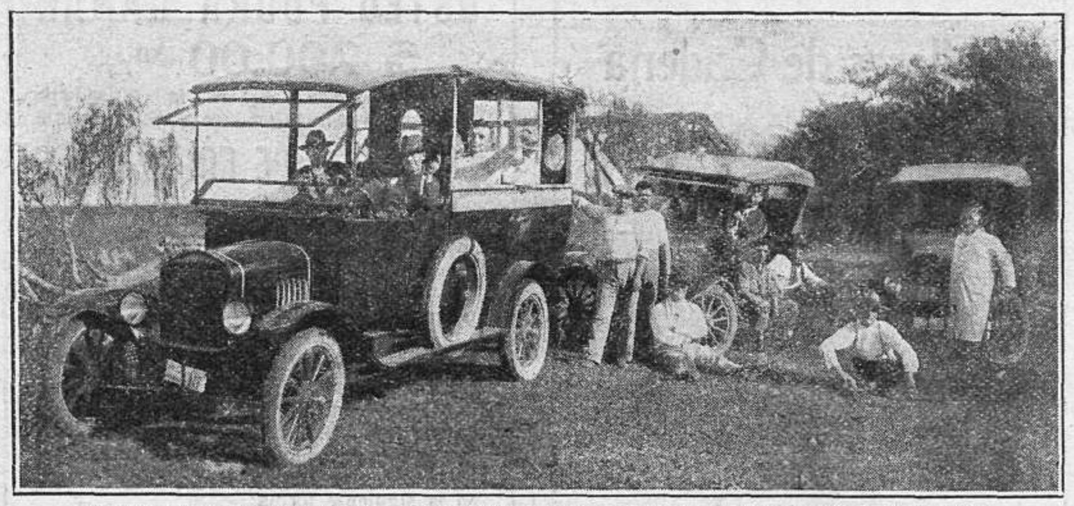


Grupo de destacados vecinos que integran la comisión directiva "Pro Autonomía" y que organizaron una brillante fiesta local.

DONDE SE LLEVARÁ A CABO LA PRÓXIMA CONTIENDA

La historia nos recuerda que en todo tiempo el hombre ha sido atraído por el mar, y que en la antigüedad el centro de la actividad humana fué el Mediterráneo. Pero en las épocas recientes el Atlántico ha prevalecido. De 1811 a 1910 — escribe la «Revue Hebdomadaire» — la cifra de los emigrantes que salieron de Europa hacia América ha sobrepasado la suma de 25.000.000. El Atlántico ha sido el más vasto teatro de la guerra submarina: de septiembre de 1916 a marzo de 1918 la guerra submarina, hecha por Alemania, hundió 12.000.000 de toneladas, o sean 300.000 toneladas por mes, casi la cuarta parte de la capacidad de las flotas comerciales del mundo entero. Ahora, sin embargo, parece que el próximo campo de las luchas posibles será el océano Pacífico. En el Extremo Oriente la lucha se delinea entre la China superabundante desde 1860 y las potencias europeas que en el sudeste del Asia tienen sus dominios. A lo largo de la diagonal Vancuver-Sidney, Panamá, Auckland los blancos de Australasia y los de América están unidos contra los amarillos por la cuestión de los puertos y contra los peligros de la emigración asiática: en las islas Hawaii hay 97.000 japoneses y 22.000 chinos contra 70.000 indígenas y 15.000 americanos. En fin en el Pacífico del sur, las repúblicas de los Andes son campos de colonización cada vez mayor, pues los blancos tienen interés en defenderlos contra los amarillos. En el Perú solamente el número de los asiáticos se ha elevado entre el año 1917 y el 1918 de la suma de 55.000 a 300.000, es decir, casi el 7 por ciento de la población total.

De Caseros (F. C. P.)



Excursión campestre organizada por el señor Modesto Rosales con motivo de su próxima partida de esta localidad.

¿QUIERE USTED ENGORDAR?

¿Al mirarse al espejo ha exclamado ¡qué flaco estoy! alguna vez?' Si esto es así, si es exageradamente delgado y quiere engordar, el remedio es el siguiente:

Acuéstese en la cama y no haga sino comer y *dormir*. Cada veinticuatro horas haga tres comidas y bébase ocho vasos de leche. Masque bien, con gran calma para que la *digestión sea fácil* y la *asimilación* grande. No se tome el trabajo ni siquiera de lavarse; que otras personas le laven y le den masaje con algún aceite especial por lo menos una vez al día.

Esta vida y este plan deben seguirse durante tres meses, al cabo de los cuales el hombre o la mujer *que tal haya hecho* se *levantará* alegre, rejuvenecido y pesando treinta o treinta y cinco kilos más.

El tratamiento parece ser excelente y de *segurísimo* resultado y *no* tiene más inconveniente sino el que sólo lo pueden poner en práctica los que nada tengan que hacer en la vida.

Las lágrimas de una afligida hermosa vuelven en algodón los riscos y los tigres en ovejas. — CERVANTES.

La prosperidad hace nacer los amigos; la adversidad los experimenta. — HECHER.



La Nueva

ROYAL

Semi-silenciosa, suave y sensible, une a la resistencia y durabilidad propias de una máquina fina la exacta precisión de un instrumento científico, feliz combinación que ha valido a esta máquina la justa y merecida definición de "LA ARISTOCRATA ENTRE LAS MAQUINAS DE ESCRIBIR".

***

Solicite una demostración en sus oficinas.

Cía. LA CAMONA

39, Maipú, 43 **Buenos Aires**









Banquete ofrecido al señor Jerónimo Esquerré por sus numerosos amigos, con motivo de su reciente ascenso a inspector del Banco de la Provincia.—En círculo: El obsequiado, señor Jerónimo Esquerré.

LA VANIDAD DE LOS POETAS

Anatole France recibe de vez en cuando a los poetas jóvenes y a los novelistas imberbes. Los recibe con benevolencia. Les sirve el dulce vino de la esperanza.

—Maestro —le preguntaba recientemente uno de ellos —¿ha leído usted mis poesías?

—Desde luego. Yo me he deleitado con ellas toda una noche. Las había comenzado por la tarde y no pude cerrar los ojos hasta no haberlas leído todas.

—¡Oh! maestro, usted se burla de mí. Usted no las ha leído.

—Joven incrédulo ¿quiere usted una prueba? Le voy a indicar la página más bella de su libro. Es la página 84. ¿No es allí donde ha puesto lo mejor de su alma? ¡Admirable página! ¿Insiste usted en que yo no he leído sus poesías?

—Maestro, le pido mil perdones. Estoy verdaderamente confundido. ¡Gracias, gracias!...

El buen muchacho, cuyo corazón rebosada de júbilo, dijo aparte a los asistentes:

—¡Es extraordinario! El maestro ha leído mi volumen. ¡Lo ha leído! Es, en efecto, en la página 84 donde se encuentra mi más bello poema. El admira este poema. ¡Qué honor para mí!

Y se marcha hinchado de orgullo. Entonces alguien dice al autor de «Thais»:

—Maestro, usted no ha leído ese volumen. Yo lo conozco: usted no habría podido leer más de dos páginas.

—¿Lo cree usted? ¡Bien! Mi querido amigo, yo quiero ser sincero. No lo he leído.

—Pero, entonces, ¿por qué casualidad la página 84 es la mejor del volumen?

—¡Hombre pleno de ingenuidad! Yo hubiera podido citar no importa qué página. Un poeta juzga siempre que cada uno de sus poemas es el mejor de todos.

¿Le gustaría a Vd. recibir en su casa a estos grandes personajes?



Enrico Caruso, Benjamín Gigli, Miguel Fleta, Titto Schipa, Titta Ruffo, A. Battistini, M. Journet, Chaliapin, Fritz Kreisler, Paderewsky, Galli Curzi, Bessanzoni, Tetrazzini, M. Elman, J. Heifelz, Giovanni Martinelli, Giuseppe de Luca, Bernardo de Muro, Fernando de Lucia, Pasquale Amato, María Barrientos, Geraldina Farrar, María Galvany, Lucrezia Bori, María Jeritza, Jan Kubelik, Wilhelm Backhaus

Las mejores Orquestas y Bandas de Milán, París, Londres, Filadelfia, etc.

Llámelos con una Victrola y discos Victor
y en seguida gustosos le darán lo más rico de su arte.

El costo no viene al caso, pues bastan $ 100.— para comprar una Victrola verdadera con discos Victor de continuo deleite que le presentan a perfección todo lo más notable que cantan o tocan los primeros artistas del mundo.

Decídase entonces. ¿Por qué demorar el placer?



Si Vd. no puede visitar nuestras salas de concierto pídanos el folleto ilustrado de las Victrolas verdaderas, y con mucho gusto le enviaremos también los catálogos del riquísimo repertorio que presentan los discos duraderos Victor.

AGENCIA VICTOR
Desde 1897, siempre lo mejor

Cassels & Co.

MAIPU, 271
Buenos Aires

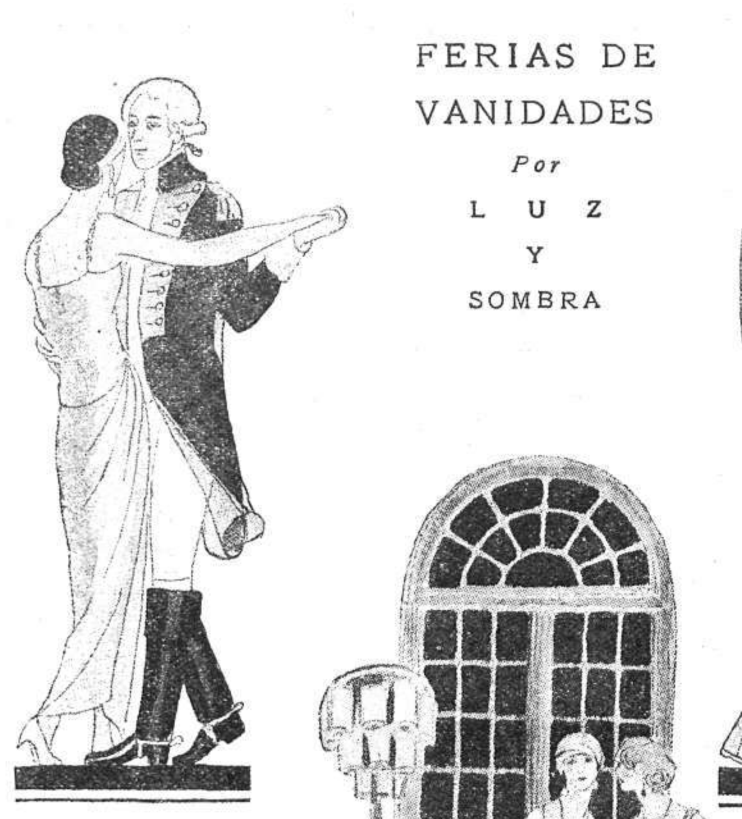
FERIAS DE VANIDADES

Por

L U Z

Y

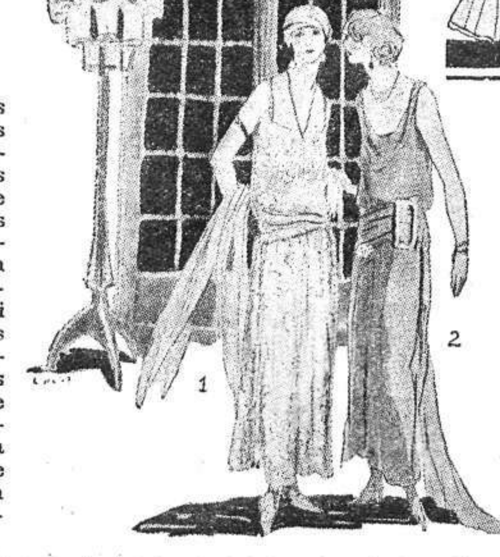
SOMBRA



Las *reuniones mundanas* que más ocupan el París nocturno en los meses de invierno son los tes y bailes de beneficencia. En ellas se deslizan todas las elegancias y los *flirts*, fluctúan las sedas y los crepes, centellean las joyas y los tejidos enjoyados. Los bailes llevan casi siempre un nombre que los caracteriza y con el cual armonizan, naturalmente, los atavíos de las damas que concurren; muchos son bailes de estilo, como el de la «Noce bretonne», el baile *Persan*, etc., que no están relacionados con el Carnaval sino con el invierno.

En el baile franco-americano que alcanzó mayor esplendor en la pasada temporada, siendo permitidos todos los anacronismos, se vieron apariciones originales al lado de trajes de estilo.

A los bailes Segundo Imperio seguían los valses de Chopín; en fin, toda una apoteosis en el que los nombres más ilustres de Francia y Norte América fueron aclamados. Lafayette bailaba el *fox trot* con una elegante «fin de siécle», Wáshington ofrecía un *cocktail* a la esposa de Tu-tan-ka-men, y la estatua de la Libertad, a pesar de haber bajado del podestal, seguía dominando... La princesa d'Arenberg llevaba un vestido de broché plateado con tirita de diamantes. Una dama de la nobleza inglesa vestía, sobre forro azul, un traje de encaje plateado y bordado de azul y perlas de coral, con una echarpe de musselina de seda del mismo tono. Llevaba turbante de Salambó de plata (ver grabado). Otro vestido admirado era de crepe satín cyclamen (lila delicado) con cinturón echarpe formando caída y retenido sobre una cadera por un motivo de *strass*.



1. Encaje plateado y bordado de azul y perlas de coral, con transparencia azul. — 2. Crepe satín cyclamen con motivo de "strass".

En un te elegante se notó, por ejemplo, un vestido de crepe de Chine «marrón de la India» todo trabajado de «religiosas» en la parte superior y dispuestas transversalmente, como ya vimos algunos modelos este pasado verano. Sobre este vestido venía una espléndida capa de cibelina.

El cuidado por el tocado llega ahora hasta el extremo. Bandeaux persianos, muy bordados, acompañan los aros auténticos de este estilo (boucles), con un vestido blanco con echarpe de tul negro y turbante de Salambó de plata. Los aros son de *jais* negro. Los de perlas son siempre apreciados, sobre todo si acompañan un cuello de chinchilla o de *taupe*.



Turbantes y "boucles".



Sufre usted un error

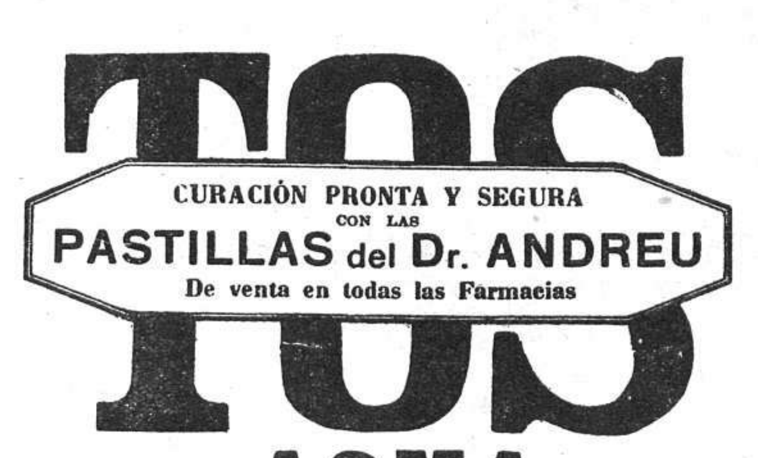
si, al comprar agua de colonia cree que le venden VERDADERA agua de colonia. Investigue, analice y compare los productos y se convencerá de que la única agua de colonia, EXACTAMENTE IGUAL a la célebre originaria, es el

Agua de Colonia Mendel

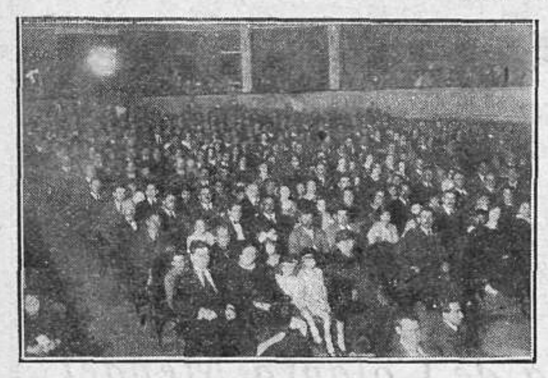
No pretendemos, por ahora, que usted la COMPRE, sino que usted la PRUEBE. ***Pida, pues, un frasquito de muestra y se le enviará por correo gratuitamente.***

Perfumería Mendel

Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439



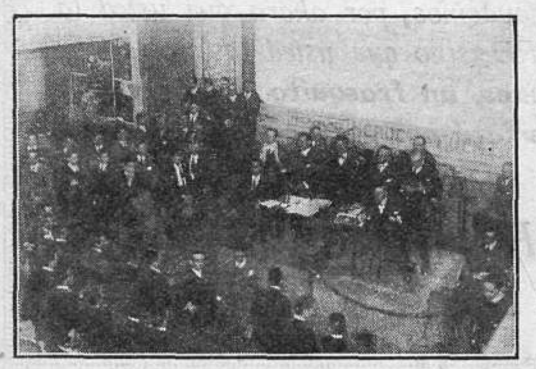
Los que tengan **ASMA** o sofocación usen los **Cigarrillos antiasmáticos** y los **Papeles azoados** del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.



Aspecto del teatro Colón durante la fiesta organizada por la colectividad italiana en beneficio de la misma.



Concurrentes al festival organizado por la comisión directiva del Centre Catalá en honor de sus numerosos asociados.



Socios del Centro Unión Independiente reunidos en el Cine Imperial con objeto de renovar las autoridades de esta entidad.



Señor Juan Chiradi, que fué objeto de una demostración ofrecida por su personal obrero con motivo de su próximo viaje a Europa

MI ACEITE DE OLIVAS "CONDAL"

es importado única y exclusivamente para todas aquellas personas de exquisito paladar y delicadas del estómago y no puede confundirse con la vulgaridad de los malos Aceites que se venden en plaza a fuerza de reclame.

Por esta causa fundamental es hoy el preferido del público, el que más se vende y el único insustituíble.

He aquí algunas opiniones autorizadas

acerca de las bondades del exquisito Aceite de Olivas

"CONDAL"

Dr. ELISEO CANTON
A los fines que se desean:
Certifico haber usado con muy buenos resultados el aceite marca **CONDAL**, tanto como substancia alimenticia cuanto por su acción favorable en el tratamiento de determinados procesos hepáticos.
Firmado E. CANTON.
Noviembre 5 de de 1919.

Dr. LOPEZ BANCALARI
Director del Hospital Durán.
Certifico que el aceite **CONDAL** es un excelente depurativo para las afecciones del hígado, siendo su uso recomendable para los constipados.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. ARTURO AMUCHASTEGUI
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación, es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos para los enfermos del estómago e hígado.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ANTONIO MARE
Jefe de servicio del Hospital Muñiz.
Certifico que el aceite **CONDAL** es sumamente agradable al paladar y de resultados maravillosos para las personas que lo toman con fines curativos.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ERCILIO RODRIGUEZ
El aceite **CONDAL** es un alimento de primer orden, particularmente recomendable por su pureza y fácil digestión a los enfermos del aparato digestivo.

Dr. MARIO FUSCHINI
Del Hospital Muñiz.
La refinación extraordinaria del aceite de oliva **CONDAL** es beneficiosa por su agradable paladar a todas aquellas personas que lo usan para fines intestinales.

Dr. AGUSTIN G. REBUFO
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos en los enfermos hepáticos.

Dr. F. MARCOVECHIO
El aceite **CONDAL** es perfectamente tolerado en todos los padecimientos gastro-intestinales crónicos y de inestimable valor en las afecciones del hígado de origen calculoso.
Octubre 27 de 1919.



UNICO IMPORTADOR:

FERNANDO SANJURJO

ALSINA, 1000 — Buenos Aires

U. T. 4862, Rivadavia - Coop. 230, Central

Dr. PABLO PIRATE
Médico de Policía.
El médico que subscribe certifica haber prescrito el aceite **CONDAL** en ciertas afecciones hepáticas, con resultado satisfactorio. Además, lo usa con el mismo resultado particularmente.
Marzo 10 de 1919.

Dr. LUIS U. RABUFFETTI
Del servicio de Clínica Médica del Hospital Alvear.
El aceite oliva **CONDAL** no encierra, según su análisis químico, productos nocivos, y es un producto útil en la dietética de diversas afecciones.
Octubre 23 de 1919.

Dr. M. SOBRE CASAS
Certifico que el aceite **CONDAL** no contiene substancias nocivas; según resultado de su análisis químico puede ser empleado en la alimentación.
Octubre 24 de 1919.

Dr. LUIS O. FIRPO
Certifico que el aceite **CONDAL** puro de Oliva, prescripto a los pacientes de afecciones al hígado y gestro-intestinales, en su alimento ha dado excelentes resultados.
Noviembre de 1919.

Dr. MOISES PORCEL ITURRALDE
Prosector del Hospital Alvear.
Certifico haber usado con fin terapéutico el aceite **CONDAL**, que por su análisis químico intachable y su delicado sabor lo ha hecho un eficaz coadyuvante en el tratamiento de varias afecciones internas; especialmente hepáticas e intestinales.

Dr. JUAN BOTINELLI
El médico que subscribe certifica que receta a sus enfermos afectados de tetiasis biliar y colitis el aceite de oliva **CONDAL** con buen resultado, y que por su gusto agradable y su pureza lo toman sin repugnancia.
Noviembre 1.º de 1919.

Dr. RAFAEL F. GRIGERA
Me es grato manifestarle que el aceite de oliva **CONDAL**, del cual es usted introductor, por su pureza y agradable sabor está perfectamente indicado en las personas que sufren de constipaciones crónicas y pereza funcional del hígado.

EN el fondo mismo de la población se hallaba, parece como que olvidada, la casita de Antonio Valiente. Por delante de su puerta no se iba a parte ninguna. Allí acababa la aldea. En seguida comenzaba, en una pequeña llanura sin parapeto, aquel terreno inclinado que iba a dar al río, y del otro lado del río, todo aquello era ya España: amplios y extensos viñedos, que por la primavera empezaban a revestir de verde todos aquellos montes y cabezos, montes y cabezos que más allá, al borde del río, cesaban de repente, irguiéndose, inmóviles, en peñascales desnudos que daban miedo.



Diríase, pues, en efecto, olvidada en aquel sitio la casita del jornalero; pero se hallaba, como han visto, muy bien situada, porque además estaba vecina a una pequeña ermita — la ermita blanca de Nuestra Señora de las Gracias, — que debía, vista desde allí, sonreír a los españoles, como sonreía a los portugueses, especialmente a Antonio Valiente, cuando los domingos se asomaba a la ventana, esa linda capillita de Nuestra Señora, llamada "del Pilar", que blanqueaba en aquel gran trono de verdura, allá, debajo del cielo azul.

Antonio Valiente era joven todavía, y tenía dos hijos muy bonitos y ambos muy rubios: María de la Gracia, la mayorcita, que había cumplido siete años, y Manuel, que tenía seis. Siete años y nueve meses que tenía él de casado con Lucía, la más bonita, la más alegre muchacha de las que por el verano concurrían a las vendimias. Habíale enamorado su bonito pelo negro, su rostro de nazarena, aquel su aire esbelto de chopo, los hermosos ojos de la muchacha, que le recordaban, por la forma, dos grandes almendras, y cierto hoyito que hacía en su bonita cara trigueña, cuando se reía, aquel diablillo...

—¡He ahí un hoyito en que a mí me gustaba enterrar besos! — le dijo una vez, riéndose también, ese mocetón de Antonio Valiente.

Ella le respondió, fingiendo una sorpresa:

—¿Te gustaba?...

—¿Y esos dientes, Lucía? ¿Quieres darme un mordisco con esos dientecitos?

—¡Eso no, muchacho! ¡Negro por negro, primero el pan de centeno!

—¡Ah, picarona!

En ese tiempo, Lucía era huérfana de padre y madre y no tenía hermanos: "¡Soy como el sargazo del monte!", decía ella a veces. ¿Pensaba en casarse? Sí, pensaba. Pero no era "para arreglarse", que muchas veces decía ella que "mientras Dios le diese salud y fuerza en aquellos brazos..." — "¡Esconde eso, muchacha! ¿Para qué estás remangándote los brazos si no me los echas al pescuezo!", le dijo otra vez Antonio Valiente; — ... que mientras Dios le diese salud y fuerza en aquellos brazos, no era ella la que caía en esa, a no ser, ya se sabe — agregaba haciendo el tal hoyito, — que el demonio se le metiese en la cabeza por gustarle alguno muy feo.

Cierta vez, Antonio Valiente, que ya andaba preocupado de oírselo decir, le contestó:

—Oye, Lucía. Para librarte de ese peligro, aquí estoy yo, que soy bien guapo.

—¿Tú? — preguntó ella, muy extrañada.

Y Antonio le replicó en seguida:

—¡A ver si vas a despreciarme, muchacha!

Estaban cenando, por cierto. Habían andado cogiendo aceituna todo el santo día, y estaban cenando todos los obreros en casa del amo. Prosiguió la conversación con grande algazara mientras duró el caldo, y también cuando, después del caldo, comieron las patatas guisadas. Era en la cocina, la gran cocina obscura del labrador, con la lumbre ardiendo allá, el armario en un rincón más allá, aquí la cantarera, allí la boca del horno, la artesa muy cerca, la mesa de la otra parte, donde la moza, y el ama también, repartían la comida, y encima, goteando, los palos de colgar los embutidos. A un lado, al pie de la puerta que salía al huerto, comían las aceituneras, alumbradas por un candil.

Junto a la lumbre, despatarrado, estaba el amo, regalándose y oyéndolos, y oyendo cómo hervía el puchero. Y para que no decayese la conversación, metió también su "cucharada", mientras, echando fuera al gato somnoliento, arreglaba con las tenazas un tizón:

—Yo bien sé quién se ha de casar con Lucía...

—¿Quién? ¿Quién? ¿Diga quién, señor Antonio? — dijeron en seguida a coro las aceituneras.

Pero él, desviando de conversación:

—¡Ana! ¡Mujer de mis pecados! ¿No me quitarás de encima de la lumbre esta maldita caldera?

—Pero, ¿quién, señor Antonio? Diga quién — insistieron las otras.

—Lo que es eso... Ana, mira que la carne está harta de cocer. ¡Quita de aquí la caldera!

—¿No va usted a decirlo, señor Antonio?

—¡No! Es secreto.

Y volviéndose hacia atrás:

—Si no quitas la caldera, ¡la quito yo!

—¡Pues no te apura poco la caldera! — dijo enfadada la señora Ana, cogiéndola por el asa y llevándosela de malos modos.

—Bueno. Ahora venga ese caldo, que yo también soy hijo de Dios.

—¡No! ¡No! Antes tiene que decir quién es el novio de Lucía — pedían todos los demás. — ¡Dígalo, señor Antonio! ¡Guardaremos secreto!

—¡Que habéis de guardar! ¡Ana! Pero, ¿viene ese caldo o no viene?

—¡Jesús! ¡El Santo Nombre de Jesús! — exclamaba apurada la señora Ana.

—... Porque, en fin, muchachos, hay cosas que son secreto — dijo, disculpándose, el labrador.

Y dando una palmada — ¡pum! — en el gordo lomo del gato, que venía, goloso, a husmear en el puchero de las cosas ricas:

—Sólo si Lucía deja...

Lucía, que lo comprendió, acudió conteniendo la risa, y levantando en el aire el tenedor de hierro, dijo, suplicante:

—¡No lo diga, señor Antonio! ¡Por las ánimas benditas, no lo diga! ¡Le ruego que no lo diga!

Fué un escándalo en la cocina, pidiéndole todos que lo dijese. Pero la voz fina de Lucía sobresalía más que todas:

—¡No lo diga, señor Antonio! ¡Ahora veré si me quiere!

—Ya lo veis... — dijo, para terminar, disculpándose el labrador.

Pero fingiendo después que se arrepentía, enmendó:

—¿Y qué me das si me callo?

—¡Miren qué interesado! ¡Yo sólo si le diese esta sortija!...

—¡Bueno! Pero, ¿de qué es esa sortija?

—De coral; ¿la quiere?

—¡No! ¡Sólo si me das un beso!

Fué una carcajada general.

—¡Lucía, anda a darle un beso! — dijo en seguida, llamándole tonto, la señora Ana. — ¡Mira que tonto!

—¡Pues entonces, mujer de juicio, dame el caldo! ¡No le da vergüenza tener a su marido muriéndose de hambre!

—...¡De hambre de besos, señor Antonio! — observó Lucía, riéndose.

—¡Ah, grande picarona! — dijo el labrador, reprendiéndola. — Pues ahora mismo, sólo por eso...

—¡Dígalo! ¡Dígalo! — clamaron en coro las aceituneras.

—... Pues sólo por eso — continuó el labrador, — ¡voy a soltar aquí con quién vas a casarte!

E irguiéndose un poco, con el caldo ya en una de las manos, y en la otra un cantero de pan de centeno, comenzó, vuelto hacia el rancho, pendiente de sus palabras:

—Lucía... — Y pisó sin querer el rabo del perro, empujándole con la punta del pie. — ¡Vete!

—Lucía... — repitieron todos.

—...¡Se casa con el porquero!

¡Fué una escandalera! Treinta voces gritaron al mismo tiempo:

—¡Te casas con el porquero! ¡Te casas con el porquero!

El porquero era uno muy feo, tartamudo y baldado, que estaba comiendo en un rincón del escaño.

Preguntáronle:

—¿Es verdad, Luis?

—Quién me "di...era" — respondió en seguida muy contento, soplando la cucharada humeante, el pobre Luis. Y se rió.

—¿Te gustaba, Luis? — preguntóle Antonio Valiente.

—¡Me "gus...taba!" — dijo el tartamudo.

—¡También a mí!

Entonces fué cuando Lucía, ya de pie para marcharse, en medio de algunos que se despedían — "¡Buenas noches, señor Antonio! ¡Muy buenas noches, señora Ana!" — dijo otra vez su "historia": que "mientras Dios le diese salud y fuerza en aquellos brazos...", acabando por sus recelos de que viniese al fin a darle vueltas en la cabeza algún feote, muy feote, "entavía más feote que Luis!"

—¡Mira que ya esta noche has dicho eso, Lucía! — le contestó riéndose Antonio Valiente, pasando la manga por su gran sombrero.

—¿Y qué tienes tú que ver en eso? — le preguntó ella, fingiéndose enfadada.

—¡Vaya si tengo! — repuso Antonio. — Es que no me importaba casarme contigo.

Y se marchó, acto continuo, derecho a la escalera:

—¡Que pasen buena noche! ¡Adiós, Lucía!

De esta vez no se rió Lucía, ni tampoco se le ocurrió el remoquete...

—¿Oyes? — dijo ella, sin saber lo que iba a decir.

—¿Qué? — respondió, ya desde el fondo de la escalera, la voz de Antonio Valiente.

—Nada... Era una cosa. Nada.

Pero el labrador, que había comprendido, volvióse a la señora Ana, y díjole así, con sorna:

—¿Sabes lo que te digo, mujer? Que me vayas ventilando la ropa buena, que voy a necesitarla para una boda...

Echándose el mantón a la cabeza, se fué corriendo por la escalera Lucía, sin decir palabra.

—¡Conque, buenas noches, muchacha! A ver si te caes...

—¡Ah, "no me caigo...!" — respondió de cierta manera.

—¡No es eso! ¡No vayas a caerte y me rompas la escalera! — explicó el labrador, alzando la voz y soltando una carcajada.

En fin, el caso es que antes de un año, en la misa mayor, el bueno del párroco decía así, al lavatorio, dándole un gran rayo de sol en la casulla blanca:

—"Según la forma del Sagrado Concilio Tridentino..."

Pausa.

—Mal saben ustedes quién va a casarse — parecían decir en el altar mayor, riéndose, los santos bonitos, llenos de flores.

Y el pueblo, escuchando, parecía preguntar:

—¿Quién será? ¿Quién será?

—"...Y por el favor de Dios y de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, quieren contraer el Santo Sacramento del Matrimonio que pretenden..."

Eran, ya se comprende, las amonestaciones de Antonio Valiente y de Lucía. El párroco dijo los nombres de los padres, de los abuelos, "todos de esta parroquia". Los santos se reían. "Todos de esta parroquia". En bajo, sonreían los del pueblo:

—¡Pues, casan bien! ¡Casan muy bien!

El párroco, lleno de sol, haciendo en lo alto del papel de las "amonestaciones" un pequeño corte para acordarse de que aquélla era la primera, terminaba lleno de sol, con la sagrada forma de rúbrica, mirando allá en lo alto a una golondrina que había también venido a misa:

—"Si alguien supiese de algún impedimento por el cual los contrayentes dejen de recibir el Santo Sacramento del Matrimonio que pretenden, lo descubran bajo pena de excomunión mayor, y bajo la misma pena maliciosamente no lo impidan".

¡Vaya, vaya! ¡Al contrario! No había impedimento de ninguna clase, y todos llevaban muy a bien en la parroquia el casamiento. Y desde el más viejo al más joven, estoy por decir que no hubo nadie que en los tres domingos de las "enhorabuenas" no se echase su buen "trago" y nadie, de los cuarenta para abajo, que en la boda no diese a la pierna — "¡trup-trup!" — en ese hermoso día de sol.

TRINIDADE COELHO

DIBUJO DE BESARES



CONFLICTO AGRARIO

Bigand. — El delegado de la Federación Agraria Argentina, señor Narciso Gnoatto.



Comisión seccional de Bigand y Alcorta, afiliados a la Federación Agraria Argentina, con el delegado señor Gnoatto.



Colonos arrendatarios del campo "La Adela" que se declararon en huelga y que son patrocinados por la Federación Agraria Argentina.



El colono Octavio Musetto explicando las causas del movimiento.



Teñirse el pelo, no deshonra.

EN nuestra época no conviene aparentar ser viejo. El porvenir es para los jóvenes, y sin embargo ¿cuántos jóvenes hay que son canosos?

Es muy fácil devolver al cabello y barba encanecidos su color primitivo. Para eso está el

AGUA SALLES

que desde hace 60 años se vende en Francia y más de cuarto siglo en la República Argentina. Los tintes que da el AGUA SALLES son naturales, a tal punto que es imposible notar que el cabello ha sido restaurado.

De fácil uso, económica, innocua, no ofrece inconvenientes si se emplea de acuerdo con las instrucciones que lleva el frasco.

NO CONTIENE SALES DE PLOMO NI PARAFENILENEDIAMINA.

Se vende en las Farmacias, Tiendas y Perfumerías.

POR MAYOR:

A. LOURTAU y Cía. - PARANA, 182. Bs. Aires - En Montevideo: SARANDI, 429

UN RESFRIADO MAL CUIDADO

es una puerta abierta

á todas las ENFERMEDADES de la GARGANTA, de los BRONQUIOS y de los PULMONES

! NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO !

PUEDE V. CUIDARLO

EN POCOS DIAS, Y A POCO COSTO

CON EL EMPLEO DE LAS

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

Pero, sobre todo, no emplee V. sino las

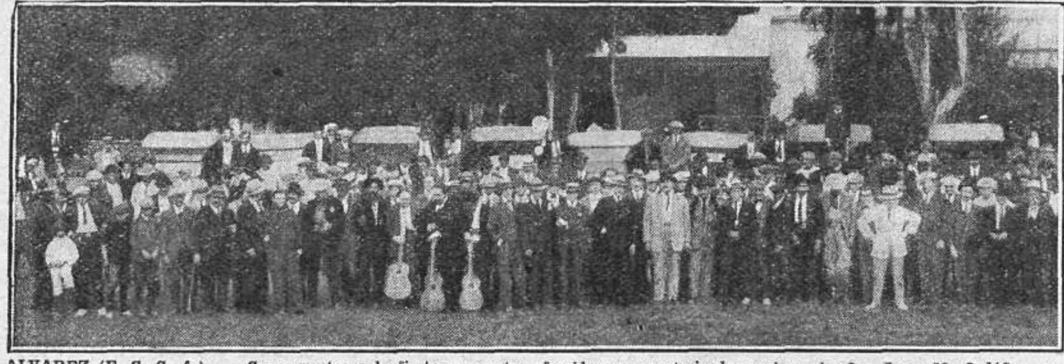
VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

las que se venden solo

EN CAJAS

con el nombre **VALDA** en la tapa y nunca de otra manera



ALVAREZ (F. C. C. A.). — Concurrentes a la fiesta campestre ofrecida por caracterizados vecinos al señor Juan M. Ordóñez con motivo de su reciente nombramiento de juez de paz en esta localidad.

LA NECESIDAD DE LA LECTURA

Pueblo que no lee es un pueblo destinado a perecer.

Fomentemos el amor por la lectura.

Llevemos el periódico y el libro al campo donde residen los hombres fuertes, que serán dueños de la nación y regirán sus destinos.

Esta es una obra encomendada a todos y a cada uno.

Nadie debe eximirse de colaborar en ella.

Los que leemos debemos de enseñar a leer; los que comemos el pan del alma — la lectura — debemos convidar a los que no lo han saboreado. La lectura facilitará a los rústicos el camino de la perfección intelectual, y estimulará a los labradores para concurrir a las escuelas.

Las escuelas son la madre de todos los países conquistadores.

Un pueblo sin escuelas será conquistado tarde o temprano.

El periódico y el libro nos impelerán a fundar escuelas.

El hecho observado es que cuando se preparan grandes acontecimientos humanos, cambios de frente del universo, todas las conciencias, todas las voluntades convergen hasta contraerse y convertirse en un cuerpo único, en una sola y exclusiva aspiración.

Sin darse cuenta de ello, partiendo de los distintos puntos, no teniendo al parecer nada de común entre sí, todos esos remordimientos, todas esas voluntades, se dan consciente cita para el porvenir. Hacia él se unen, suman su poder, reunen sus esfuerzos colosales para constituir un solo esfuerzo, gritan. ¡Ahora dan un empujón, cae el viejo mundo hecho pedazos y de entre los escombros, cubiertos aún por el polvo del derrumbamiento como el sol por las neblinas de la mañana, surge del viejo mundo la obra de todos, el porvenir hecho presente!

Poetas, artistas, hombres de ciencia: ¡adelante! Escribid, pensad, abríos camino!... Asistid a la cita. Allí estaremos todos y otra será la obra del porvenir.

Joaquín Dicenta.

—¿Somos o no somos amigos? Si somos amigos no debes rehusarte a hacerme este favor y te quedaré eternamente agradecido.

—¡Ah!... Ese eternamente agradecido ¡cómo sabe a epígrafe de cementerio! Bueno; te diré: para uno que ha resuelto irse al otro mundo, digo, al Viejo Mundo, está en carácter...

—No empieces...

—Al contrario: termino. Está bien... Haré lo que quieras en la seguridad de que una vez que llegues a destino ni te acordarás de enviarme una tarjeta, una vista de las ciudades que vas a recorrer...

—¿Por qué hablas así? ¿Acaso me he olvidado de ti alguna vez?

—Cuando me has necesitado, nunca... ¿Cierto, señora?

Y la señora de mi amigo se sonrió, como para decirme que tenía razón, pero sin atreverse a confirmarlo con palabras.

Pues Rudesindo López, a quien estoy vinculado por estrecha amistad desde hace tres lustros por lo menos, ha resuelto regalarse con un viajecito a Europa y, naturalmente, llevar consigo a la familia, que por suerte es bastante limitada. De Europa no conoce nada absolutamente, y sólo sabe de ella que el viaje es muy largo; que a bordo, mientras el buque atraviesa el Golfo de Santa Catalina y el Golfo de Lyon, los pasajeros generalmente se entregan a confidencias muy íntimas con las olas... les dan todo lo que llevan adentro y... sufren.

LO QUE VA DE LA SEMANA

¡Muy bien... por comedido!...

Sabe que el cambio es muy favorable, así que, sin ser un Creso, es posible, con el dinero de acá, llevar una vida acomodada sin... llevar sumas muy crecidas, y su ensueño es París.

Esto no quita que Rudesindo manifieste ardiente deseo de visitar Italia también: Venecia, Roma, Florencia, Nápoles le llaman la atención, y últimamente, para no hacer un papelón demasiado pobre cuando tenga que terciar con otros pasajeros, ha empezado a dar un vistazo a la historia de Roma.

No ve el momento de admirar Castel Sant'Angelo, donde mataron a balazos al Cavaradossi de la «Tosca»; las Termas de Caracaya (como dice él), que, por lo que ha podido comprender, serían el Cacheuta de aquellos tiempos; el acueducto de Claudio, que corresponde a las obras de salubridad de Palermo, pero de otro estilo, y especialmente el Vaticano...

—¡El Vaticano debe ser imponente!... Pero aquello de los once mil salones me parece exagerado...

—Sin embargo...

—¡Solamente el servicio de los barrenderos!... ¿Te das cuenta? Me parece que hay que rebajar algo...

—Bueno: verás...

El favor que me pidió Rudesindo consistía en hacerle todos los trámites necesarios para salir del país sin tropiezos y, como más práctico en viajes, elegirle la compañía de navegación, el camarote, conseguir todas las posibles rebajas... sacar los pasaportes, visarlos... y darle una manita para arreglar el equipaje.

Todo un señor favor que, a pagarlo en efectivo, Rudesindo correría el peligro de ver diezmados los recursos destinados a su jira, de manera tal que al llegar a Génova tendría que optar por la vuelta inmediata en el mismo barco.

El mal ejemplo cunde, y mi amigo López me hizo comprender que vería con agrado un almuerzo, un banquete de despedida.

—¿Sabes?... No es que a mí me importe mayormente... Ya sé que son todas pavaditas sin importancia, pero es más para dar un consuelo a la vieja... Llevaríamos a Europa unos cuantos ejemplares de los diarios que hablen del banquete y es siempre mejor darse corte... Han banqueteado a Fulano, a Zutano; me parece que por lo menos yo no hice nada para no merecerlo exactamente como ellos...

—Eso sí que... Hay que dirigirse a otra empresa para estas cosas...

—Pero como tienes tantas relaciones...

—No me hagas reír... Hoy día todo el mundo va y viene de Buenos Aires a Génova y viceversa lo mismo que si tomara el rápido del Rosario... No te pases, porque después vas a arrepentirte... Esto de los banquetes es un tome y traiga... Para que te banqueteen es preciso no rehusarse nunca, cuando otros vienen a pedirte que tomes parte en fiestas análogas... Y te va a costar un dineral... Parece nada, pero estas cuotas pesan en los presupuestos reducidos...

—Digo... si te viene bien...

—¡Te digo que me viene mal!... Encarga a otro de esta tarea y, si te sobra dinero, regala las tarjetas de entrada... Tal vez el banquete en tu honor resulte concurrido...

Me puse en campaña para elegir la compañía de navegación. Las recorrí todas...

—El mínimum... 300 pesos, con aumento del 10 %, por encontrarnos en la época de mayor movimiento de pasajeros... Y apurarse porque no hay camarotes disponibles... Casi todos están reservados para el otro viaje...

—¿Ya?

—¡Hubiera muchos camarotes disponibles!...

Comuniqué el resultado de mis investigaciones a Rudesindo:

—Te conviene el barco Tal... No tiene primera clase... Es clase única...

—¡Cómo! ¿Clase única?... ¿Voy a verme mezclado con los de tercera?

—¡Hombre!... Ninguna mezcla... Hay tercera y clase única... Es decir, ni primera, ni segunda; un algo intermedio... un poquito menos lujosa que la primera. Total: ustedes son tres personas: 900 pesos... Con el aumento del 10 % resultan unos 1.000 pesitos...

—Relativamente barato... Creí que costaba más...

—Pero pesos oro sellado...

—Eso es otro cantar... ¿Entonces?

—Dos mil doscientos veinte y siete pesos moneda nacional de curso legal...

Rudesindo se rascó la cabeza...

—¡Mirá, che!... Te voy a ser franco... Mis ahorros llegan a unos tres mil pesos... Unos cinco mil, más o menos, puedo juntarlos vendiendo los muebles y arreglándome con unas entraditas más que tengo y que me haré pagar anticipado, perdiendo algo... Así que...

—Entonces... entonces... estamos del otro lado...

—¿Te parece?

—¡Claro!...

—Es que debo todavía como unos 970 nacionales a los bancos... Será mejor renovar con vencimiento a seis meses, para darme tiempo de volver...

—Lo mejor me parece pagar... Nunca se sabe lo que puede pasar y...

—Pero entre viaje y bancos se me va una fortuna...

—Te quedan 4.000 y pico de pesos... Al cambio son algo... Con tal que no te llame mucho la atención París... El franco no es la lira...

DE MI DIARIO

Por el doctor A. VACCARI

—Entonces puedes sacarme el pasaje para los tres...

—Un momento... ¿Y los pasaportes?... Mañana podrías venir conmigo a la policía, Departamento identificaciones... Conozco a unos empleados... Haremos pronto...

—¿Es necesario que vengan personalmente mi mujer y mi hija?

—Naturalmente...

—¿Y le van a ensuciar los dedos con la tinta esa?

—¡Qué hay!... Hay tinta, pero también hay agua y jabón, piedra pómez, lo que se necesita...

Al día siguiente remolqué toda la familia López al Departamento y presenté la «troupe» a la oficina de la calle Moreno.

Las damas fruncieron la nariz al contacto de tantos ciudadanos mal olientes formados delante de las piezas donde una falange de empleados llenaba montones de hojas de papel. Un agente de servicio se acercó:

—¿Los señores?

—Sección pasaportes...

—¿Para las señoras? Arriba... Departamento central...

—Muchísimas gracias...

Los ascensores del Departamento central estaban descompuestos, así que a patitas tuvimos que ejecutar la ascensión del Calvario hasta el último piso. La señora de López es una señora de peso pesado y creí que se me iba a desmayar al iniciar la segunda escalera. Cuando Dios quiso llegamos.

—¿Pasaportes?

Creí mi deber asesorar a las mujeres y funcioné de ayudante de campo colocándome al lado de ellas. Los datos de doña Anastasia fueron consagrados muy rápidamente en el formulario que queda en los archivos policiales, pero cuando llegamos a Clelia, la hijita bastante agraciada de Rudesindo, la tarea fué mucho más larga... El empleado no terminaba nunca de llenar hoja sobre hoja, se equivocaba, se ponía nervioso...

—¿Su edad, señorita?

—¡Diez y ocho años!...

—La edad más linda... ¿Porteña?

—Porteña...

—Ni valía la pena de preguntarlo... Se ve no más por la hermosura... Míreme, señorita, ¿quiere? Así... ¡Qué mirada!... Ojos castaños... ¿A ver su cabello? Cabello castaño obscuro... ¿Qué hace usted?... Firme, ¿quiere?

Y mientras le indicaba el punto exacto en que debía firmar, las manos del escribiente se ponían en contacto con los brazos desnudos de la chica.

Basta. Eso también pasó. Ahora a tomar las impresiones digitales...

Doña Anastasia sentía una repulsión muy grande a mancharse los dedos, pero tuvo que cumplir con las prescripciones policiales. Me apuré a repetirle que no se preocupara, que esas manchas se quitaban...

—Pero a una mujer deberían ahorrarle esto... ¿Los diez dedos también? Pensaba que solamente el pulgar.

—Pase a lavarse, señora, y quítese el sombrero para medir el alto...

La invitación a quitarse el sombrero fué la que impresionó mayormente a doña Anastasia, que, sin pensar en los dedos manchados de tinta, llevó las manos arriba, dejando sus impresiones en la seda gris que forraba por afuera su cubre cabeza.

Yo, el empleado, el marido y Clelia, los cuatro a un tiempo, emitimos un grito de horror:

—¡Cuidado!...

Pero la impresión ya estaba.

Atraídos por nuestros ayes, acudieron presurosos diez o doce oficinistas, un subcomisario, dos oficiales de la sección seguridad personal y tres de orden social y robos y hurtos.

—No es nada... La señora que se ha manchado el sombrero.

El jefe de Identificaciones con mucha calma recordó al que saca las impresiones que la estatura de las mujeres hay que tomarla antes, precisamente para no dar lugar a estos percances...

Basta. Todo terminó en un automóvil, que nos llevó a domicilio a todo lo que daba, porque la señora no quiso someter el sombrero al tratamiento de aguarrás que se le quería proporcionar para limpiarlo.

Rudesindo andaba de muy mal humor. Estos pequeños contratiempos tenían el poder de echar mucha agua sobre los ardores del viaje a Europa.

Me preguntó a quemarropa:

—¿Y no te dieron los pasaportes?

—Hay que venir a buscarlos dentro de unos días... ¿Cómo quieres que te puedan entregar los pasaportes si todavía deben revelar las fotografías, hacer la copia y pegarla sobre la libretita?...

—¡Ah!

—Y no termina ahí la cosa... Después habrá que ir al Ministerio del Interior, que debe legalizar la firma del jefe de Policía; luego al de Relaciones Exteriores, que legalizará la del ministro del Interior, y por fin al consulado de Italia, que legalizará la del ministro de Relaciones Exteriores. A propósito... No vendría mal que me dieras dinero...

Rudesindo se encontraba en un estado de espíritu lamentable... En ese momento veía la vida como un inmenso campo donde unos malvados han echado filosos cuchillos al suelo, alambres de púa en todas partes, excavando zanjas profundas para que se rompa la crisma el primero que pase descuidado, y no estaba dispuesto a poner mano a la cartera:

—Decime, vos; despacio con eso de darte dinero... El dinero puedo pagarlo yo mismo cuando sea el momento... ¡Dame dinero, dame dinero!...

Ni doña Anastasia, que de costumbre sabe ponerse de mi lado cuando ese hipopótamo de marido suelta alguna incorrección, tuvo una mirada que me confortara, una mirada que quisiera decir:

—Déjelo hablar... ¡No sabe lo que dice el pobre!

Preocupada de su sombrero gris movía los labios pálidos de furor, murmurando sabe Dios qué jaculatorias.

Pero yo reflexioné que perder el tiempo, cansarme yendo al trote de un lado y otro, para ser sospechado de aprovecharme del dinero ajeno, excedía todos los límites, y que en mi país eso equivalía a pasar por tonto.

Dije al «chauffeur» que parara, que ahí mismo bajaría yo.

—¡Cómo! ¿Te vas?

—¿Se va?

—¡Me voy!... Y en cuanto a ustedes, me harán el favor de irse también... un poquito más lejos que a Europa... Hay un país más allá que les viene de perilla. Allá no más se van y... ¡se quedan!...

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!





Piense

sólo dos minutos, en el valor que tiene y en la renta que produce, el premio de la gran Rifa que realiza la Conferencia de Señoras de San Vicente de Paúl de la Iglesia del Salvador, teniendo también muy en cuenta, que ella se hace con el fin de obtener fondos para una gran obra pro mejoramiento de las condiciones de vida de sus semejantes, (construcción de casas baratas); y llegará a la conclusión de que nunca jamás se ha efectuado una rifa que tenga como finalidad un propósito tan elevado, ni que otorgue un premio tan valioso como la propiedad CORRIENTES 1671 y 1675, ubicada en el paraje más céntrico de la capital federal, y que produce de renta muchos miles de pesos anuales.

AL ALCANCE DE TODOS está el poder obtener ese valioso premio, al par que cooperar a la gran obra de solidaridad humana que significa el proporcionar a personas de escasos recursos, la vivienda sana y barata; pues el precio del número ha sido fijado en la modesta cantidad de **$ 2.**

FALTAN POCOS DIAS PARA EL SORTEO, pues éste se realizará el 19 del corriente, en la casa Vaccaro, Avenida de Mayo 638, ante el escribano señor Pedro Oxoby, en acto público.

Los números se pueden adquirir en las principales agencias y solicitarse por correo a: Vaccaro, Avenida de Mayo, 638; R. di Paola, Florida, 651; J. A. Marinelli y Hnos., Bmé. Mitre, 3002, y a la Presidenta de la Conferencia, Oficina de la Rifa, Tacuarí 239, Buenos Aires. A los pedidos del interior agréguense $ 0.30 para gastos de envío.





TRANCAS, F. C. C. N. A. — El gobernador, señor Octaviano Vera, con la comitiva oficial que lo acompañó durante su visita a esta ciudad para asistir a la tradicional fiesta de San Francisco Solano.



Piperazine MIDY

el mejor disolvente del

Acido Urico

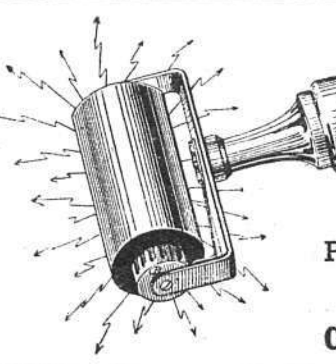
Es el tratamiento clásico del Artritismo en todas sus manifestaciones.

Reumatismo - Gota aguda y crónica - Arenillas - Uricemia - Litiasis Renal y Vesical.

La **Piperazine MIDY** se vende en todas las Farmacias.

LABORATORIOS MIDY - 4, rue du Colonel Moll - París.

Unicos Representantes para la República Argentina y Uruguay:
Caillon y Hamonet
Casilla correo 543 - Buenos Aires



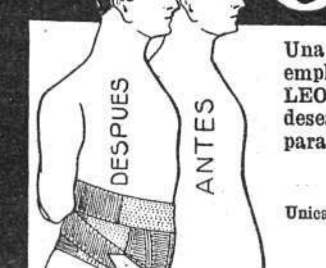
REUMATISMO

dolores en cualquier parte del cuerpo, ciática, lumbago, parálisis, etc. se curan con el **"ELECTRO-PULS"**.
Precio: $ **30.—** m/n, mandado libre de porte.

Folletos pidan gratis a:

Carlos Scheid, Carlos Pellegrini, 644. Bs. Aires

OBESIDAD



Una Faja mal confeccionada o defectuosa no es empleada con eficacia. Adopte Vd. el modelo LEONARD, en la seguridad de que obtendrá lo que desea con economía y bienestar. Sección especial para Señoras. Atendemos con urgencia pedidos de campaña.

SOLICITE FOLLETOS GRATIS

Unica casa que vende las fajas LEONARD, marca registrada.

NO TIENE SUCURSALES.

"LEONARD" - Buenos Aires

MARCA REGISTRADA **"LEONARD" 577 ESMERALDA 577**

DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

¡Para entenderlo a Einstein!

La teoría de la relatividad emitida por Einstein cambia tanto las ideas generales que han servido de base a todos nuestros estudios que es generalmente muy difícil comprenderlo todo.

Pasa con ello lo mismo que suele pasar con los idiomas extranjeros; muchas personas se expresan casi corrientemente en un idioma que no es el nativo a pesar de no comprender el significado de muchas palabras o modismos.

La teoría de Einstein se ha ido elaborando poco a poco en la mente de muchos sabios y con la suma de los conocimientos adquiridos y deducidos Einstein ha tenido el indiscutible mérito de levantar un nuevo edificio de aún no soñada arquitectura.

Eso no quiere decir que las ciencias exactas dejen de ser exactas. Lo serán siempre y la línea recta será siempre una línea recta, aunque irrealizable en la práctica, como tampoco lo es el punto matemático o la superficie sin espesor.

Lo que resulta inexacto es el modo con el que hasta ahora se han aplicado a la realidad esas ciencias exactas.

El mérito de Einstein consiste precisamente en que su teoría no se base en cálculos y ecuaciones más o menos complicadas a las que se quieran someter los hechos.

Por el contrario, ha pensado que si un hecho sucedía no podía ser sobrenatural, tenía que ser natural, y que por, consiguiente, en lugar de negarlo o ponerlo en duda, debía buscársele la explicación más racional.

En el movimiento de los planetas alrededor del sol, en las medidas de la velocidad de la luz y en otras cosas análogas los hechos denunciaban diferencias que el cálculo no podía explicar.

La teoría de Einstein, bien aplicada, permite no solamente explicar nuevamente todo lo ya explicado sino que permite dar una explicación para casi todas las anomalías observadas, las que, por lo tanto, dejan de ser anomalías y pasan a ser cosas lógicas y naturales.

La teoría de la relatividad se basa precisamente en los hechos observados y en la aplicación del principio de que nuestros sentidos nos engañan constantemente en lo relativo a la realidad de nuestras sensaciones.

Diariamente percibimos cosas que no existen o que son distintas a lo que percibimos.

No perdamos el tiempo en querer explicar más o menos satisfactoriamente esa aserción. Vamos a citar algunos hechos materiales que todos podemos comprobar.

—

Supongamos, un día sin viento, una locomotora parada ante la señal de entrada de una estación cuyo maquinista hace funcionar el silbato pidiendo entrada, y que ese silbato emite solamente la nota *do*. Tanto el maquinista como todos los que están en la estación, perciben todos el mismo sonido *do*, estén cerca o lejos. No hay duda alguna a ese respecto.

Ahora bien; se le da entrada, se baja la señal del semáforo y ese tren, que es un tren rápido que no debía parar en la estación, pasa velozmente mientras su silbato emite siempre el mismo sonido *do*.

Desde que no ha cambiado el silbato, es natural que así sea, y sin embargo sólo los que van en el tren lo oyen así invariable.

No pasa lo mismo con las personas que están estacionadas en el andén. Con verdadera sorpresa de todos los que tienen oído musical, mientras el tren se acerca velozmente oyen un silbato más agudo que el emitido, oyen un *re*, por ejemplo, si la velocidad es suficiente. Mientras el que oye esa cosa inesperada trata de explicársela pasa rápida la locomotora y el oyente atónito se apercibe que el silbato se hace instantáneamente más grave: en vez de emitir un *re* o un *do*, él oye ahora un *si*.

Todo esto no son suposiciones, son hechos reales que cualquier persona puede comprobar todos los días.

El maquinista no ha hecho funcionar más que un solo silbato, el que no ha emitido más que un solo sonido siempre *do* y él lo ha escuchado siempre *do*. Y, sin embargo, según la velocidad del tren y la situación de las personas, adelante o detrás de la locomotora, éstas han percibido otro sonido, no emitido por el silbato. Y las personas situadas a 100 metros a un costado de la vía han notado también una variación de sonido, aunque no tan grande.

Ahora bien, dejando para otra ocasión la explicación más o menos sencilla o complicada del fenómeno que es natural y de fácil comprobación por todo el que quiera darse el trabajo de ir a o ver y oir pasar un tren expreso, nos preguntamos: ¿De todos esos sonidos, cuál es el verdadero?

Lo primero que se intenta contestar es que es el que oye el maquinista, el *do*.

¿Entonces los sonidos que oyen los demás, más graves y más bajos, no existen?

Existen y no existen, según el valor que se le quiera dar a las palabras. Lo real es que el sonido que oímos varía con la velocidad, depende de ella, no es una cosa real, es simplemente relativa.

Si las vibraciones nos llegan tal cual han sido emitidas las oímos de un modo, y si la velocidad del tren las modifica las oiremos de otro modo que será también real para nosotros.

Estamos seguros que muchas personas pondrán en duda esta afirmación, puesto que les perturba su arraigada creencia, pero creemos también que, si son curiosas y de buena fe, se irán a una estación a darse cuenta del fenómeno y ya no lo negarán, aún si no lo comprenden bien.

Así es la teoría de Einstein:

no debe discutírsela a fuerza de sofismas sino mediante la observación de hechos y fenómenos.

Como conclusión debe admitirse que realmente el sonido no existe aunque lo oigamos.

Lo que el silbato de la locomotora nos envía no es el sonido: es una serie de vibraciones más o menos frecuentes. Cuando la máquina se nos acerca rápidamente recibimos con más frecuencia esas vibraciones produciendo en nuestro oído un sonido más agudo, y viceversa cuando la locomotora se aleja.

Realmente no existe el sonido en la acepción vulgar de esa palabra. Lo que hay es una serie de vibraciones que al llegar a nuestro oído originan en nuestro aparato auditivo una impresión que llamamos ruido o sonido. Existe en nosotros. No existe para un sordo.

Con razonamientos análogos llegaríamos así a la conclusión que la luz, la materia, el tiempo y el espacio no existen, pero esto en la concepción vulgar y antigua de la palabra a la que hoy se le da otra acepción y otro significado.

Siempre transcurrirá un cierto tiempo entre dos acontecimientos, siempre habrá una distancia entre dos objetos, pero debe admitirse que no son absolutos, sino variables según sean nuestros medios de medirlos y la velocidad de que están animados los objetos que nos rodean.

Supongámonos absolutamente solos en el espacio, sin luz, sin astros ni nada, ni aun el ritmo de nuestro corazón ni el de nuestra respiración.

No podremos tener noción, ni aun vaga, de si estamos inmóviles o en movimiento; ya no tenemos algo a qué referirnos.

¿Tendríamos noción del tiempo que permanecemos en tal situación?

No. No tendríamos ninguna noción del tiempo, ni del espacio ni del movimiento.

Pero en cuanto apareciese cualquier punto al que pudiésemos referirnos, la cosa cambiaría.

Eso quiere decir que para nosotros y para toda la concepción del universo no existen ni el tiempo ni el espacio, sino como cosa relativa y no absoluta.

Lo que admitimos es una nada infinita dentro de la cual caben el tiempo y el espacio que nos crean nuestros sentidos y los cuerpos que nos rodean.

Es un cambio del valor de las palabras si se quiere. Cabe aquí mucha meditación.

Sin comprender bien esto, no se puede abordar la teoría de la relatividad, tema demasiado vasto para tratarlo en estas líneas.



Sastrería de Lujo.

(LA MAS GRANDE EN SUD AMERICA)

Los trajes y sobretodos de M. ALVAREZ son la última palabra en elegancia por sus perfectas líneas, por su no igualada calidad, por su notorio estilo, por su originalidad, por su esmerada terminación y por su acomodado precio.

***

Vestir trajes y sobretodos de M. ALVAREZ es contribuir al realzamiento de su propia personalidad y confirmar su prestigio de hombre de gustos distinguidos.

***

Trajes de medida en casimir inglés $ 110

***

Enviamos al interior catálogos y muestras; al pedir estas últimas sírvase indicar el color y precio del traje que se quiera encargar.



NO TENEMOS **SUCURSAL**

(MARCA REGISTRADA)



El espíritu del mal

QUÉ es el espíritu del mal? No se sabe. Pero dicen que hay personas animadas por el espíritu del mal.

Un día del invierno pasado, al llegar a una esquina, se cruzó conmigo un transeunte que venía de la calle lateral. Tuve la súbita impresión de que era una cara conocida. Me volví. El había hecho lo mismo.

— ¿No es usted Fulano? — me preguntó, llamándome por mi nombre, y con la mano a medio tender.

— ¡Y tú, Latorre! — exclamé yo.

Latorre era un antiguo compañero de colegio a quien no había visto desde cuando teníamos doce o trece años. Nos dimos un abrazo con palmadas en el hombro, y fuimos a festejar el encuentro en un bar.

Recordamos a muchos compañeros comunes.

— ¿Y de Roberto el Diablo, te acuerdas? — me preguntó.

— ¡Hombre, es verdad! ¿Y qué se ha hecho? ¡Mira qué era malo!

— ¡Vaya si era malo! Una vez me puso en el asiento un cortaplumas abierto, con la hoja parada. Al sentarme, me lo clavé... en las nalgas.

Era verdad. Y de esas hazañas tenía muchas Roberto el Diablo. Sus víctimas tan pronto eran los animales como la gente. En un ardiente día de verano le volcó el agua a una canaria con cría que había en los fondos del colegio, y puso la jaula al sol; yo encontré a los pichones muertos, y a la canaria dando las últimas boqueadas. Por eso le llamábamos Roberto el Diablo. Su verdadero nombre era Roberto Morales.

— ¿Y qué fué de él? — le pregunté a Latorre refiriéndome a Morales.—¿Has sabido algo?

Latorre me había dicho ya que él era ahora oficial de policía en el Rosario. Me respondió:

— Tendría mucho que decirte. En resumen, se pegó un tiro en la cabeza. Yo mismo intervine en el sumario.

— Luego, ¿el suicidio fué en el Rosario?

— Sí, él vivía allá. Yo lo encontré varias veces. Se entregaba a todo género de especulaciones, y llevaba una vida disipada. Era empresario de alquileres, y no se tiene noticia de ningún hombre más desalmado que él con los inquilinos. A un confitero le subió de tal modo el alquiler que le obligó a venderle el establecimiento por una bicoca, y lo dejó en la calle. Después que él se quedó con la confitería hubo varios intoxicados con las masas; huevos en estado de putrefacción, colorantes nocivos: parece que todo entraba en las masas que despachaba.

— ¿Y cómo fué lo del suicidio?

— Pues verás... Un día, al anochecer, llega al domicilio particular de Roberto Morales un cadete de sastrería que le llevaba un traje. Morales estaba en casa. Hacen pasar al cadete a su despacho. Al rato, ¡pim, pam, pum!, tres tiros. Van a ver, y encuentran al muchacho de bruces en el suelo, con dos tiros en la espalda, y a Morales muerto de un balazo en la cabeza, y un revólver caído a su lado. El chico vivía aun, y lo condujimos al hospital.

— Me preguntarás — prosiguió Latorre — la explicación del atentado contra el chico y del suicidio de Morales. No sabíamos como explicárnoslo. ¡Si hubiese sido simplemente el suicidio!... Pero lo del chico no lo entendíamos. Interrogamos a los padres, al dueño de la sastrería, a la servidumbre de Morales.

— ¿Y Morales era soltero? — le pregunté a Latorre.

— Era casado, pero estaba separado de su mujer, y su casa era teatro de escenas poco edificantes.



— Al fin, ya sé lo que es...
— ¡Me olvidé echar nafta en el depósito!



La madre (a la niña que ha dicho una mentira). — ¿No sabes qué la abuelita me lo cuenta todo?
— ¡Sí, mamita; es una vieja chismosa!

Pero verás... Interrogamos, como te digo, a los padres del chico, etcétera. Los padres del chico nos dijeron que no conocían a Morales; los sirvientes de Morales, que no conocían al chico; el dueño de la sastrería, que había tomado al chico aquel mismo día...

— Y el chico ¿no podía declarar?

— Estuvo varios días entre la vida y la muerte, y no sé cómo se salvó. Por fin pudo declarar.

— ¿Y qué dijo?

— Verás. ¿Conocía a Morales? No, señor. ¿No sospechaba por qué había querido matarle? No, señor; era la primera vez que lo veía. ¿Cómo había ocurrido el hecho? Lo habían hecho pasar al despacho de Morales; éste le mandó depositar sobre un sofá el traje que llevaba y le firmó la boleta, y lo despachó; y al dirigirse a la puerta recibió los tiros por la espalda. Y nada más, sino que estaba bien seguro de haberlos recibido sin motivo.

— ¿Sin tener ningún altercado con Morales, sin haberse insolentado con él?

— *Nos juró que no.*

— ¡Pues, señor!...

— La justicia y la prensa supusieron que Morales había procedido en un arrebato de locura.

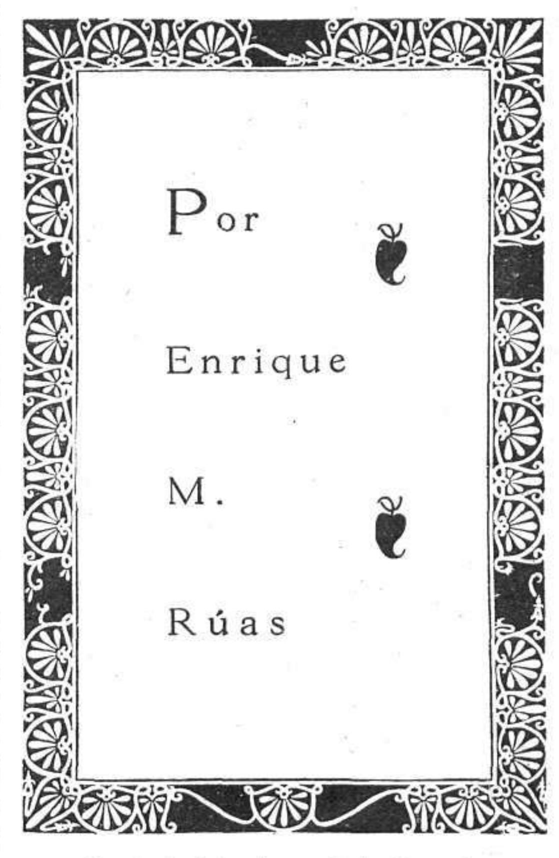
— ¿Y si no, cómo se explicaría?

— Pero es que, evidentemente, Morales tenía premeditado su suicidio. No dejó ninguna carta, pero en una agenda que había sobre su escritorio decía, en el día de la fecha de su muerte: «Finis». Y yo creo que Morales se iba a suicidar en el momento en que llegó el cadete de la sastrería. Sin duda ya había empuñado el revólver. ¿Qué dirías tu si en el momento de ir a pegarte un tiro te viniesen a anunciar que allí está el chico de la sastrería que te trae un traje nuevo? Tendrías para reirte, y seguramente aquel chico te salvaba la vida. Pero yo me acordé del compañero de colegio que me había hecho sentar sobre la hoja de un cortaplumas y que había hecho secar vivos a los canarios, al rayo del sol, en un ardiente día de verano. Morales pensó: «Ya que voy a suicidarme, puedo cometer impunemente un crimen». Y por pura maldad hizo fuego sobre el muchacho. Hubieras sido tú el cadete, tú te recibes los tiros.

La explicación de Latorre no me pareció inverosímil.

— Pero ¿por qué se suicidaría Morales? — le pregunté.

— El ganaba mucho dinero, pero vivía entregado al juego y a la crápula, y esto lo arrastró muy lejos. Había abusado del crédito, y el derrumbamiento era inevitable, y ya lo tenía encima. ¡No te imaginas cómo cayó en los bancos la noticia de su muerte!



— Pero todavía no he acabado de contarte — prosiguió Latorre. — ¿Recuerdas que Morales tenía un tío rico, avaro y misántropo, que vivía solitariamente en un quinto piso de una casa suya de la Avenida de Mayo?

— Me lo recuerdas tu ahora. Morales solía decir que cuando su tío muriese él sería rico. En verdad, un tío avaro y misántropo puede ser la explicación de un sobrino perverso. Taras de familia.

— No lo sé; lo que iba a decirte es que el tío murió al día siguiente del suicidio del sobrino. ¡Y Morales era el único heredero! Por eso te preguntaba qué dirías tú si en el momento de ir a pegarte un tiro te viniesen a anunciar que allí está el chico de la sastrería que te trae un traje nuevo. Si Morales hubiera sido otro carácter, la llegada del chico le salva la vida. Pero estaba animado por el espíritu del mal.



El cliente. — ¿Qué ve usted en esa bola?
La adivinadora. — Que mis honorarios son diez pesos, y aquí veo, que usted sólo tiene dos pesos y medio.



— Hombre, ¡qué le están a usted insultando!
El boxeador. — No haga caso. Yo sólo peleo cuando se me paga bien.

Banquete ofrecido por el personal del Banco de la Nación Argentina de ésta a su ex gerente señor Carlos G. Kenny, con motivo de su traslado a la casa central de dicha institución.



Comisión directiva del comité Pro Defensa del Magisterio, en el palco escénico del Teatro Club Social, durante el mitin.

Público que asistió a la importante reunión celebrada por el magisterio puntano como acto de solidaridad y protesta contra el decreto del Consejo de Educación separando de sus puestos a gran número de maestros de las escuelas provinciales.

SERRANO.

Si Vd. está resfríado tome sin pérdida de tiempo el

PECTORAL DEL PARAGUAY

preparado según la fórmula del Dr. Vicente Estigarribia, del Paraguay, y muy popular en este país. Toda persona previsora debe tener en su casa un frasco de este jarabe, que usará desde los primeros síntomas, por leves que sean, de una afección cualquiera de los órganos respiratorios.

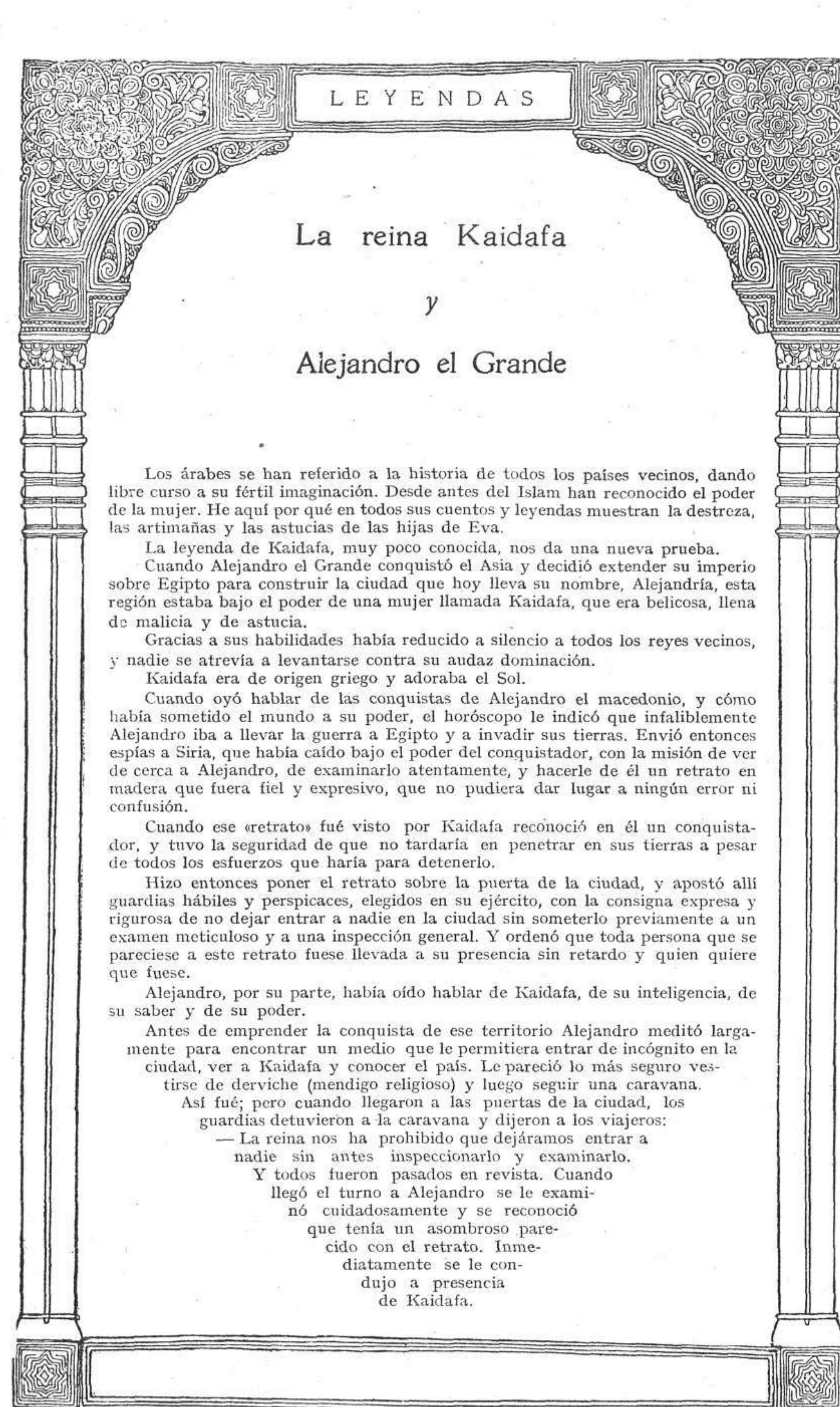
En venta:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

Defensa 215,

sus secciones y en las buenas farmacias.





La reina Kaidafa

y

Alejandro el Grande

Los árabes se han referido a la historia de todos los países vecinos, dando libre curso a su fértil imaginación. Desde antes del Islam han reconocido el poder de la mujer. He aquí por qué en todos sus cuentos y leyendas muestran la destreza, las artimañas y las astucias de las hijas de Eva.

La leyenda de Kaidafa, muy poco conocida, nos da una nueva prueba.

Cuando Alejandro el Grande conquistó el Asia y decidió extender su imperio sobre Egipto para construir la ciudad que hoy lleva su nombre, Alejandría, esta región estaba bajo el poder de una mujer llamada Kaidafa, que era belicosa, llena de malicia y de astucia.

Gracias a sus habilidades había reducido a silencio a todos los reyes vecinos, y nadie se atrevía a levantarse contra su audaz dominación.

Kaidafa era de origen griego y adoraba el Sol.

Cuando oyó hablar de las conquistas de Alejandro el macedonio, y cómo había sometido el mundo a su poder, el horóscopo le indicó que infaliblemente Alejandro iba a llevar la guerra a Egipto y a invadir sus tierras. Envió entonces espías a Siria, que había caído bajo el poder del conquistador, con la misión de ver de cerca a Alejandro, de examinarlo atentamente, y hacerle de él un retrato en madera que fuera fiel y expresivo, que no pudiera dar lugar a ningún error ni confusión.

Cuando ese «retrato» fué visto por Kaidafa reconoció en él un conquistador, y tuvo la seguridad de que no tardaría en penetrar en sus tierras a pesar de todos los esfuerzos que haría para detenerlo.

Hizo entonces poner el retrato sobre la puerta de la ciudad, y apostó allí guardias hábiles y perspicaces, elegidos en su ejército, con la consigna expresa y rigurosa de no dejar entrar a nadie en la ciudad sin someterlo previamente a un examen meticuloso y a una inspección general. Y ordenó que toda persona que se pareciese a este retrato fuese llevada a su presencia sin retardo y quien quiere que fuese.

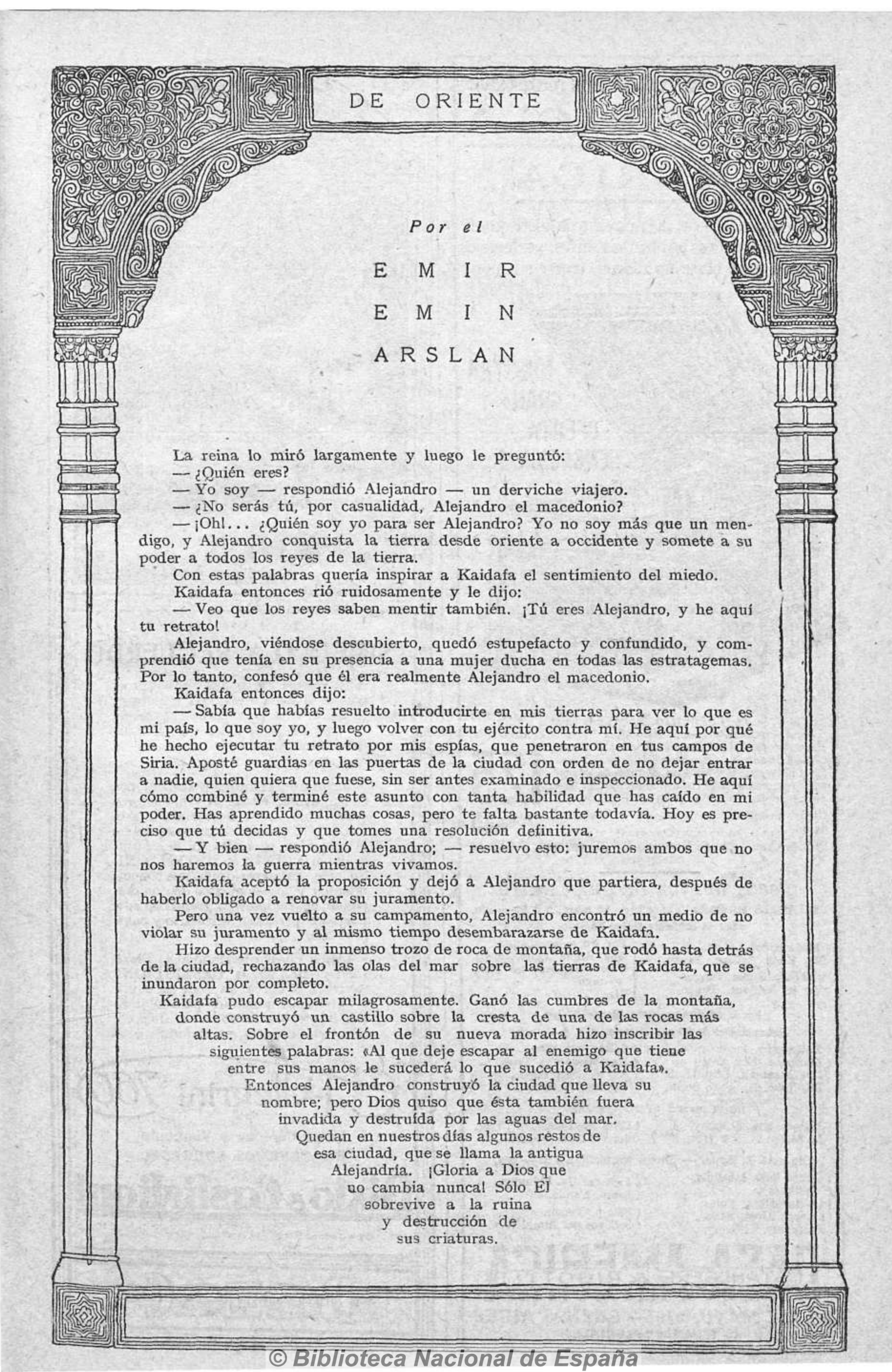
Alejandro, por su parte, había oído hablar de Kaidafa, de su inteligencia, de su saber y de su poder.

Antes de emprender la conquista de ese territorio Alejandro meditó largamente para encontrar un medio que le permitiera entrar de incógnito en la ciudad, ver a Kaidafa y conocer el país. Le pareció lo más seguro vestirse de derviche (mendigo religioso) y luego seguir una caravana.

Así fué; pero cuando llegaron a las puertas de la ciudad, los guardias detuvieron a la caravana y dijeron a los viajeros:

— La reina nos ha prohibido que dejáramos entrar a nadie sin antes inspeccionarlo y examinarlo.

Y todos fueron pasados en revista. Cuando llegó el turno a Alejandro se le examinó cuidadosamente y se reconoció que tenía un asombroso parecido con el retrato. Inmediatamente se le condujo a presencia de Kaidafa.



DE ORIENTE

Por el

EMIR EMIN ARSLAN

La reina lo miró largamente y luego le preguntó:

— ¿Quién eres?

— Yo soy — respondió Alejandro — un derviche viajero.

— ¿No serás tú, por casualidad, Alejandro el macedonio?

— ¡Oh!... ¿Quién soy yo para ser Alejandro? Yo no soy más que un mendigo, y Alejandro conquista la tierra desde oriente a occidente y somete a su poder a todos los reyes de la tierra.

Con estas palabras quería inspirar a Kaidafa el sentimiento del miedo.

Kaidafa entonces rió ruidosamente y le dijo:

— Veo que los reyes saben mentir también. ¡Tú eres Alejandro, y he aquí tu retrato!

Alejandro, viéndose descubierto, quedó estupefacto y confundido, y comprendió que tenía en su presencia a una mujer ducha en todas las estratagemas. Por lo tanto, confesó que él era realmente Alejandro el macedonio.

Kaidafa entonces dijo:

— Sabía que habías resuelto introducirte en mis tierras para ver lo que es mi país, lo que soy yo, y luego volver con tu ejército contra mí. He aquí por qué he hecho ejecutar tu retrato por mis espías, que penetraron en tus campos de Siria. Aposté guardias en las puertas de la ciudad con orden de no dejar entrar a nadie, quien quiera que fuese, sin ser antes examinado e inspeccionado. He aquí cómo combiné y terminé este asunto con tanta habilidad que has caído en mi poder. Has aprendido muchas cosas, pero te falta bastante todavía. Hoy es preciso que tú decidas y que tomes una resolución definitiva.

— Y bien — respondió Alejandro; — resuelvo esto: juremos ambos que no nos haremos la guerra mientras vivamos.

Kaidafa aceptó la proposición y dejó a Alejandro que partiera, después de haberlo obligado a renovar su juramento.

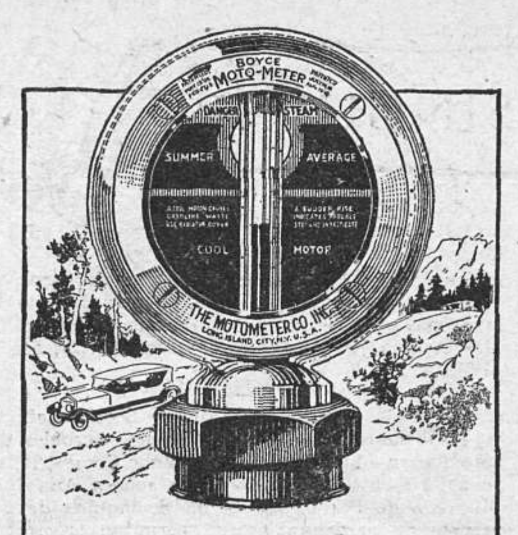
Pero una vez vuelto a su campamento, Alejandro encontró un medio de no violar su juramento y al mismo tiempo desembarazarse de Kaidafa.

Hizo desprender un inmenso trozo de roca de montaña, que rodó hasta detrás de la ciudad, rechazando las olas del mar sobre las tierras de Kaidafa, que se inundaron por completo.

Kaidafa pudo escapar milagrosamente. Ganó las cumbres de la montaña, donde construyó un castillo sobre la cresta de una de las rocas más altas. Sobre el frontón de su nueva morada hizo inscribir las siguientes palabras: «Al que deje escapar al enemigo que tiene entre sus manos le sucederá lo que sucedió a Kaidafa».

Entonces Alejandro construyó la ciudad que lleva su nombre; pero Dios quiso que ésta también fuera invadida y destruída por las aguas del mar.

Quedan en nuestros días algunos restos de esa ciudad, que se llama la antigua Alejandría. ¡Gloria a Dios que no cambia nunca! Sólo El sobrevive a la ruina y destrucción de sus criaturas.



En la Ciudad o en la Carretera —

UN Boyce Moto-Meter le indicará la temperatura de su motor en cualquier momento.

Un Boyce Moto-Meter le avisará, diez o quince minutos antes de que resulte cualquier daño-que necesita agua en el radiador, que tiene poco aceite o que la correa del ventilador está rota.

El calentamiento excesivo arruinará su motor. Los cojinetes y los cilindros quemados, las válvulas combadas, etc., son daños costosos Un Boyce Moto-Meter los evita.

Un motor demasiado frío desperdicia de 30 a 40% de combustible.

Las molestias peligrosas y costosas que causa un motor demasiado frío o demasiado caliente, se evitan usando un Boyce Moto-Meter.

Compre uno hoy mismo

THE MOTO-METER COMPANY, INC.
LONG ISLAND CITY, L. I., E. U. A.



¡PRECIOS NUNCA VISTOS!

ELISA

¡ULTIMA MODA!

PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte, a.......... **$ 5.—**

La misma de oro 18 kilates sellado, a........ **$ 17.—**

N.° 490. — **Platinados gran moda.** Precio de reclame..... $ **5.00**

N.° 491. — **Collar y medallón calado, galalit blanco,** $ **2.50**

N.° 489. — **Enchapado en oro y gancha plata,** a pesos....... **2.00**

N.° 452. — **Enchapado en oro 18 kilates y brillantes fantasía,** a.. $ **3.00**

N.° 453. — **Enchapado en oro 18 kilates, brillantes fantasía,** a..... $ **3.00**

N.° 136. — **Plata 900,** con iniciales grabadas o esmalte, a $ **5.00**

N.° 438. — **Enchapado en oro,** imitación ónix y camafeo blanco, a...... $ **1.50**

N.° 480. — **Hermosos aros,** platinón, piedra color verde claro o punzó. Precio increíble, el par **$ 5.—**

¡EXCEPCIONAL! Pulsera de moaré fino, con relojito enchapado en oro, máquina buena, varias formas, para señorita, a...... **$ 8.90**

La misma enchapada en oro 18 kilates, máquina muy fina, a..................... **$ 14.—**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



HISTORIA SINGULAR



REPÚBLICA DEL PERÚ
INTENDENCIA DE POLICÍA
DE LA CAPITAL

En Lima, a los veinticuatro días del mes de abril del año mil novecientos veintidós, siendo las tres y minutos de la tarde, se presentó ante el señor Oficial de guardia de la Oficina de Investigaciones Particulares una persona que dijo llamarse Ana Rosa Barreda de Pardo, peruana de nacionalidad, de estado viuda, de 32 años de edad, quien, en pleno ejercicio de sus facultades y con conocimiento de sus obligaciones civiles y leídas que le fueron las penalidades a que son acreedores los que incurren en falsedad, calumnia, ocultación, etc., manifestó el deseo de hacer una denuncia de carácter privado. Preguntada sobre su tenor, dijo: Que desde hace cerca de dos años vive en la casa de su propiedad de la calle Gremios, signada con el número 25 de la numeración antigua y 827 de la moderna. Que la única persona que la acompaña es un menor, llamado Carlos Montoya, de 8 años, encargado de la limpieza y demás servicios domésticos de la casa. Que antes ni después de fallecido su señor esposo, el Teniente Coronel del Ejército don Gumersindo Pardo, no ha mantenido relaciones ilícitas, ni de otra laya, con persona alguna, lo cual puede ser ratificado por vecinos y vecinas que la citan como dechado de virtudes. Que no obstante ello, desde hace cosa de seis meses se ve víctima de las asechanzas de un Don Juan, cuyas absurdas pretensiones la ponen, no ya sólo a riesgo de andar en lenguas, sino lo que es más grave todavía, en peligro de perder el juicio, dado el giro alarmante que el caso va tomando. Que por todo eso solicita el auxilio de la Policía. Con lo que terminó el acta, previa lectura y ratificación por parte de la interesada, quien firma al pie, para constancia, en presencia del señor Oficial. — ANA ROSA BARREDA DE PARDO.

———

Señor Comisario de la Primera Sección, etc.

Habiéndose apersonado ante esta Intendencia la señora Ana Rosa Barreda de Pardo formulando denuncia de las persecuciones de que es objeto por parte de un desconocido, y domiciliándose la denunciante dentro de los límites de su jurisdicción, sírvase tomar las diligencias que crea del caso para prestarle las garantías a que tienen derecho las personas que viven al amparo de nuestras leyes. — (Firmado): JOSÉ LUIS BENAVIDES, Intendente de Policía.

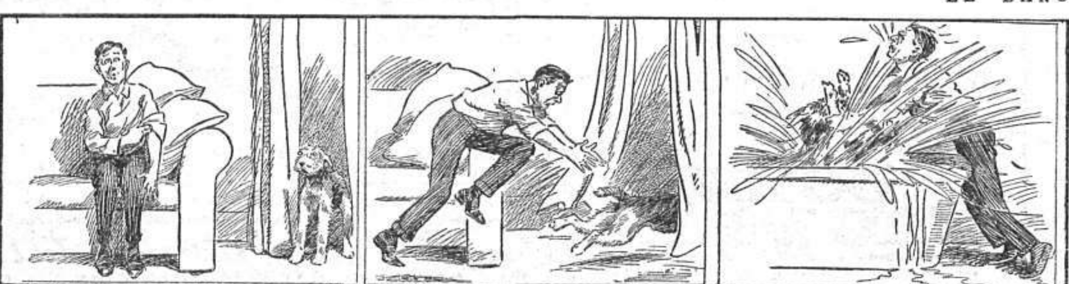
———

Señor Comisario de la Primera Sección, etc.

De acuerdo con las instrucciones verbales que me fueron impartidas por el señor Comisario, me constituí en el domicilio de la señora Ana Rosa Barreda de Pardo con el fin de inquirir detalles acerca de su denuncia que permitan orientar la acción de la Policía.

La aludida me manifestó que hace algunos meses, muy alta la noche, se detuvo ante la reja de su habitación — el dormitorio de la señora tiene ventana a la calle — un individuo de regular tamaño, a juzgar por la sombra, el cual lanzó largos y vehementes suspiros, que ella alcanzó a percibir claramente, a pesar de estar entregada al sueño. La señora no dió importancia al asunto, pero al día siguiente ocurrió igual cosa, y lo mismo veinticuatro horas después. Varios días discurrieron así, y ya no eran suspiros los que lanzaba el sujeto sino ardientes palabras de amor, suaves arrullos y adjetivos los más dulces, frases empapadas en el frenesí de la pasión. La señora fué lentamente acostumbrándose a los homenajes de su nocturno visitante. Llegaron hasta hacérsele familiares, hasta hacérsele necesarios. Tomaba el sueño, no tanto con la avidez de reposarse de las fatigas cotidianas cuanto con el anhelo de despertarse al ruido de los vocablos cariciosos. Esto, desde luego, pensando que todo quedaría allí, pues su virtud fué y sigue siendo más fuerte que las tentaciones de la carne. Mas — ¡horror de todos los horrores! — una noche sintió que la puerta de su habitación se abría lentamente, luego vió un fino botín de charol, después una cabeza de pelo rubio, ojos vivaces, gentil mostacho, perfecta nariz, en fin una cara completa, y tras la cara un hombre entero, un hombre hermoso, bello, sublime. La señora lanzó un grito espantoso. Extrañamente sobresaltada, corrió hacia la puerta. La llave estaba corrida, los cerrojos en su sitio, el gatillo del aldabón enganchado en su escarpia, todo tal cual lo dejó. Entonces comenzó su verdadera inquietud, su angustia incesante. El miedo se apoderó de ella. No contenta con cerrar

EL BAÑO



Procurar que no sospeche que se le va a bañar. — Si se percata es muy difícil agarrarle. — Con paciencia y precaución meterle en la bañadera.

bien la puerta, la atrancaba ya con mesas y sillas, ya con el guardarropas, ya con la sólida cómoda. Todo ineficaz. Diariamente volvía el visitante a importunarla. Bien se acercaba a la cama, bien le murmuraba finos elogios, bien se atrevía a acariciarle las mejillas, la frente, los ojos. Ahora llega hasta besarla en la boca. Ella despierta súbitamente al sentir en sus labios el dulzor de los ajenos, mira en derredor, bajo los muebles, a través de los estores. Búsqueda vana. El visitante no aparece.

He examinado detenidamente toda la casa, desde las dependencias interiores hasta la puerta de calle, techos, suelos, paredes. Nada. No es posible que nadie penetre en ella clandestinamente durante la noche. La posible suposición de que en el transcurso del día alguien se cuele y oculte en recóndito escondrijo queda automáticamente descartada al decir que la señora y el sirvientillo revisan prolijamente los rincones antes de dormir. Es éste un misterio insondable.

Como yo expresara mis dudas sobre la posibilidad de que el osado llegase incluso a poner las manos sobre la cara de la señora, la señora creyó oportuno convencerme con el ejemplo. Me hizo echar en un sofá. Fingióse el galán. Invitóme a cerrar los ojos. Al punto empezó a suspirar, a requebrarme, a llenar de besos mi frente, mis mejillas, mis labios. Palabras que nunca oyeron mis oídos salieron de su garganta. Escuché promesas. En fin, sentí vértigos. Solamente la conciencia de mi deber pudo sofrenarme. La señora es joven, muy joven aún, y hermosa, sumamente hermosa...

Cuando me levanté, vibrando aún de una airada dignidad, seguro más que nunca de la majestad de mi cargo, la señora se había recobrado por entero. ¡Y yo que puse sus virtudes en cuarentena! Pero no: estoy seguro de que su conducta es intachable, su honradez absoluta. ¡Ay de quien pretendiera decirle una impertinencia!

Luego volvió a expresarme sus temores, a pintarme sus noches de angustia. Ella es de opinión que para descubrir la verdad de tan intrincado suceso sería preciso que alguien se ocultase en su habitación mientras ella duerme, una, dos o más noches, hasta sorprender in fraganti al diabólico aparecido. El señor Comisario se servirá resolver. — ENRIQUE GUZMÁN, Oficial Inspector.

———

Señor Intendente de Policía, etc.

Obedeciendo la orden impartida por el señor Intendente respecto a la denuncia formulada en la Oficina de Investigaciones Particulares de ese departamento por doña Ana Rosa Barreda de Pardo, comisioné al Oficial Inspector que presta servicios en esta Comisaría don Enrique Guzmán para que realizara las averiguaciones pertinentes. Dicho funcionario ha elevado con fecha de hoy un informe del que nada claro se desprende, por lo cual, si el señor Intendente no dispone otra cosa, he resuelto hacerme cargo yo mismo del asunto.

Dios guarde al señor Intendente. — CARLOS PACHECO ZENTENO, Comisario de la Primera Sección.

———

Señor Intendente de Policía, etc.

Tengo el agrado de comunicar al señor Intendente que he dado fin satisfactoriamente a la gestión que se sirvió encomendarme por Nota 326-B-922, con motivo de la denuncia formulada por doña Ana Rosa Barreda de Pardo.

Al efecto, siguiendo un procedimiento que me fué sugerido por la interesada y que juzgué puesto en razón, me oculté en su dormitorio, velando su sueño, durante cuatro noches consecutivas. En ninguna de ellas pude constatar la verdad de las apariciones motivo de la denuncia, que me permito atribuir a la excesiva nerviosidad de la denunciante.

Felizmente, ahora se encuentra absolutamente curada de sus nervios, su sueño no tiene sobresaltos ni escucha suspiros ni palabras de amor a través de la ventana de su dormitorio. Además, se halla infinitamente agradecida a la Policía y en especial al señor Intendente, como lo demuestra la carta adjunta.

Dios guarde al señor Intendente. — CARLOS PACHACO ZENTENO, Comisario de la Primera Sección.

———

Señor Intendente de Policía, etc.

De acuerdo con las disposiciones en vigor, me dirijo al señor Intendente para poner en su conocimiento que he trasladado mi domicilio de la Avenida Grau, 1145, a la calle Gremios número 25 de la numeración antigua y 827 de la moderna.

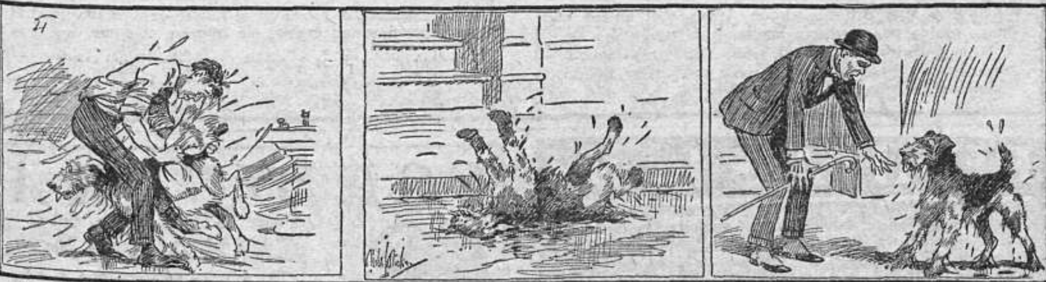
Dios guarde al señor Intendente. — CARLOS PACHACO ZENTENO, Comisario de la Primera Sección.

———

Tales son las actuaciones a que dió lugar la curiosa denuncia de la señora Ana Rosa Barreda de Pardo. La trascripción ha sido hecha con absoluta fidelidad.



DEL PERRO



Después de secarle bien con una toalla, usted necesita tomar un baño.

Mientras que usted termina su "toilet", el perro acaba de secarse a su manera.

Cuando usted se dispone a sacarle a paseo, se encuentra con que tiene que empezar de nuevo.

De Territorio.

CALEUFU (Pampa Central). — Comisión de señoritas y caballeros a cuyo cargo estuvo la organización de los romerías españolas, que debido al celo desplegado alcanzaron un brillante éxito.

Abra su apetito tomando

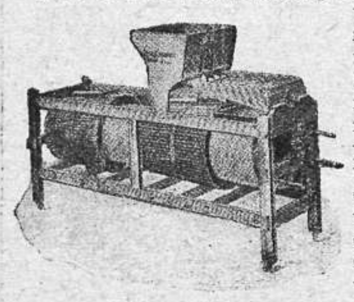


HESPERIDINA
BAGLEY

EXPOSICIÓN DE TRIGOS Y ANEXOS

Todo un acontecimiento ha resultado la Exposición de Trigos y Anexos, organizada por el Ministerio de Agricultura de la Nación, en el Pabellón número 1 de la Sociedad Rural Argentina, en Palermo, que se inauguró el sábado próximo pasado y que se clausurará el domingo 13 del corriente; y no solamente un acontecimiento, sino también una revelación y una enseñanza eminentemente sugestiva.

Ha sido un acontecimiento, porque es la primera vez que concurren a un certamen de esta clase las maquinarias importadas y las fabricadas en el país para disputarse la prioridad en la palestra del trabajo, puesto que las máquinas se exhiben, casi todas, trabajando, de modo que puede verse y apreciarse cuál de ellas hace mejor trabajo en el menor tiempo y al mismo precio de costo.



Clasificadora de trigo.

Ha sido una revelación porque ha evidenciado que la producción nacional, en el ramo de maquinaria agrícola e industrial, ha realizado tantos y tan grandes progresos que la colocan a la par de la importada, lo que constituye su mejor y más noble timbre de honor.

Y ha sido una enseñanza para los agricultores y para todos los que se ocupan de cosas agrícolas porque les ha demostrado a qué grado de perfeccionamiento técnico puede llegarse, en la explotación del suelo y sus productos, aplicando los procedimientos que la ciencia moderna pone a su disposición y les ha señalado el camino a recorrer para lograr los resultados mencionados.

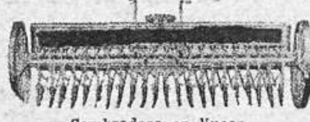
Cada una de las secciones que componen el conjunto de la Exposición ha ofrecido al visitante, especialmente al entendido en cosas agrícolas, el rico y copioso material ilustrativo; así, por ejemplo, el muestrario de los trigos pertenecientes al Concurso Nacional de Trigos ha exhibido hermosas y perfectas espigas y granos que acusaron el más elevado rendimiento y señalado pesos de 85 y 86 kilogramos por hectólitro, que son los más altos a que puede llegarse.

Estas cifras y estos resultados deben servir al agricultor de ejemplo y de estímulo para tratar de conseguir otro tanto en la explotación de su industria, aplicando solamente lo que la ciencia y la experiencia le indican.

La sección segunda de la exposición, que corresponde a máquinas clasificadoras, enseña cómo con poco gasto de dinero puede el agricultor seleccionar su trigo y sacar una semilla de grano limpio, grueso, parejo y pesado, el que forzosamente ha de producir plantas fuertes y productivas.

Pequeño molino casero.

En la sección sembradoras se observan las diferentes clases de estas máquinas y se destacan las de siembra en línea, ya de zapatas o de discos, y el menos entendido advierte cómo con este sistema de siembra se colocan las plantas a igual distancia en las líneas, a una profundidad uniforme, lo que da por resultado un ahorro sensible de semilla y una germinación uniforme y simultánea, de lo que resulta un sembrado parejo y bien poblado.



Sembradora en líneas.

Los diversos modelos de molinos de pequeña capacidad demuestran que con la mayor facilidad y con un gasto insignificante relativamente, un agricultor puede moler su trigo y elaborar su harina; hemos visto molinos que pueden elaborar de una a cuatro bolsas de harina por hora, rendimiento más que suficiente para satisfacer las necesidades de una familia colónica por numerosa que sea y hasta diríamos para una pequeña cooperativa agrícola.

Las amasadoras y los hornos económicos expuestos quieren indicar al agricultor que puede y debe fabricar el pan para su alimentación y la de su familia elaborando en su casa y con sus propios medios este artículo de consumo tan primordial, sin necesidad de comprarlo al panadero.

La sección sexta ha exhibido estudios, informes, publicaciones, gráficos, fotografías, proyectos y otras diversas obras de fomento y de enseñanza, presentados por profesionales, instituciones y empresas ferroviarias, referentes al cultivo del trigo y a su mejoramiento.

Un artístico y bien dispuesto diorama, colocado en uno de los costados del pabellón, presenta la visión amplia y extasiante de la vida rural en sus diversas fases del hogar, del trabajo, de los medios de transporte y de la naturaleza, la que forma al fondo del cuadro panorámico, que ofrece un bello conjunto de líneas y de matices.

Y, por último, un cinematógrafo exhibe diariamente películas y proyecciones fijas en que se admiran los progresos a que ha llegado la explotación del suelo y de las varias industrias agrícolas y ganaderas en el país y en el extranjero, constituyendo una enseñanza eficaz y sugestiva en alto grado.



Amasadora mecánica.

Como primer ensayo de una exposición oficial y parcial realizada en el país, organizada en poco tiempo y con limitados medios financieros, debemos convenir en que ha tenido un éxito inesperado, brillante y de resultados satisfactorios a todas luces, y solamente es de esperar que estos torneos se repitan, se amplíen en sus proporciones, se extiendan a todas las ramas del trabajo agrícola y se reproduzcan en todo el territorio argentino para que los resultados de sus enseñanzas alcancen a las poblaciones distantes de esta metrópoli y a todas las beneficie por igual, para que las bases del progreso agrícola arraiguen, se establezcan y se multipliquen en todas las zonas de la república y con su aplicación sistematizada y constante hagan de las industrias agrícolas y ganaderas un organismo grande, fuerte e inconmovible para bien de la nación y de sus habitantes.

HUGO MIATELLO.
ING. AGRÓN.

Las primeras orquestas de baile están a su disposición en la

Victrola

Los discos VICTOR de baile encarnan toda la gracia encantadora, la belleza indescriptible y el ritmo delicioso que caracteriza a esta clase de música. La VICTROLA es el instrumento insubstituíble para improvisar toda clase de bailes. Oiga las últimas novedades bailables en el establecimiento de cualquier comerciante VICTOR.

Victor Talking Machine Company
Camden, N. J., E. U. de A.

Revendores Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

DISTRIBUIDORES:

PRATT & Cía.
Sarmiento, 626-636, Buenos Aires

DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733, Montevideo



Bronquialina Ruxell

es el regenerador de los pulmones

cura radicalmente

Tos *Asma*

Catarros

Resfriados

Bronquitis

Precave la

Tuberculosis.

Concesionario:

FEDERICO TAUBER

Calle Sáenz Peña, 890

Buenos Aires





El Compuesto Vegetal "Costafort"

Es el específico ideal para eliminar el

VELLO, PECAS, PAÑOS Y ARRUGAS

y restaurar la belleza del cutis, preservándolo contra los efectos tan perniciosos del sol y del aire libre del campo y del mar.

Unico local de ventas: **Carlos Pellegrini, 156 — Buenos Aires**

GRATIS Se remite el **NUEVO PROSPECTO** de los **PRODUCTOS COSTAFORT** con amplias explicaciones sobre el embellecimiento de la tez.



HERNIAS
(QUEBRADURAS)

Disponemos de un extenso surtido de bragueros para reducir cualquier clase de hernia por rebelde que sea. Recomendamos nuestro nuevo braguero elástico higiénico, con almohadilla forrada de goma; retiene muy bien, pudiendo lavarse con facilidad. Fajas para señora y caballero, medias elásticas, vendas elásticas y de crepé, etc.

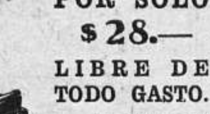
Casa PORTA. Piedras, 341. Bs. Aires

GRAMOFONO "SPORT"

Se remite, con 6 piezas y 200 púas, a cualquier punto de la República.

POR SOLO $ 28.—

LIBRE DE TODO GASTO.



Caja 32 ½ × 27 × 17 ctms., de metal charolado de muy buen efecto de sonoridad.

Pedidos a **CASA CHICA de A. Ward**

CALLE SALTA N.º 674-676 BUENOS AIRES

CATÁLOGOS Y FOLLETOS ILUSTRADOS GRATIS

Almitas infantiles

La Negrita

Sea ella aquí la primera, porque es la más humilde.

Diez años apenas. Pero ya es sirvientita...

Mabel me cuenta: se la llevó la madre a pedirle, «por favor», que la tomara. «Es mala, caprichosa, contestadora. No me puedo averiguar con ella» — explicaba la mujer, para quien la chica era un fardo molesto.

Quedó la negrita con Mabel.

Ella es quien barre los patios, quien ceba el mate, quien lava las tazas, quien hace, en fin, las pequeñas tareas que se pueden encomendar a una criaturita de esa edad. Además, juega con Buby — el chiquito de Mabel — a quien entretiene con sus payasadas y locuras de chica juguetona.

Es linda. No tiene facciones de negra. Dijérase una criatura blanca a la que hubieran teñido la piel y «enmotado» el cabello.

A veces se encapricha. No quiere barrer. O no quiere jugar. O no quiere cebar el mate. Y entonces son inútiles todas las amenazas. Podrían matarla, que ella no cedería. Pone los ojos torvos; abulta la boca. Y toda su carita de blanca teñida se llena entonces de sombras que no son las sombras de su piel...

— ¡Raza de negros! — dice con rabia la cocinera, que no la puede ver porque desde que ella está no es ya tan fácil llevarse de noche un paquetito de azúcar... o arroz... o carbón...

La negrita la mira con su mirada mala:

— ¡Estúpida! — le escupe a la cara.

Y huye luego de los puños cerrados que la amenazan.

Pero sus maldades se desvanecen pronto. Y más tarde, cuando vuelve del almacén, de hacer algún mandado, va derechito a Buby:

— ¡Mire, niño! ¡Mire lo que traigo!

Y ella, la «mala» desamparada, parte con él, a quien todo le sobra, los chocolatines que le han dado de yapa...

La Beba

Tiene ya seis años. Delgada, menudita, con una deliciosa cabecita bruna sobre la que hay siempre un gran moño que ella sacude constantemente. Los ojos, grandes y pardos, son suaves y bellos. Movediza. Inquieta. Llenos sus movimientos de una encantadora coquetería natural.

Como buena mujer, habla siempre mucho. Más de lo que debiera... Pero es grata su charla, como la canción del hilito de agua de un manantial.

Así, tal como es ella, imaginaba yo, en mi infancia, a Caperucita. Se lo dije un día. Y le pregunté:

— ¿Me dejas que te llame Caperucita?

Me sonrió con su linda sonrisa coqueta, inclinó un poco la cabecita, y con voz muy dulce, que era al mismo tiempo muy firme, contestó:

— No; me gusta más que me digas Beba. Yo me llamo Beba, no Caperucita...

Una tarde charlaba yo con Hortensia, una de sus hermanas, en el hall de su casa. Cerca de nosotras, sentados en el suelo, jugaban los chicos: la Beba y Toto. Hablábamos de novios. Y Toto, que oyó, se metió en la conversación.

— Quien tiene novio es la Beba — aseguró, riendo.

— ¡Oh — dijo la Beba — qué sabés vos quien es mi novio!

— ¡Sí que sé!

— No, no sabés...

— ¡Pero, sí!

— ¿A ver? Decí...

Atendíamos Hortensia y yo, muy divertidas.

Empezó Toto a nombrar:

— Tu novio es «el gordo».

— No.

— Albertito.

— No.

— El nene de enfrente.

— No.

Y siguieron así un buen rato. Hasta que de pronto dijo Toto:



Diana. — Cuando sea grande no me casaré; seré viuda.



— Vea, baronesa; he estudiado la fisiología de la risa. Las palabras más espirituales no valen el paso de una pluma de pavo por la barbilla.
— Déjeme probar...

— ¡Ah, ya sé! Es Gonzalo...

Gonzalo es el novio de Delia, la hermana mayor.

La Beba se puso colorada, coloradísima:

— ¡¡Oh!!

Fué una exclamación de asombro, de enojo, de indignación, de rabia.

Se levantó en seguida muy compungida. Y, toda llorosa, escondiéndose en las faldas de la hermana, protestó:

— Hortensia, ¡miralo a Toto! ¡Se cree que soy capaz de robarle el novio a Delia!

MACHITO

Es el sobrinito que me quiere más. Ahora ya ha empezado a ir a la escuela. Y me escribe con su letra mal hecha, desigual y fea, cartas que dicen siempre lo mismo: «Ata ¿cuándo vas a venir? Todos los días te estoy esperando».

Una vez — hace dos años — pasó en casa todo el mes de agosto.

¡Nunca estuvo la casa tan embarullada! Si cincuenta veces al día se ordenaba, cincuenta veces Machito la desordenaba toda.

Alguna voz protestaba de vez en cuando.

— ¡Oh! no tiene la culpa el chico, no, sino la grandota que lo deja hacer!

Y «el chico» y «la grandota» cambiábamos furtivamente una mirada toda hecha de risas.

Era especialmente cariñoso conmigo. De tarde, cuando yo me disponía a leer un rato, venía él a sentarse en mis faldas y a echarme, mimoso, los bracitos al cuello.

— Ata querida ¿me contás un cuento?

Ya sabía yo que aquel «Ata querida» era siempre el prólogo de un pedido. Me reía.

— ¡Sí, Atita! ¡Sí, Atita! — rogaba él entonces, ciñendo más fuerte sus bracitos menudos.

Me hacía rogar yo, largamente. Por último pedía:

— Bueno, pero antes dame un beso.

Era algo que hacía inadvertida, sin pensar. Pero él se fijó en ello, y un día en que después de haberme besado las mejillas me levanté el cabello de la frente para que la besara, me preguntó, muy serio:

— Ata, si yo te doy besos ¿te salen más lindos los cuentos?

Tenía — y tiene siempre — verdadera pasión por los cuentos. Era capaz de pasarse la tarde entera oyéndolos. ¡Y eran tan simples mis pobres cuentos! Pero a él le gustaban y me los hacía repetir infinidad de veces.

Cierto día se me ocurrió contarle la historia de un canarito que, muy chiquito, sin saber volar todavía, había huido de su jaula y había caído en las garras de un gato grandote que lo había matado. Todo esto «corregido, aumentado y con láminas en colores...»

Hice el relato con mucho, muchísimo cariño; con todo el cariño que ponía siempre en mis palabras para Machito. Y ocurrió que apenas terminé, se me fué él, corriendo, de las faldas.

— ¡Me voy a jugar!

Me quedé asombrada y dolorida. Por primera vez le había contado algo que no le había gustado a él, que siempre que le decía un cuento nuevo no acababa de pedir — «Contámelo otra vez, Ata; sí, otra vez, Atita, otra vez...

Pasó la tarde aquella.

Después, Machito siguió pidiéndome cuentos todos los días. Pero no me pidió nunca el del canarito.

Me había dolido mucho el fracaso y no quería ser yo quien se acordara del malhadado relato. Mas en vano esperé que Machito me lo nombrara. Hasta que un día no pude ya contenerme:

— Oye, Machito — le dije — nunca me pides el cuento del canarito. ¿Es que no te gustó?

— Sí, Ata, me gustó.

— ¿Entonces...? ¿Quieres que te lo cuente?

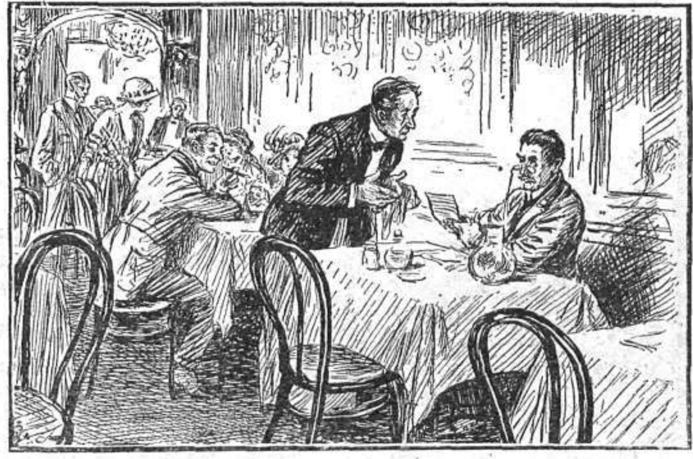
Demoró un rato en contestar. Se quedó mirando a lo lejos, como si pensara. Después:

— Bueno, sí, contámelo, pero... acabálo de otro modo... ¿querés?... porque... cuando decís que el canarito se murió... ¿sabés, Ata?... me da lástima...

Y se le llenaron los ojitos de lágrimas...



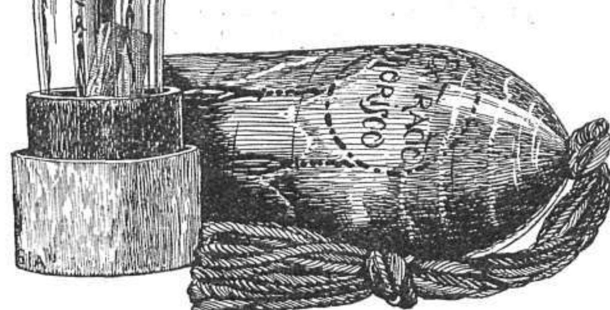
— Procura mantenerte en el aire aprovechando el viento... ¡Caramba!, los aviones son más pesados que tú y se sostienen.



**El mozo, galante. — Tenemos un hermoso tiempo hoy, señor.
El patrón, distraído. — Bueno, sírvámelo.**

AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc., le rogamos pida que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.





"MADERAS DE ORIENTE"
LOCION, EXTRACTO Y POLVOS

"MYRURGIA"

PERFUMERÍA ESPAÑOLA

Del país en que las flores son las más bellas del mundo.



Luz eléctrica propia al costo

puede usted tener instalando un

Equipo eléctrico PETTER

(de fabricación inglesa)

que reune las ventajas siguientes:

Usted tiene la luz cuando quiere; su iluminación es perfecta; no depende de nadie; no está sujeto a huelgas, y no ofrece ningún peligro.

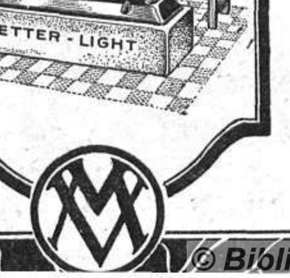
Su manejo es muy sencillo y no requiere ningún conocimiento técnico.

Hay existencia para entrega inmediata.

Aplicando una correa al volante de este equipo puede hacer funcionar molinos, desnatadoras, bombas y demás máquinas de uso en las tareas del campo.

Maquinaria inglesa, la más perfecta del mundo.

En Rosario: Barnes y Gross, calle Mitre, 665. En Santa Fe, Córdoba, Mendoza, Tucumán, Bahía Blanca y otras localidades próximamente.



Pídanos catálogo.
Solicítenos informes.



Comentarios



— Un invierno terrible nos espera.
Me lo ha dicho mi médico,
que no es en medicina una lumbrera,
pero es hombre realmente enciclopédico.
— ¿Un Le Breton?
— No tanto,
aunque sabe esperanto
y entiende de cocina
como cualquier doctor en medicina.
— Puede, pues, ser ministro.
— Por supuesto;
pero no quiere serlo. Es muy modesto.

— Tendremos que comprar un sobretodo
y encerrarnos en casa a piedra y lodo.
Hará un frío terrible,
y muchos pobres morirán helados.
Mi médico lo afirma.
— ¡Eso es horrible!
— Hará un frío tan grande que es posible
que no puedan hablar los diputados.
— ¡Será una abrumadora pesadilla!
— Eso precisamente.
— ¿Y en la Cámara, acaso, al presidente
se le congelará la campanilla?

— El Senado, cerrado eternamente,
ya no se podrá abrir.
— ¡Naturalmente!
Si aprieta tanto el frío,
¿qué van a hacer, Dios mío,
los graves senadores,
que ni logran juntarse en el estío?
No se van a exponer esos señores
a una gripe fatal.
— Se nos prepara
un invierno espantoso.
No deliberarán.
— ¡Caso curioso!
— Y nunca habrá sesión.
— ¡Qué cosa rara!



— Mi médico sostiene
que se debe cuidar mucho la higiene.
Según él, con el frío, es necesario
usar botines de morrudas suelas,
como un explorador estrafalario,
atender con cuidado extraordinario
hasta un dolor de muelas,
y huir de cierta clase de novelas.
Mi médico es un hombre de talento,
aunque no es literato.
— No lo siento.



— En todas las edades
se puede padecer enfermedades.
Y en este invierno atroz que nos espera
se enfermarán la niña casadera,
la viuda inconsolable,
la perfecta casada,
la artista inimitable,
la institutriz enhiesta y respetada
y la suegra indomable.
Para el frío, mi amigo, no hay vacuna.
¡No hay que hacer el amor en forma alguna!

— El gobierno en invierno...
— Su médico, ¿qué dice del gobierno?
— Pues dice que en invierno el gobernante
que quiere ir adelante,
si es un hombre moderno,
debe desatender a los pelmazos
que intenten asediarle neciamente,
y cruzarse de brazos
metafóricamente.
— Eso ya lo hace Alvear perfectamente.
— Mi médico lo sabe,
Así es que no me choca que le alabe.



— Yo, después de maduras reflexiones,
me decidí a tomar mis precauciones.
Mucha ropa de abrigo,
sustancioso alimento
y estar siempre contento.
Imíteme, mi amigo,
ya que es usted un hombre vigoroso,
y pasará un invierno delicioso,
y no triste y callado como el vice.
Mi médico lo dice.

MONOS DE REDONDO

Correo sin estampilla.

M. E. B. — Buenos Aires. —
Se lo repetimos. Es una imprudencia
que un pobre copleroso mande esa macana
a la Conferencia
panamericana.

L. — Buenos Aires. —
Se ha dedicado a escribir
aleluyas ponzoñosas
sólo por hacer sufrir
a las niñas candorosas.

E. F. S. — Buenos Aires. — Sospechamos que lo que nos ha remitido es un soneto. Veremos después de leerlo otras veces si se confirman nuestras sospechas.

Marqués de la Parrilla. — Buenos Aires.—
Eso que ha mandado es
un chascarrillo sin gracia.
¡Pero, querido marqués,
cómo está la aristocracia!

J. D. — Buenos Aires. —
Le suceden esas cosas
al que, sin escarmentar,
se empeña en coleccionar
decepciones amorosas.

G. I. R. — Buenos Aires. — Ha hecho usted una especie de albóndiga filosófica.

Alma Dormida. — Buenos Aires. —
Lo que nos cuenta usted, «Alma Dormida»,
no es una novedad precisamente,
porque se ha hablado ya lo suficiente
de la amarga experiencia de la vida.

P. D., 2796, D. R. Sarmiento, M. D.,

B. R. — Buenos Aires. — No.

Z. — Buenos Aires. —
Al novelista fofo y sin arte
se le rechaza de igual manera
en el Olimpo y en Balvanera
y en cualquier parte.

F. Q. N. — Buenos Aires. —
Usted demuestra ser, más que un poeta,
un caníbal vestido de etiqueta.

P. M. D. H. — Buenos Aires. —
Asombro y consternación
produjo en la redacción
ese engendro estrafalario
que nos causó la impresión
de un bólido literario.

L. — Mar del Plata. —
En nuestra humilde opinión,
puede un hombre ser poeta
y jugar a la ruleta
con mucha moderación.

Fast. — Bahía Blanca. — Se publicará.

F. B. — Alta Gracia. — No.

R. — Pampa. — No.

Cuyano D. — San Juan. — No.